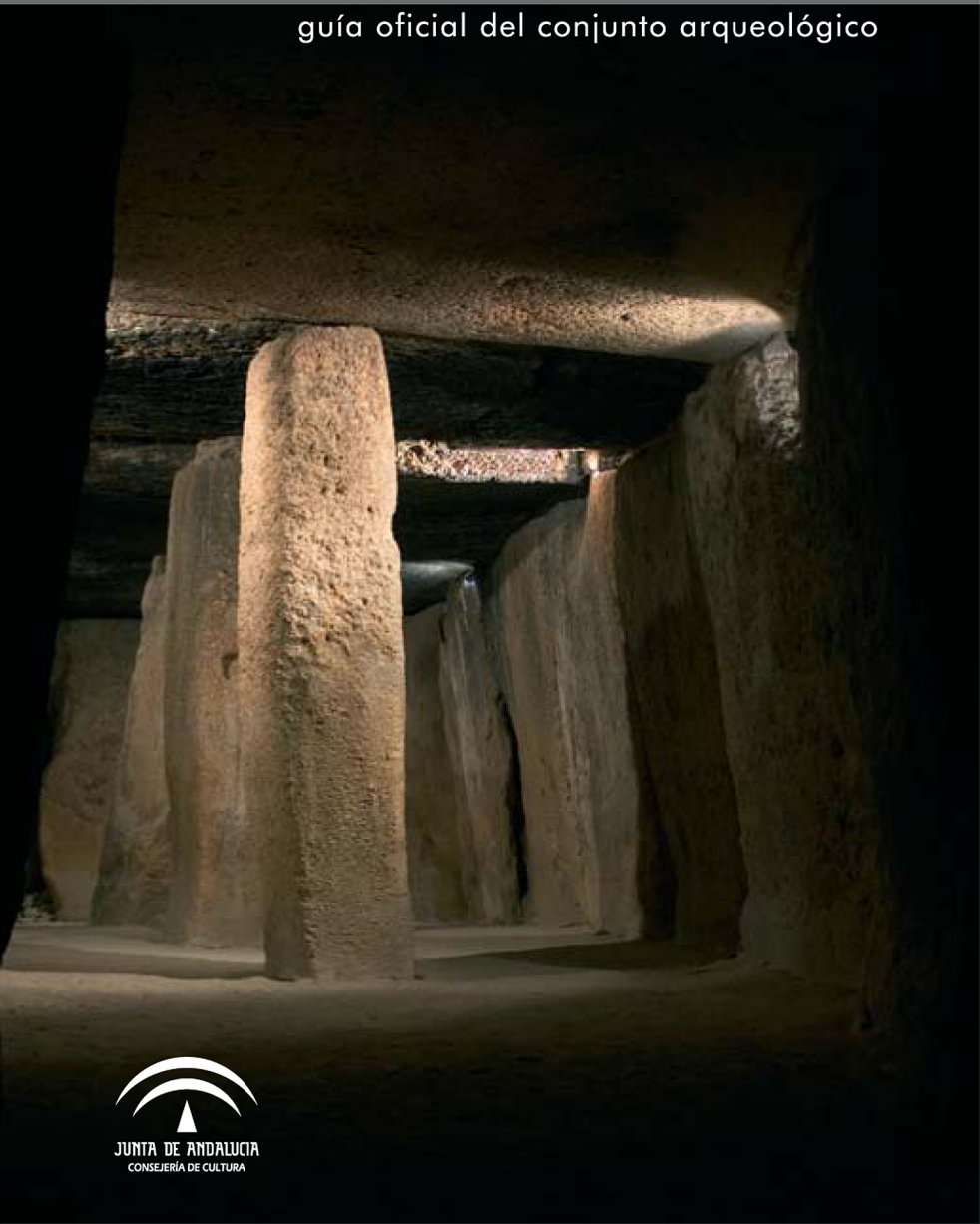
DÓLMENES DE ANTEQUERA

guía oficial del conjunto arqueológico



JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN:

Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera
Ctra. de Málaga, 5
29200 Antequera (Málaga)
Telf. Centro de Recepción: 952 71 22 06 / 07
Telf. Visitas: 952 71 22 08 / 670 945 453
Web: www.juntadeandalucia.es/cultura
Corre-e: visitasdolmenesdeantequera.ccul@juntadeandalucia.es

Accesos:

Dólmenes de Menga y Viera
Ctra. de Málaga, 5. 29200 Antequera (Málaga)

Tholos de El Romeral
Carretera A-7283 (dirección Córdoba)

Horario de apertura al público:

De martes a sábados: de 9:00 a 18:00 h.
Domingos: de 9:30 a 14:30 h.
Servicio de visitas guiadas; se recomienda concertarlas con antelación por correo o teléfono.
El acceso al recinto finaliza 15 minutos antes del horario de cierre.
Cerrado todos los lunes del año, y los días 1 de enero y 25 de diciembre.
Entrada gratuita.

Consejera de Cultura
Rosario Torres Ruiz

Viceconsejera de Cultura
Isabel Muñoz Durán

Secretaria General de Políticas Culturales
Lidia Sánchez Milán

Directora General de Bienes Culturales
Guadalupe Ruiz Herrador

Jefe del Servicio de Planificación y Evaluación de Bienes Culturales
Javier Verdugo Santos

Jefa del Departamento de Conjuntos Arqueológicos y Monumentales
María Ángeles Pazos Bernal

Coordinación general
Bartolomé Ruiz González, Director del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera

Textos
Juan Fernández Ruiz, Universidad de Málaga
José Enrique Márquez Romero, Universidad de Málaga

Imágenes
Antonio Aranda Diseño y Asociados, Archivo Fotográfico Temboury de la Biblioteca Provincial Cánovas del Castillo (Área de Cultura de la Diputación de Málaga), Rodrigo de Balbín Berhmann, Miguel Ángel Blanco de la Rubia, Primitiva Bueno Ramírez, Pedro Cantalejo Duarte, Francisco Carrión Méndez, Miguel Ángel Checa Torres, Juan Fernández Ruiz, José Enrique Ferrer Palma, David García González , Ikarum Fotografía Aérea, Carmen Jiménez del Rosal, Ignacio Marqués Merelo, José Enrique Márquez Romero, Rafael Maura Mijares, Moreno Estudio Antequera, José Morón Borrego, Javier Pérez González, Victoria Eugenia Pérez Nebreda, Producciones Bosco, Técnicas Documentales Tecnológicas, A. C. Valera.

Producción
Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales

Gestión documentación gráfica
Miguel Ángel Checa Torres

Diseño y maquetación
Carmen Jiménez del Rosal

Impresión
Servigraf

Edita
JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura
ISBN: 978-84-8266-865-9
Depósito Legal:
© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura
© de los textos y fotografías: los autores

dólmenes de antequera

GUÍA OFICIAL DEL CONJUNTO ARQUEOLÓGICO

José E. Márquez Romero
Juan Fernández Ruiz

Azuela de ofita. Herramienta de ofita pulimentada con asimetría en el bisel. El filo presenta micro huellas de uso y lustre provocado por trabajo en madera, probablemente fresca. Largo: 216 mm., grueso: 26 mm, ancho: 58 mm. Colección del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera.

Evocar el pasado, sorprenderlo entre la densa niebla del tiempo, observarlo en una instantánea fugaz..., no es solo enfrentar la memoria al olvido sino, también, atravesar la barrera que impide rastrear las huellas perdidas y obligarnos a tomar conciencia del alcance de un lugar donde se acumulan los fragmentos dispersos que dejaron los siglos.

La herencia megalítica asentada en La Vega, un espacio arqueológico de extraordinaria belleza y fragilidad, es mucho más que un conjunto de construcciones de indudable valor arquitectónico y monumental. El ciclo técnico y artístico que nos lleva de Menga a El Romeral, es un viaje de inicio y maduración que va de la arquitectura, como deslumbrante epidermis material, a la metafísica como soporte trascendente de una puesta en escena que tuvo en el sitio de Antequera su escenografía más espectacular.

Esta sorprendente travesía histórica, dilatada y compleja, vertiginosa en la profundidad de los tramos que dejan entre sí sus hitos principales, y valiosa desde el punto de vista cultural, antropológico y paisajístico es tan necesaria para poder explicar lo que somos hoy, como todos los grandes avances que han ido jalonando el curso de la Historia.

Estamos ante un paisaje que suministra su símbolo más poderoso en el perfil fragmentado de La Peña, un icono del diálogo permanente entre el universo y el ser humano.

Frente al formidable envoltorio de piedra, La Peña como un gigantesco signo de interrogación. Estamos ante un espacio mental más que una simple realidad geográfica. Un centro del mundo, donde lo sagrado se manifiesta de un modo total.

Las recientes actuaciones que la Consejería de Cultura está desarrollando en los Dólmenes de Antequera, han llevado a plantear una serie de líneas de trabajo cuya base debe ser el conocimiento y la difusión de estos bienes como objetivo último y primordial de la puesta en valor que perseguimos.

Con la colección de *Guías Oficiales de los Conjuntos Arqueológicos y Monumentales* a la que pertenece esta publicación, queremos, en definitiva, ofrecer una síntesis -centrada en este caso concreto en los Dólmenes de Antequera-, que permita a nuestra sociedad poder disfrutar, conocer y sentir la herencia que nos legaron nuestros antepasados y que estamos obligados a conservar y transmitir.

Observando con detenimiento la imagen que el tiempo fue imprimiendo en las piedras podremos atisbar la existencia de unos hombres y mujeres que, hace miles de años, se plantearon retos y preguntas semejantes a las que hoy nos ocupan a nosotros. Preservando su memoria nos aseguramos el futuro.

Rosa Torres Ruiz
Consejera de Cultura de la Junta de Andalucía

índice

El sol del amanecer entre La Peña y el Cerro Marimacho durante el solsticio de verano de 2007 a las 7'30h.

INTRODUCCIÓN 9

PRIMERA PARTE. RESEÑA HISTÓRICA 15

1 | Primeras sociedades neolíticas 17

1.1. La deconstrucción de un viejo término: el Neolítico 17
1.2. La Neolitización del occidente europeo 22
1.3. El Neolítico en nuestras tierras 27

2 | El Neolítico monumental 32

2.1. Arquitectura monumental 34
2.2. Cultura material de las poblaciones megalíticas 40
2.3. Arte megalítico 46
2.4. Caminando entre dólmenes. Algunas interpretaciones 51

3 | Cronología del Megalitismo 59

SEGUNDA PARTE. RESEÑA HISTORIOGRÁFICA 65

4 | Historia de las investigaciones 67

4.1. Rafael Mitjana y los antecedentes de la investigación moderna (siglo XVI-XIX) 68
4.2. Los descubrimientos de Viera y El Romeral y la investigación arqueológica durante la primera mitad del siglo XX 80
4.3. La investigación reciente y las perspectivas de futuro 88

TERCERA PARTE. VISITA GUIADA 97

5 | El entorno de la necrópolis megalítica 99

5.1. Yacimientos prehistóricos en las Tierras de Antequera 101
5.2. El yacimiento de Cerro Antequera o Marimacho 110
5.3. El Centro Solar 114

6 | El sepulcro megalítico de Viera 120

6.1. Características arquitectónicas del sepulcro de Viera 120
6.2. Describiendo el ritual funerario 127

7 | El sepulcro megalítico de Menga 134

7.1. Características arquitectónicas del sepulcro de Menga 134
7.2. Describiendo la construcción de un dolmen 142

8 | El sepulcro megalítico de El Romeral 153

8.1. Características arquitectónicas del sepulcro de El Romeral 153
8.2. Los Tholoi en el Megalitismo andaluz: un tema abierto 166

EPÍLOGO 171

GLOSARIO 175

BIBLIOGRAFÍA 183

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA PREHISTORIA DE ANDALUCÍA ANTONIO ARRIBAS 193

CENTRO DE RECEPCIÓN 199

dólmenes de antequera

introducción

La Peña tras el túmulo de Viera.

I N T R O D U C C I Ó N

Hace casi 7000 años, numerosas comunidades neolíticas de Europa Occidental comenzaron a monumentalizar su *paisaje*. Hasta esos momentos, las prácticas económicas desarrolladas por los grupos prehistóricos (principalmente la caza, la pesca, la recolección y una incipiente agricultura y ganadería), sus relaciones sociales (basadas en el parentesco) y su mundo simbólico, apenas si habían modificado el entorno en el que vivían. Estábamos ante un paisaje indiferenciado donde la presencia humana escasamente se destacaba de la propia naturaleza. Pero en el V milenio a. C., en muchos lugares del occidente europeo y de forma casi sincrónica se modificará drásticamente este panorama; el resultado: la aparición de lo que se ha convenido en llamar *paisaje monumental*.

Gran parte de dicha monumentalización se llevó a cabo mediante la construcción de miles de sepulcros megalíticos, popularmente llamados dólmenes, como los de Menga, Viera y El Romeral. En cualquier caso, otras manifestaciones culturales, como el arte esquemático megalítico, completan un paisaje sin precedentes y de muy difícil interpretación histórica.

Esta guía pretende abordar tal problemática desde una doble vertiente: por una parte, se analiza el fenómeno a escala general para establecer un marco de referencia que posibilite una visita comprensiva del **Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera** y, por otra, más en detalle, centrada específicamente en el conocimiento exhaustivo de los tres sepulcros antequeranos y de la historia de sus investigaciones. En todo momento se intenta conciliar lo general y lo particular. Para facilitar esta tarea se ha dividido el contenido en tres partes independientes. Cualquier orden de lectura es posible y recomendable, pues, cada parte está concebida como un todo. Más si cabe, al existir numerosas llamadas en el texto que relacionan los tres grandes

bloques, apoyándose unos en otros para facilitar que el lector, si así lo desea, profundice en todos o, sólo, en aquellos aspectos del Megalitismo que más le interesen. Los contenidos se distribuyen de la siguiente manera:

PARTE PRIMERA: Reseña Histórica

Inicialmente se abordan las características sociales, económicas y simbólicas de las poblaciones neolíticas que ocupaban el continente antes de la aparición del megalitismo (cap. 1). Su conocimiento resulta obligado porque es en ellas en las que hay que buscar el origen del proceso histórico que nos interesa. Por tal motivo discutiremos sobre lo que se entiende por Neolítico en nuestros días (1.1), nos detendremos en las teorías que intentan explicar como se neolitizó Europa Occidental (1.2) y finalmente repasaremos los yacimientos neolíticos más antiguos de nuestra región. El siguiente capítulo (cap. 2) se ocupará ya del fenómeno de monumentalización que se da en el Neolítico europeo y en el que se inscriben los sepulcros megalíticos de Antequera. Así, pormenorizadamente, repasaremos, de forma general, la arquitectura monumental (2.1), los artefactos y restos arqueológicos que producen estas sociedades neolíticas (2.2), el arte megalítico (2.3) y finalizaremos con la, siempre compleja, discusión sobre el origen y significado del megalitismo (2.4). La primera parte de esta guía finaliza con un capítulo (cap. 3) dedicado exclusivamente a la cronología del fenómeno megalítico y, en concreto, a discutir la antigüedad de los Dólmenes de Antequera. Como cabe suponer, la escala espacial y temporal empleada en esta primera parte excederá el ámbito local por lo que su enfoque tratará el problema, básicamente, desde una perspectiva europea y peninsular.

PARTE SEGUNDA: Reseña Historiográfica

Los Dólmenes de Antequera, conocidos desde el siglo XVI, han generado mucha literatura. Desde simples referencias

de cronistas locales hasta precoces monografías y reseñas científicas internacionales. Esta producción forma ya parte, como valor patrimonial añadido, del interés del yacimiento, por lo que hemos dedicado la segunda parte de la guía a repasar este singular acervo bibliográfico (cap. 4). Se aborda la tarea como una lectura comprensiva en la que se valoran las circunstancias históricas desde la que se realizaron cada uno de los trabajos y se termina presentando las perspectivas de futuro que se abren para el Conjunto Arqueológico.

PARTE TERCERA: Visita guiada

La lectura de esta tercera parte es especialmente recomendada para antes o durante la realización de la visita. Sobre todo aquellos epígrafes descriptivos (cap. 6.1, 7.1 y 8.1) que están acompañados por una abundante información gráfica que favorece la comprensión de cada dolmen y de sus peculiaridades. Toda la información se ha ordenado conforme está prevista la visita: Así, tras una introducción donde se presenta al visitante una visión del medio natural y cultural de la zona de La Vega de Antequera de hace unos 5.000 años (cap. 5), se prosigue con la información específica del sepulcro de Viera (cap. 6), el de Menga (cap. 7) y finalmente el de El Romeral (cap. 8).

La guía acompaña, al final, un breve **Glosario** de términos en el que se recogen todas aquellas palabras que aparecen en *negrita* y que, consideramos, necesitan una definición más precisa de la que hemos podido dar en el texto. Por último se incluye una **Bibliografía** *para saber más* en la que se integran las principales obras y artículos, específicos sobre la necrópolis de Antequera, que se han tenido en cuenta a la hora de redactar esta guía y que son de obligada lectura para todos aquellos que deseen profundizar en este conjunto megalítico incomparable.

dólmenes de antequera

reseña histórica

Menga y la luna.

….. Megalitos del griego ***megas****, grande, y* ***lithos****, piedra….*
Algerbon Helbert 1849

1 | PRIMERAS SOCIEDADES NEOLÍTICAS

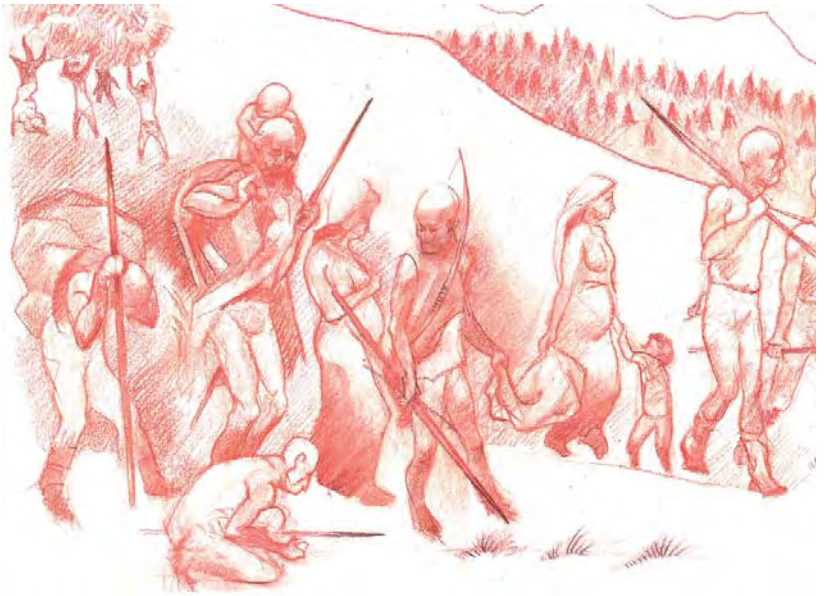
1.1. LA DECONSTRUCCIÓN DE UN VIEJO TÉRMINO: EL NEOLÍTICO

Pocos vocablos, referentes a la Prehistoria, gozan de tanta popularidad como la palabra Neolítico. En la mayoría de ocasiones se le asocia con *un periodo revolucionario* donde los numerosos cambios que en él acontecieron terminaron por configurar un momento cumbre en la historia de la Humanidad. Frivolizando, podríamos decir que el Neolítico goza de *buena prensa* en nuestros días. Los motivos de la vigencia de esta acepción tan optimista hay que buscarlos, pensamos, en la idea de *progreso* surgida durante la Ilustración, en el evolucionismo antropológico del siglo XIX y, especialmente, en los trabajos del insigne prehistoriador V. Gordon Childe quien acuñó, en 1920, la famosa expresión "Revolución Neolítica". Efectivamente, todas estas tradiciones historiográficas han entendido el devenir histórico como un proceso evolutivo en el que se suceden, sin solución de continuidad, distintas fases o etapas que nos alejan del primitivismo y nos acerca, paulatinamente, a la civilización. En este esquema unilineal, el papel reservado al Neolítico ha sido trascendental, no menor, en cualquier

El científico social australiano **Vere Gordon Childe**, uno de los padres de la ciencia prehistórica moderna, acuñó el término "Revolución Neolítica" para designar el cambio que se produjo entre aquellas poblaciones de cazadores-recolectores que comenzaron a domesticar las primeras especies vegetales y animales.

caso, a la Revolución Urbana llevada a cabo cuatro mil años antes de Cristo o a la Revolución Industrial europea del siglo XIX. De tal modo que, se lo ha identificado, un tanto ingenuamente, con el definitivo abandono de una forma de vida inferior, nómada, precaria y cazadora (el Paleolítico Superior / Epipaleolítico) y la aparición de los primeros síntomas de la civilización agraria (Neolítico).

Pero esta percepción, todavía muy popular, del Neolítico no se ajusta satisfactoriamente a la naturaleza histórica del acontecimiento definido. Por ejemplo, ya no se defiende la idea tradicional que consideraba que los cazadores-recolectores de la Prehistoria (Paleolítico Superior / Epipaleolítico) llevaban una existencia precaria, sujeta a diarios y exhaustivos desplazamientos para buscar recursos que les permitieran subsistir en un mundo tremendamente salvaje y



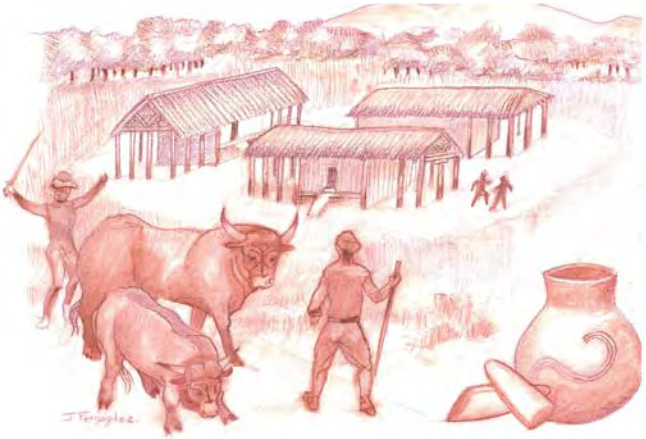
La forma de vida de los **cazadores-recolectores** ha sido distorsionada por las lecturas evolucionistas dominantes desde el siglo XIX en las que se resaltaban su supuesto carácter precario. Sin embargo, desde una perspectiva antropológica actual se la ha revalorizado como una forma de existencia tan humana y completa como otra cualquiera.

hostil. En ese discurso, la única manera de mitigar tales penurias necesariamente pasaba por alcanzar un nivel tecnológico determinado que solucionara sus limitaciones: el *descubrimiento* de la agricultura y la ganadería colmarían las aspiraciones de estas sociedades y las sacarían de la indigencia a la que parecían condenadas. Como la penicilina o la pólvora, la siembra y la domesticación se descubrían en un momento lúcido de la humanidad. Desde ese instante, se difundirían tales inventos por todas partes, transformando todas las bandas de cazadores paleolíticos del planeta en granjeros mucho más felices y civilizados. Una o varias bombillas parecían haberse encendido en la mente del hombre primitivo. Se abandonaba, de esta manera, una época oscura de la humanidad. Parece como si, en un momento dado, los hombres eligieran este nuevo modelo de vida por pura racionalidad, es decir, escogiendo entre dos formas de vida (Paleolítico versus Neolítico) y eligiendo la que, sin duda, prometía mayores beneficios, más comodidad y seguridad.

No obstante, los estudios etnográficos realizados sobre poblaciones de cazadores-recolectores modernos han advertido que la prodigalidad (propensión a consumir de una vez toda la comida de la que se dispone, incluso en épocas difíciles), su resistencia a generar y almacenar excedentes y el escaso número de horas que suelen dedicar a la obtención de recursos básicos (un promedio de tres a cinco horas diarias de trabajo por adulto) no son síntomas, precisamente, de economías al límite de la subsistencia; sino todo lo contrario. Además, la movilidad que las caracteriza (nomadismo), hoy en día se considera más el reflejo de la tendencia natural de la mayoría de especies animales (incluida el hombre) a desplazarse por su entorno y obtener armónicamente los recursos que la naturaleza ofrece y cuando los ofrece, que consecuencia de un castigo divino. En cualquier caso, podemos decir sin temor a equivocarnos que el nomadismo no fue, durante la Prehistoria, una forma

imperfecta o menor de vida. Otra vieja e incorrecta idea, pero todavía con mucha implantación popular, atribuye a los cazadores un desconocimiento total sobre los principios básicos de reproducción de plantas y animales que impidió o retrasó la invención de la agricultura y la ganadería. Nada más alejado de la realidad, puesto que la caza especializada, la recolección y la pesca que practicaban estos cazadores-recolectores no eran posibles sin un conocimiento profundo y exhaustivos de los ciclos reproductivos de las especies, o de la estacionalidad de sus desplazamientos, no menor al que necesitaron los primeros agricultores y ganaderos para realizar sus labores.

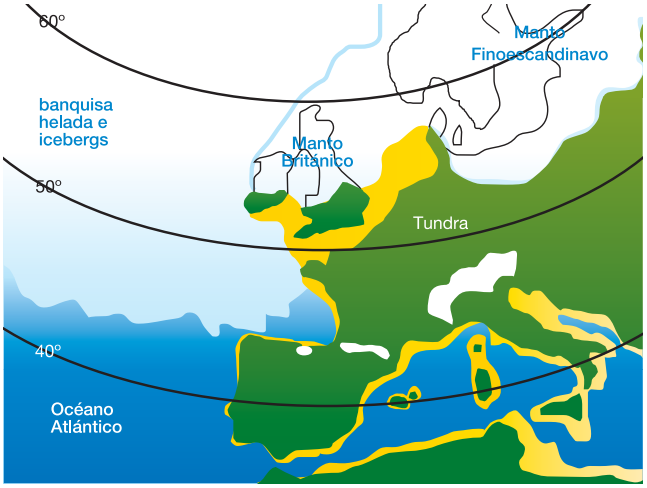
Por tanto, domesticar ciertas plantas y animales debió ser una posibilidad más de obtención de recursos que permaneció latente entre muchos grupos paleolíticos hasta que las circunstancias históricas (ya fueran sociales, económicas y/o simbólicas) terminaron por convertirla, en ciertos casos, en la mejor de las opciones posibles. Debemos pensar en el Neolítico más como una crisis interna del modelo de vida de los cazadores-recolectores que como el resultado de las bondades innatas y universales de la agricultura, la ganadería y la vida sedentaria. Esto implica asumir que el tránsito de unas sociedades (paleolíticas y epipaleolíticas) a otras (neolíticas) pudo tener características propias en cada región del planeta, donde esta mudanza debió producirse, no sin reticencias, con fisonomías y ritmos locales muy distintos en los que las últimas poblaciones cazadoras-recolectoras de cada territorio debieron jugar un papel determinante en dicho proceso. Hablaremos, pues, y como resultado de este cambio de enfoque, de varios *Neolíticos*, utilizando este término en plural. Y entre todos ellos, nos detendremos en el Neolítico de las sociedades que levantaron sepulcros megalíticos como Viera, Menga o El Romeral.



Lejos de ser un fenómeno homogéneo, **el Neolítico presenta diversas fisonomías** en los lugares del planeta donde se ha desarrollado. El continente europeo no fue una excepción y en él se concretaron diversas "culturas" neolíticas muy diferentes entre sí.

1.2. LA NEOLITIZACIÓN DEL OCCIDENTE EUROPEO

Hace unos 12.000 años (10.300 / 9.800 a. C. según qué autores) comienza la última fase geológica del Cuaternario conocida como **Holoceno** o época Posglacial, que se extiende, desde entonces, hasta nuestros días. Con respecto a épocas anteriores, su principal característica es la retirada de los hielos perpetuos que habían cubierto una parte importante de Europa y el norte del continente americano durante el Pleistoceno (etapa geológica anterior). Por tanto, podemos decir de forma popular que el Holoceno empieza



El último periodo geológico frío recibe el nombre de **Pleistoceno**. Durante él, amplias zonas del norte de Europa y otras áreas del planeta, llegaron a permanecer, en ciertos momentos, totalmente cubiertas por el hielo lo que, lógicamente, condicionó la vida de muchos cazadores-recolectores y redujo las zonas "habitables" del planeta.

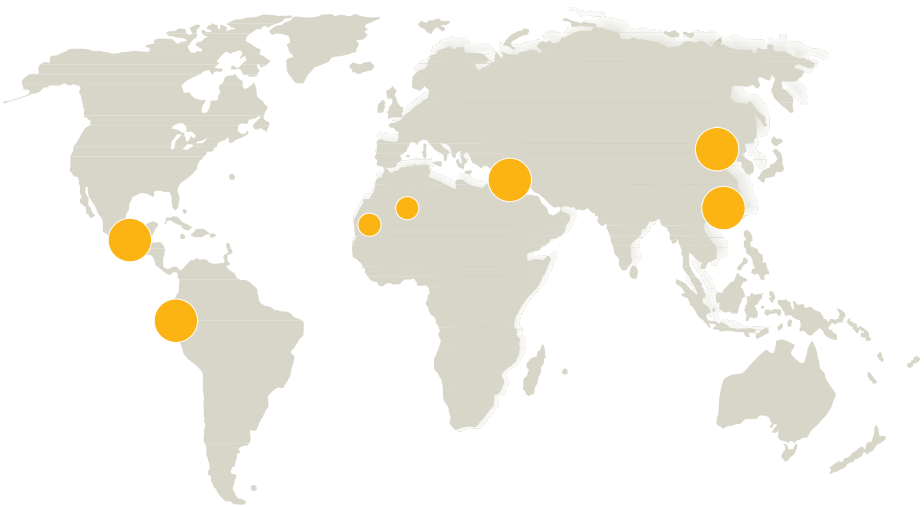
con la desaparición de la "Edad del Hielo" en la que habían vivido la mayoría de sociedades paleolíticas. No obstante, este proceso no fue homogéneo ni continuo y observó ciertas pulsaciones (avances y retrocesos) que generaron, entre otras, variaciones en los valores de las temperaturas y precipitaciones y, posiblemente, también en el nivel del mar. Estas diferencias han servido para establecer subfases climáticas dentro del propio Holoceno (Preboreal / Boreal / Atlántico / Subboreal y Subatlántico).

		CRONOLOGÍA POLINICA	EDAD (B.P.)
HOLOCENO	POSTGLACIAL	SUBATLÁNTICO	1.000
		SUBBOREAL	2.800
		ATLÁNTICO	4.700
		BOREAL	7.500
		PREBOREAL	8.000
			10.000

El **Holoceno**, última época geológica, ha supuesto una suavización general de las condiciones climatológicas en el planeta. No obstante, se pueden distinguir dentro de él fases o subperiodos en los que las temperaturas y las precipitaciones variaron considerablemente aunque nunca alcanzaron unos valores tan extremos como durante el periodo glacial anterior.

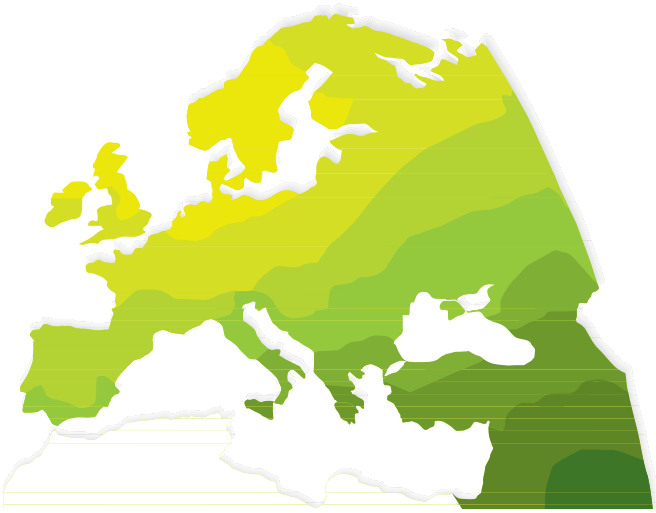
Por lo que al tema de esta guía respecta, podemos decir que durante el Holoceno el clima, en general, tiende hacia unas condiciones más húmedas y templadas (ver reconstrucción paleoambiental cap. 5), alejadas, en cualquier caso, de la imagen glacial que caracteriza muchos momentos anteriores de la Prehistoria; también se modifica el espacio terrestre emergido ya que, por una parte, se abrieron nuevas zonas habitables donde con anterioridad se emplazaban los hielos y, por otra, se sumergen muchas zonas costeras al subir, por el deshielo generado, el nivel del mar, lo que conlleva, en ciertas ocasiones, el aislamiento de terrenos con respecto al continente y la formación de nuevas islas; y por último, tras modificarse la **megafauna** que caracterizó el Pleistoceno, se asientan las actuales distribuciones geográficas de la fauna y la flora que conocemos, a las que se añadirán, como más adelante veremos, las primeras especies animales y vegetales ya domesticadas.

Dentro de este cuadro general y en momentos ya avanzados del Holoceno, concretamente dentro del subperiodo denominado Atlántico (7500-4700 a. C), se empiezan a manifestar, en algunas regiones del oeste europeo, las primeras evidencias de sociedades con modos de vida más o menos neolíticos. Actualmente, hay bastante coincidencia entre los prehistoriadores en la idea de que este primer neolítico occidental no se produjo como resultado de un proceso histórico de carácter autóctono que llevara, sin influjos externos, a los últimos grupos cazadores-recolectores (epipaleolíticos) a transformarse, localmente, en agricultores y ganaderos, como se sabe que ocurrió en otras zonas del planeta como, por ejemplo, el Próximo Oriente, Mesoamérica o el noroeste de América del sur. Esto significa que las poblaciones del oeste continental debieron recibir algún tipo de influjo, que más o menos rápidamente (según qué autores), fueron modificando su subsistencia y sus creencias hasta atraparlos en nuevas formas de vida, ahora, ya neolíticas.



Zonas de origen del Neolítico. En un periodo comprendido entre el 8000-3000 a. C. la práctica de la domesticación de plantas y/o animales parece que surgió, autóctonamente, en distintas zonas del planeta. Entre ellas, el Próximo Oriente o la región de Mesoamérica son las mejor conocidas por los prehistoriadores.

Por lo dicho, parece pertinente hablar de un fenómeno de neolitización del occidente de Europa", más que de un origen local. Consecuentemente, diversos autores han propuesto teorías sobre la forma cómo pudo realizarse esta neolitización. Así, a finales de los años 50 del siglo pasado, Bernabó Brea defendió un proceso de difusión del Neolítico desde el Próximo Oriente, y fundamentó su argumentación, especialmente, en la ausencia, en nuestro continente, de los antecedentes silvestres de las especies que debían haber sido primeramente domesticadas (entiéndase ovicápridos y cereales). Desde esta, y otras evidencias, construyó un modelo que explicaba la difusión como producto de una migración o desplazamiento de gentes que "colonizarían" toda Europa, como resultado de un aumento demográfico experimentado en las poblaciones, ya neolíticas, del Próximo Oriente. Qué duda cabe que, desde nuestra perspectiva actual, la explicación resulta demasiado simplista y recuerda el modelo clásico de colonización del mediterráneo por parte de griegos y fenicios durante la antigüedad.



Neolitización de Europa. La llamada teoría del "Frente de Avance" intenta explicar la neolitización de Europa (entre el 6000-3000 a. C. aprox.) como resultado de un lentísimo desplazamiento de población, en sucesivas oleadas o frentes (indicados en la imagen con distintos colores), que terminan por llevar los principios económicos y simbólicos del Neolítico a todos los rincones del continente.

Por esto no debe extrañar que, años más tarde, A. Ammerman y L. Cavalli-Sforza, matizaran esta propuesta proponiendo que si bien el proceso de neolitización fue el resultado de una actividad migratoria, este desplazamiento de población sería de reducida movilidad y carácter aleatorio o no planificado, lejano, en cualquier caso, a los grandes desplazamientos de masas del difusionismo clásico. Esta actividad migratoria sería el resultado de traslados de menor alcance y carácter doméstico, como los motivados por cambios de residencia o para explotar recursos concretos, en una dinámica lenta pero constante que ha sido denominada "frente u ola de avance". Este proceso lento, según esta explicación, generaría tres tipos de yacimientos distintos, productos, todos ellos, de casos posibles en la interacción entre cazadores-recolectores indígenas y agricultores: la *colonización*, cuando el frente de avance se expande en áreas no ocupadas por comunidades epipaleolíticas; la *aculturación directa* cuando los grupos de últimos cazadores-recolectores entraban en contacto interactivo con el movimiento del "frente de avance", resultado de lo cual incorporan ciertas técnicas neolíticas que, aunque en principio pueden no modificar sustancialmente el sistema tradicional, terminarían por provocar su asimilación y la aculturación indirecta que consistía en la difusión de las técnicas y principios neolíticos como resultado de la interacción entre grupos de cazadores y recolectores neolitizados y no neolitizados, a modo de cadena, sin que exista contacto directo con grupos neolíticos. En la Península Ibérica la aplicación de esta teoría ha dado origen al conocido como "modelo dual" que defenderá la existencia, por una parte, de grupos epipaleolíticos que gradualmente van incorporando algunos elementos neolíticos, pero dentro de economías todavía eminentemente cazadoras-recolectoras (neolíticos aculturados), y por otra, los yacimientos que muestran una auténtica "irrupción" o implantación "ex novo" de las formas básicas de subsistencia neolíticas y sin muestras de aculturación alguna (conocidos como neolíticos puros).

Por otra parte, recientes postulados, más radicales en sus planteamientos, niegan cualquier aporte demográfico o poblacional en el proceso de difusión del Neolítico por el continente europeo. Así el denominado "modelo percolativo" enfatiza el papel jugado, en este proceso, por las comunidades de cazadores-recolectores del mediterráneo, -a quienes consideran los principales protagonistas del proceso-, que integrarían en sus redes de intercambio comunes los flujos de materiales novedosos y especies ya domesticadas, lo que en última instancia no requerirá necesariamente de desplazamiento poblacional alguno, configurando en definitiva un modelo de difusión mucho más estático.

En esta amplia horquilla de teorías se mueven los investigadores actualmente, sin que ningún modelo termine por imponerse definitivamente. Incluso, siguen abiertas, aunque con menos apoyos, hipótesis autoctonistas u otras que defienden una difusión del Neolítico por la Península Ibérica, y por consiguiente por el resto de Europa Occidental, desde el norte de África.

1.3. EL NEOLÍTICO EN NUESTRAS TIERRAS

Aceptar la difusión (en cualquiera de las formas arriba apuntadas) como modelo explicativo, (y más aún si, por el contrario, se defienden un origen autóctono o local), no debe implicar, necesariamente, que el neolítico que arraiga en nuestras costas y tierras del interior reproduzca el modelo oriental y clásico conocido en la península de Anatolia o en el Levante del Próximo Oriente. Entonces, ¿cuál debió ser la fisonomía de los primeros grupos neolíticos de nuestras tierras?; ¿cómo fue, en definitiva, el Neolítico que nos resulta más cercano?

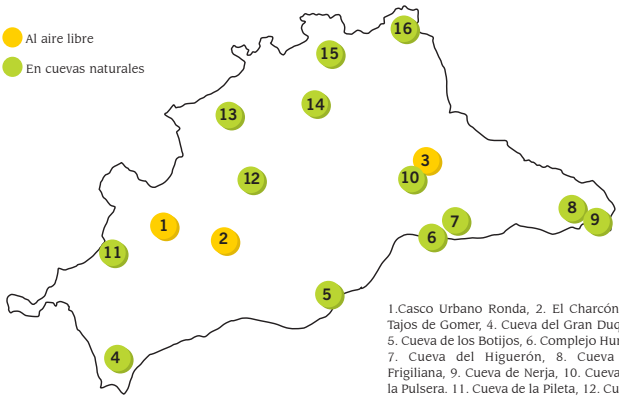
Por lo que sabemos, parece que los poblados plenamente sedentarios, con organización casi urbana y una economía consolidada en la producción de cereales y ovicápridos (entiéndase el *modelo popularizado e idealizado* de los poblados neolíticos), aparecerán muy tardíamente en nuestra región. Esto redunda en la línea argumental, señalada más arriba, que recomendaba no exagerar el impacto que los nuevos modos de vida neolíticos pudieron tener globalmente, y contextualizarlo en procesos locales y más específicos.

Así, desde finales del VI o comienzos del V milenio a. C. y durante todo el milenio siguiente, proliferarán, por primera vez, en el sur de la Península Ibérica grupos humanos con indicios, en sus economías domésticas, de actividades productivas. Por ejemplo, centrándonos en el ámbito malagueño, existen ya evidencias de ocupaciones neolíticas en numerosas cuevas, tanto en el litoral, por ejemplo, en Hoyo de la Mina en Málaga, Gran Duque en Casares, Los Botijos en Benalmádena o La Cueva de Nerja, como en el interior de la provincia, tales son los casos de la Cueva de las Palomas en Teba, o de otras cuevas muy próximas a los Dólmenes de

Primeros yacimientos neolíticos de Andalucía. Desde finales del VI milenio a. C. parece que existen sociedades neolíticas en el territorio de la actual Andalucía. Estos yacimientos se suelen localizar tanto en el interior de cuevas naturales como al aire libre.

Cueva de Las Palomas (Teba. Málaga). Las cuevas naturales fueron ocupadas muy frecuentemente por las primeras sociedades neolíticas. No obstante, los asentamientos al aire libre también debieron ser muy habituales pero resultan, arqueológicamente, difíciles de localizar.

Antequera: la Cueva de Las Goteras o La Higuera en Mollina, o la del Toro en El Torcal (ver cap. 5). También conocemos la existencia de posibles asentamientos al aire libre como son los casos de El Charcón en Alozaina o en la meseta donde hoy se asienta el casco histórico de Ronda. En todos estos yacimientos se advierte la aparición, en la cultura material



1.Casco Urbano Ronda, 2. El Charcón, 3. Tajos de Gomer, 4. Cueva del Gran Duque, 5. Cueva de los Botijos, 6. Complejo Humo, 7. Cueva del Higuerón, 8. Cueva de Frigiliana, 9. Cueva de Nerja, 10. Cueva de la Pulsera. 11. Cueva de la Pileta, 12. Cueva de Ardales, 13. Cueva de las Palomas, 14. Cueva del Toro, 15. Cueva de la Higuera, 16. Cueva de Belda.

Yacimientos neolíticos de la provincia de Málaga. Se han documentado yacimientos neolíticos (V-IV milenio a. C.) en, prácticamente, todas las comarcas naturales de la provincia de Málaga, tanto al aire libre como en el interior de cuevas naturales.

(los artefactos recuperados mediante la Arqueología), de grandes cantidades de fragmentos cerámicos, especialmente cuencos y ollas, en los que, en muchas ocasiones, se combinan distintas técnicas decorativas, especialmente la impresión realizada con una concha de *cardium edule* (cerámica cardial), las incisiones, los cordones en relieve y el engobe rojo o **almagra**, que alcanzan diseños de indudable complejidad. Otros objetos recuperados son hachas, azuelas y cinceles fabricados mediante el pulimento de rocas de textura granulosa; las láminas y laminitas de sílex obtenidas con la técnica de talla a presión; las espátulas y agujas de hueso y los brazaletes, collares y pulseras realizados sobre caparazones y conchas marinas.

Neolítico Inicial. La cultura material propia de los primeros grupos neolíticos de Andalucía se caracteriza por una gran variedad de recipientes cerámicos, especialmente cuencos y ollas, que presentan sus paredes profusamente decoradas.

Estas sociedades debieron incorporar, en sus formas básicas de subsistencia, la ganadería, fundamentalmente de ovicápridos, a los que se unirían, en menor proporción, el cerdo y los bóvidos. Algo más tardía aún, parece la incorporación, al menos con peso subsistencial, del cultivo de cereales como el trigo común, la escanda o la cebada y las leguminosas como las lentejas y las habas. Pero, en cualquier caso, la incorporación de la agricultura y la ganadería debió ser

progresiva, especialmente de la primera, dentro de las tradicionales estrategias de caza y recolección, pero siempre en grado que no se alteraran las relaciones sociales del grupo ni su tradicional movilidad y modo de vida. Esto explica que no se observe, durante esta época, un cambio sustancial en la manera de proyectarse los grupos sobre el territorio y que se mantengan, como entre los grupos epipaleolíticos, los asentamientos en cuevas naturales y en poblados al aire libre de escasa entidad, con estructuras de hábitat muy endebles. Ante esta expectativa y como cabe suponer, la incidencia sobre el Paisaje de las nuevas comunidades neolíticas seguirá siendo tan escasa como la de los grupos cazadores-recolectores, sin que tengamos evidencias de importantes procesos de intensificación de la producción o degradación del medio ambiente por causas humanas. Los enterramientos, a diferencia de lo que veremos más adelante, resultan irrelevantes en el paisaje y se realizan mayoritariamente en el mismo lugar de habitación mediante una simple inhumación en fosa y sin apenas ajuar.

Estas sociedades se organizaban tribalmente. Esto quiere decir, formando familias o linajes que se agrupaban en clanes y estos a su vez en tribus. Pero esta organización no suponía la existencia de jerarquía ni diferenciación social alguna entre los distintos grupos que la formaban; es lo que se conoce como parentesco clasificatorio. Todo lo contrario, cotidianamente, las familias y los linajes gozarían de una gran autonomía, lo que favorecería la operatividad de cada una de ellas. Si acaso, entre estos segmentos o grupos familiares se establecerían dinámicas de cooperación o emulación, de solidaridad o rivalidad, típica de las sociedades tribales, pero de alcance limitado en lo que a la organización social se refiere. En definitiva, la unidad real de cada tribu sólo se manifestaba, de forma clara, en circunstancias concretas como las luchas ínter-tribales o en empresas colectivas y, especialmente, en la realización de ceremonias destinadas a la creación de lazos de identidad.

En resumen, podemos apuntar que numerosas sociedades neolíticas como las arriba descritas poblaban, desde el VI-V milenio a. C., todo el Mediterráneo occidental. Mientras tanto, en otras áreas del continente europeo se consolidaron comunidades neolíticas con características locales muy distintas. (ver cap. 1.1). Sería en este contexto histórico, y de forma casi sincrónica, cuando sólo algunas de estas poblaciones neolíticas, las situadas preferentemente en la fachada atlántica, comenzarán a levantar construcciones megalíticas. En un proceso muy rápido, podríamos decir que casi frenético, se siembran extensas regiones de monumentos y se configura un paisaje humano sin precedentes. Sobre la fisonomía de dicho *Paisaje* y sobre las posibles causas que llevaron a esta empresa humana versarán los próximos capítulos.

2 | EL NEOLÍTICO MONUMENTAL

Hasta el momento, hemos dedicado los primeros epígrafes de esta guía (cap. 1) a describir la naturaleza de las sociedades neolíticas del occidente europeo previas a la aparición de lo que conocemos como *Paisaje Monumental*. Ya decíamos en la introducción que estas primeras sociedades neolíticas apenas si habían modificado la fisonomía del paisaje que había caracterizado a los anteriores grupos paleolíticos y epipaleolíticos. El cambio profundo se observará, entre las poblaciones neolíticas más occidentales, desde la primera mitad del quinto milenio a. C. Sobre este hecho histórico versará el segundo capítulo donde repasaremos en detalle las características formales de la arquitectura megalítica que surge en ese momento (cap. 2.1), la cultura material (2.2) y el arte megalítico de estas poblaciones (cap. 2.3), y finalizaremos con la discusión sobre las principales teorías que intentan explicar por qué estas poblaciones monumentalizaron su entorno (cap. 2.4). Vayamos por partes.

En primer lugar, cabe apuntar que, arqueológicamente hablando, un *Paisaje* es *un mundo ordenado: un cosmos.* En otras palabras, un *Paisaje* es un espacio que nos resulta familiar cuando conocemos las claves de comportamiento que (aunque no necesariamente de forma consciente) debemos seguir en él para no desorientarnos. Todo *paisaje* debe integrar armónicamente unas actividades económicas, políticas y simbólicas concretas. Por tanto, podríamos considerar los paisajes como auténticos *escenarios* en los que, sólo, algunas *representaciones* son posibles; un drama no puede desarrollarse en un escenario de comedia, por poner un caso. No puede existir contradicción entre la trama argumental y el decorado; porque una engendra al otro y viceversa. Pongamos otro ejemplo para apoyar nuestra definición: la *Maddina* o ciudad musulmana. Como es de sobra conocido, se trata de un *Paisaje* urbano específico pero que, no olvidemos, nace y se estructura desde unos parámetros concretos e intransferibles surgidos del Islam; por ejemplo se caracteriza por: ausencia de espacios públicos, viviendas sin ventanas al exterior para proteger la intimidad, trama urbana muy sinuosa con callejones sin salida; cubiertas planas en los edificios y de la misma altura, que sólo pueden ser superados por los minaretes de las mezquitas, etc. En la *Maddina*, un ciudadano occidental puede desorientarse si intenta, infructuosamente, proyectar, en sus desplazamientos y usos, el patrón de la ciudad industrial o de servicios en el que, normalmente, nos desenvolvemos. Pues bien, para *ordenar mundos*, para crear cosmos, en definitiva, para construir estos *paisajes* humanos se han empleado a lo largo de la historia estrategias muy variadas que han resaltado ciertos elementos naturales, arquitectónicos, simbólicos o políticos en detrimento de otros que, por el contrario, se han ocultado o enmascarado.

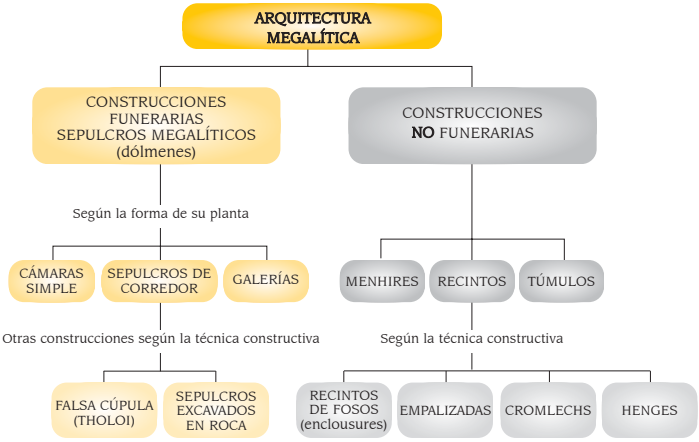
De esta manera, numerosas sociedades han recurrido a la construcción de *monumentos* como principal estrategia para configurar su *paisaje*. Las poblaciones neolíticas del occidente europeo desde la primera parte del V milenio son el

primer gran ejemplo histórico; pero, otras sociedades de la antigüedad y de épocas más recientes han apelado también a ella. No obstante, las razones históricas que hay tras la construcción de estos monumentos, lógicamente, han variado de unas épocas a otras.

Una última observación, entendemos aquí por *monumento* el resultado de una empresa humana que por la magnitud del trabajo desarrollado, por el número de individuos comprometidos en su realización y/o por la relevancia visual que alcanza una vez finalizada, se configura en un hito o referente cargado de significado tanto para la generación que lo construye como para aquellas otras que, mientras perdura, lo reconocen, visitan y/o transforman. Así entendidos, una infinidad de estos *monumentos* se levantarán durante miles de años en Europa Central y Occidental en la Prehistoria (V-II milenio a. C.). Los más conocidos son los *sepulcros megalíticos*, popularmente llamados dólmenes, como los que integran el **Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera**, que se realizaron, como es de sobra conocido, con grandes losas y piedras descomunales (mega-litos). No obstante, otros tipos de monumentos que no emplean grandes piedras son también muy frecuentes (ver cap. 2.1), lo que nos advierte que el megalitismo es sólo una parte del paisaje monumental. No podemos confundir, pues, la *parte* (los megalitos) con el *todo* (los monumentos).

2.1. ARQUITECTURA MONUMENTAL

En el Neolítico de Europa occidental se levantaron, en un breve espacio de tiempo, aunque con una distribución espacial y cronológica desigual, muchos monumentos; repasaremos, a continuación, las formas más características. Para ello, los hemos dividido en dos categorías: construcciones funerarias y no funerarias, según tengan, lógicamente, como fin albergar enterramientos humanos o no.

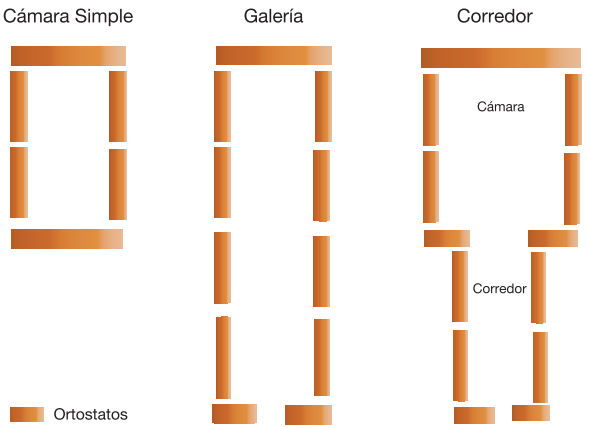


Clasificación de la Arquitectura Megalítica.

2.1.1. Construcciones Funerarias:

Sepulcros megalíticos (popularmente llamados dólmenes); están constituidos por una estructura o contenedor formado por grandes losas verticales llamadas **ortostatos** y otras horizontales de cierre o **cubiertas**. Se unen entre ellas *a piedra seca*, o sea, sin argamasa ni mortero alguno. Tal disposición arquitectónica genera espacios adintelados donde se depositan, directamente sobre el suelo, los cadáveres (ver ritual funerario en cap. 6.2). Estos contenedores de piedras, a su vez, se cubrían con un **túmulo** o montículo artificial que los envolvía casi totalmente, lo que hacía que la estructura interna de piedras, en la mayoría de casos, no fuera visible desde el exterior. Los tres sepulcros megalíticos que se describen en esta guía, tanto Viera (ver cap. 6), Menga (ver cap. 7) como El Romeral (ver cap. 8), conservan satisfactoriamente sus túmulos lo que, por otra parte, no es muy frecuente, ya que suelen ser muy vulnerables a la erosión y en incontables ocasiones se han perdido y han dejado a la intemperie la estructura de **ortostatos** que albergan en su interior, lo que, por otra parte, ha terminado por popularizar una imagen falsa de estos monumentos desprovistos de túmulo que los cubría (ver cap. 7.2).

Según la planta que presenten los sepulcros megalíticos, los arqueólogos los suelen clasificar en:



Tipos de Sepulcros Megalíticos según la forma de sus plantas.

a) Cámaras simples. Son construcciones poligonales de pequeñas o medianas dimensiones a modo de cofre sin corredor, es decir, que no tienen acceso alguno desde el exterior una vez que se han depositado los cadáveres. Debieron ser las más antiguas construcciones megalíticas, al menos en la Península Ibérica, y se empleaban para contener sólo uno o dos cadáveres.

b) Sepulcros de corredor. Como el de Viera (ver cap. 6) o Menga (ver cap. 7), están constituidos por una cámara sepulcral de forma poligonal o circular y un corredor de acceso que conecta la cámara con el exterior. Esta configuración posibilita el acceso a través de puertas, más o menos elaboradas, a la parte interna del sepulcro y permite la repetida deposición, en su interior, de cadáveres durante varias generaciones. Una variante de este tipo son los, impropiamente, conocidos como **tholoi,** como el de El Romeral (ver cap. 8), que tienen las características

generales ya citadas, pero su cámara y/o corredor se construye con una técnica conocida como de **aproximación de hiladas** o **falsa cúpula** (ver técnica de construcción en cap. 8.1). Otra variante, menos frecuente, son los conocidos como *Sepulcros excavados en roca o cuevas artificiales*. Nos referimos, básicamente, a lo que en el mundo clásico se conoce como hipogeos, o sea, estructuras excavadas directamente en la roca. Un ejemplo excepcional de estas construcciones lo tenemos, en el propio término municipal de Antequera, en el yacimiento conocido como Necrópolis de Alcaide (ver cap. 5.1). A diferencia de los anteriores, los sepulcros excavados en roca no estaban cubiertos con túmulos.

Yacimiento de Alcaide (Antequera, Málaga). Dentro de la arquitectura monumental ocupa un lugar destacado la tradición de excavar sepulcros en la roca. Aunque en tales casos no se suele emplear ortostatos en su construcción, las llamadas *cuevas artificiales* son otra variante del Megalitismo europeo.

c) Sepulcros de galería. Por último, hablamos de aquellos otros sepulcros formados, exclusivamente, por un corredor que, sin solución de continuidad, une la entrada y la losa transversal que lo limita en su parte más profunda, lo que implica que no existe una diferenciación clara, en la planta, entre el corredor propiamente dicho y lo que debería ser la cámara funeraria.

2.1.2. Construcciones NO Funerarias:

a) *Menhires:* Se trata de un gran bloque de piedra, en bruto o parcialmente regularizado o labrado, clavado en el suelo y estabilizado, normalmente, por pequeños calzos. Suelen tener entre 1 y 10 metros de altura. En ocasiones (momentos tardíos de la Prehistoria) pueden presentar perfil antropomorfo. Pueden aparecer aislados o en grupos, configurando recintos (**Cromlech** ver a continuación) o en filas interminables. En la Península Ibérica abundan en el sur de Portugal donde parece que pudieron ser construidos, incluso, antes del Neolítico. Sin embargo, apenas si se conocen casos en Andalucía.

Yacimiento de Perdigoes (Portugal). Los recintos de fosos son abundadísimos en toda Europa Occidental (VI-III milenio a. C.). Se caracterizan por grandes espacios circulares delimitados por zanjas. En la mayoría de ocasiones, se suelen localizar, exclusivamente, mediante el empleo de fotografías aéreas.

b) *Recintos*; Se trata de una tradición arquitectónica muy extendida en la Prehistoria Reciente de Europa. Consiste, básicamente, en la creación de un espacio circular de proporciones variables. Varían unos de otros en la técnica que se empleen para configurarlos. Así, se pueden delimitar por una o varias zanjas concéntricas excavadas en el terreno (se conocen también con el término inglés *ditched enclosures*), bien mediante empalizadas, círculos de piedra (Cromlech) o tierra (Henge). Incluso, en algunos yacimientos se combinan varias de estas técnicas para delimitar el recinto. La interpretación de estos yacimientos, especialmente los realizados con zanjas, divide, hoy en día, a los investigadores; por una parte, unos reconocen en ellos las evidencias de importantes asentamientos humanos defendidos o delimitados por fosos; mientras que otros interpretan estos recintos de zanjas como espacios con un marcado carácter social en cuyo interior se reunían, periódicamente, las poblaciones megalíticas que el resto del tiempo vivían dispersas en asentamientos estacionales. Profundizaremos sobre este tema en otro momento de la guía (ver cap. 2.4).

Recintos de fosos. Sin duda, son los yacimientos más controvertidos de esta época. Los arqueólogos no se ponen de acuerdo sobre su posible función y son interpretados bien como grandes poblados (izquierda), bien como lugares ceremoniales (derecha) donde se desarrollaría encuentros estacionales de grupos que, el resto del año, vivirían dispersos por el territorio.

c) *Túmulos;* Los túmulos no funerarios son idénticos a los que consolidan y cubren los sepulcros megalíticos. La única diferencia radica en que en estos casos no albergan estructuras ortostáticas en su interior.

2.2. CULTURA MATERIAL DE LAS POBLACIONES MEGALÍTICAS

Para el no especialista, la cultura material (restos materiales recuperados arqueológicamente) de estos grupos neolíticos que erigen dólmenes en poco se diferencian, salvo en la aparición del metal, de aquellos otros primeros grupos neolíticos (ver cap. 1.3) que poblaban nuestra región y parte de Europa Central y Mediterránea antes de que se construyeran los primeros monumentos. No obstante, la monumentalización del paisaje acarrea también algunos cambios en los artefactos que se manufacturan. Procede ahora describir, aunque sea brevemente, la cultura material que aparece en los yacimientos (cuevas, recintos de zanjas, minas, etc) de los constructores megalíticos durante el V-III milenio a. C.

Entre los artefactos que más perduran, lógicamente los únicos que la Arqueología puede recuperar, se pueden establecer varios grupos: cerámicas, artefactos de piedra tallada y pulimentada y objetos de metal. Un cuarto grupo, menos significativo, lo formarían los objetos que aprovechan como materia prima para su realización restos orgánicos como huesos de animales y las conchas y caparazones de los moluscos. Vayamos por partes.

La cerámica se caracterizará por presentar, frente a los primeros grupos neolíticos (ver cap. 1.3), formas mucho más abiertas, a veces en tal medida que se los denomina platos o fuentes. Pero junto a ellas también son frecuentes los cuencos con distintas formas. Llama la atención que de sus

Cultura Material de los constructores de megalitos. En el sur de la Península Ibérica, los objetos manufacturados por las poblaciones megalíticas difieren de los que caracterizaron a los primeros grupos neolíticos. Así, los recipientes cerámicos son abiertos y apenas si suelen aparecer decorados. También son muy frecuentes las puntas de flecha y láminas de sílex, hachas de piedra pulida y, con el tiempo, los primeros objetos de metal.

superficies haya desaparecido, prácticamente, la decoración. Los motivos decorativos complejos que se daban en poblaciones neolíticas pre-megalíticas desaparecen casi totalmente de los recipientes, y, aunque existen algunos ejemplares decorados, se puede pensar en una cerámica mayoritariamente lisa. Esta contingencia ha sido explicada, por algunos autores, como un cambio iconográfico que traslada la decoración desde las paredes de las cerámicas a las paredes de los abrigos y farallones naturales, o sea al arte rupestre esquemático (ver cap. 2.3).

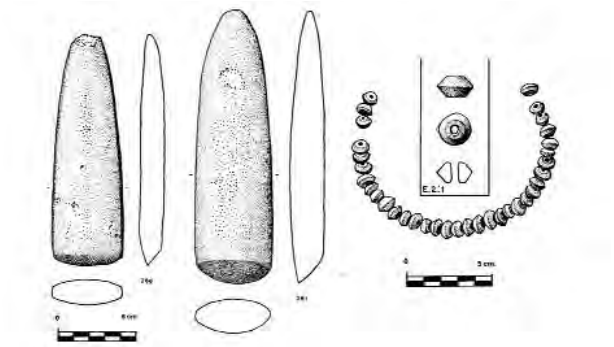
Existe una idea popular, muy arraigada, que afirma que durante el Neolítico desaparece la talla de la piedra y que es sustituida por su pulimento. Tal afirmación es completamente falsa; el error procede, nuevamente, de una lectura etimológica demasiado estrecha. Así, las obras de divulgación siguen en muchos casos identificando el celebérrimo término Paleolítico con la "piedra vieja" y el Neolítico con "la piedra nueva", o sea, se sigue considerando el cambio

Minería prehistórica. Durante el Neolítico, y especialmente durante su momento megalítico, se explota el sílex como materia prima para la realización de numerosos artefactos. A veces, las labores mineras alcanzaron gran envergadura.

cultural como una simple mudanza tecnológica en el que la talla ha sido sustituida por el pulido de piedras y rocas. Nada más lejano a la realidad, puesto que es desde los momentos iniciales del Neolítico y durante todo el Megalitismo, en pleno *paisaje monumental* (V-III milenio a. C), cuando, en Europa, la talla de sílex y rocas afines tiene un desarrollo tecnológico mayor y la obtención de piedras para ser talladas genera importantísimas minas como las aparecidas en Inglaterra, Francia o Bélgica y más recientemente, en el yacimiento de Casa Montero en la Meseta española. Hablamos de auténticos complejos mineros configurados por pozos verticales y miles de galerías subterráneas que se extienden por cientos de hectáreas. A estas espectaculares técnicas de extracción de mineral se añaden técnicas de trabajo no menos elaboradas, orientadas en muchos casos a la obtención de hojas o láminas de grandes dimensiones que

aparecen, por miles, en los sepulcros megalíticos formando parte de su **ajuar.** Otros objetos de sílex, no menos abundantes son las puntas de flecha. Son muy variadas, desde formas muy arcaicas llamadas microlitos geométricos hasta ejemplares mucho más elaborados y delicados que no cumplen ningún principio balístico y que, por tanto, no podían tener un uso práctico. La abundancia de estas puntas no necesariamente tiene por qué significar el aumento de las escaramuzas bélicas entre los constructores de dólmenes, pero, en cualquier caso, debieron tener un valor social considerable pues nunca suelen faltar entre los elementos componentes de los ajuares funerarios (ver cap. 6.2).

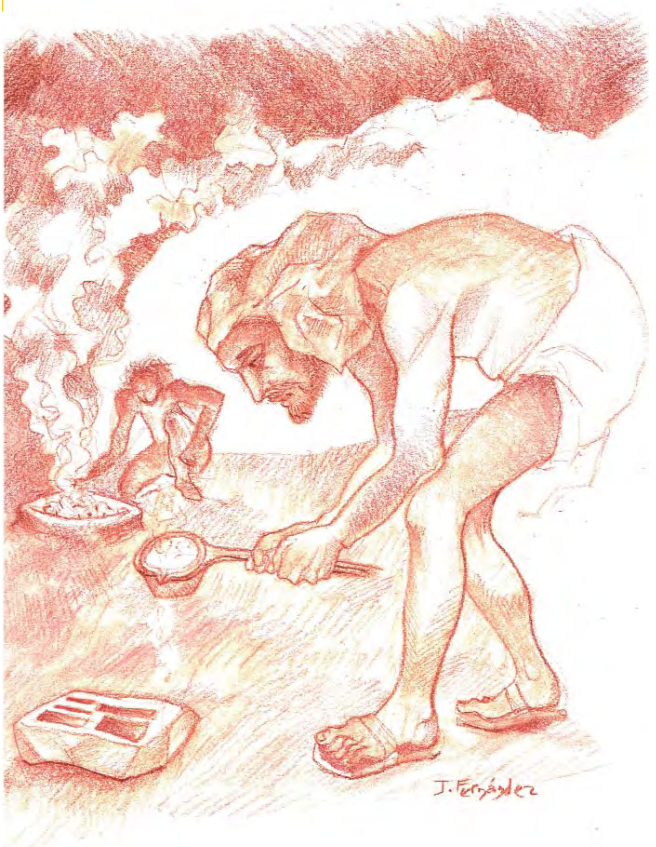
Junto a la talla de rocas, el pulimento también tiene cabida. Se emplean para desarrollar esta técnica rocas como las ofitas, que a diferencia del sílex, no se fracturan fácilmente al golpearlas. Estos bloques se prefiguraban piqueteando continuamente sus superficies hasta obtener un boceto o preforma del artefacto deseado. A partir de ese momento comienza la labor propiamente de pulimento. Utilizando rocas ásperas e incluso interponiendo arena para aumentar el desgaste se frotan hasta obtener unas superficies lisas y pulidas, en ocasiones, de gran belleza. Con esta técnica se realizaron, no sólo hachas y cinceles, sino también cuentas y abalorios.



Sepulcro megalítico de la Cuesta de los Almendrillos (Alozaina, Málaga). Son numerosísimos los objetos recuperados en el interior de sepulcros megalíticos que se realizaron mediante la técnica del pulimento de piedras y rocas. Destacan las hachas y azuelas, así como objetos de adornos como brazaletes y abalorios de collar.

En pleno apogeo del *paisaje monumental*, en torno al tránsito entre el IV y III milenio a. C. las comunidades neolíticas comienzan a fabricar algunos objetos de metal. Esta circunstancia ha justificado, que muchos arqueólogos distingan un Megalitismo neolítico y otro ya **calcolítico** o de la Edad del Cobre. No obstante, el peso que la metalurgia tiene en la vida económica, social y simbólica de estas sociedades es muy limitado. Su presencia parece reducirse al ámbito funerario, donde aparecen algunas escasas piezas metálicas. En concreto, se trata de pequeños punzones con sección circular, escoplos de sección cuadrangular y, más raramente, hachas muy planas. Todas son de cobre, el primer metal empleado en la Prehistoria. La obtención de este metal se realizaría a partir

Metalurgia prehistórica. En el interior de los sepulcros megalíticos aparecen los primeros objetos de cobre. Esta circunstancia nos habla de la existencia de una prácticas metalúrgicas de carácter doméstico desde, al menos, finales del IV milenio en Andalucía.



de minerales como la malaquita o la azurita que se podían encontrar en afloramientos a ras de suelo. Estas se calentarían, a más de 1000º C, en el interior de recipientes cerámicos hasta obtener lágrimas o goterones de metal fundido. Estos, tras ser nuevamente derretidos, se verterían en moldes, posiblemente de piedra, hasta alcanzar la forma deseada ya fuera como punzones o como hachas. Los moldes deberían tener una sola cara (univalvos) pues aquellos cerrados con dos matrices (bivalvos) son más tardíos, ya de la Edad del Bronce. Todo el proceso se desarrollaría en el ámbito doméstico o familiar sin que se pueda pensar que existieran especialistas dedicados a la metalurgia entre los miembros de estas sociedades.

Un último grupo de artefactos lo compondrían aquellos que emplean elementos orgánicos como materia prima para su elaboración. Nos referimos a huesos, preferentemente de cabras y ovejas, sobre los que se fabricaban agujas y punzones. Por su parte ciertas conchas y caracoles, tanto terrestres como marinos, se emplearon como cuentas o abalorios de pulseras y collares.

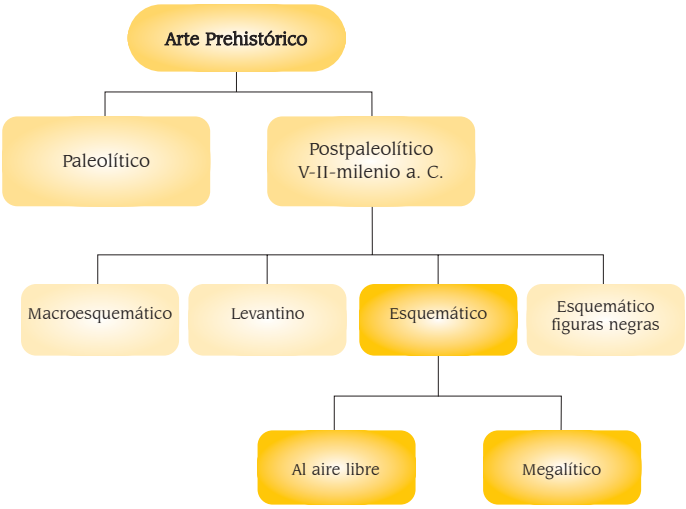
Desde un momento inicial del Neolítico, se generalizan los **collares y colgantes que se elaboran con conchas**. En el sepulcro megalítico de la Cuesta de los Almendrillos (Alozaina, Málaga) se recuperó un elevadísimo número de abalorios realizados sobre Trivia Europea.

2.3. ARTE MEGALÍTICO

De la Prehistoria se ha popularizado, sobremanera, el arte Paleolítico; es decir, el realizado por algunos de los últimos cazadores-recolectores europeos del Pleistoceno. Quizá, los estilizados animales pintados en las cuevas, la policromía que en ocasiones los caracteriza, su ubicación en lugares remotos y profundos dentro de las cavidades naturales, junto a la, mil veces contada, historia sobre el descubrimiento del arte de la Cueva de Altamira y el posterior debate abierto por los escépticos a finales del siglo pasado, pueden ser algunas de las claves de tal popularización. No obstante, tal coyuntura también ha condenado a un segundo plano a otras manifestaciones artísticas de la Prehistoria. Así, en el reparto proporcional de la atención popular, el arte de época Holocénica, es decir el de los grupos humanos productores (neolíticos y de la Edad de los Metales), ha sido claramente maltratado. Incluso dentro de una perspectiva evolucionista, las manifestaciones del arte pospaleolítico se vieron, en algún momento, sólo como el resultado de una inesperada involución hacia formas menos elaboradas. Este prejuicio ha enmascarado (inicialmente también, incluso, entre los investigadores) el potencial iconográfico, el juego paisajístico en el que se articulan y la amplia extensión europea de este "hermano menor del arte paleolítico". Afortunadamente, cada día más se está convirtiendo en objeto central de numerosos estudios artísticos e históricos. Por lo que a nuestra guía se refiere, resulta imprescindible que profundicemos también sobre este tema puesto que junto a las construcciones megalíticas (V-III milenio a. C.) el arte servirá, también, para construir el paisaje monumental, al resaltar muchos elementos del relieve natural, como los abrigos o farallones naturales, con pinturas y grabados con la intención de monumentalizarlos o remarcarlos en el paisaje. Tal empresa se desarrolló técnica e iconográficamente dentro del denominado *Arte Esquemático*. Veremos a continuación algunas de

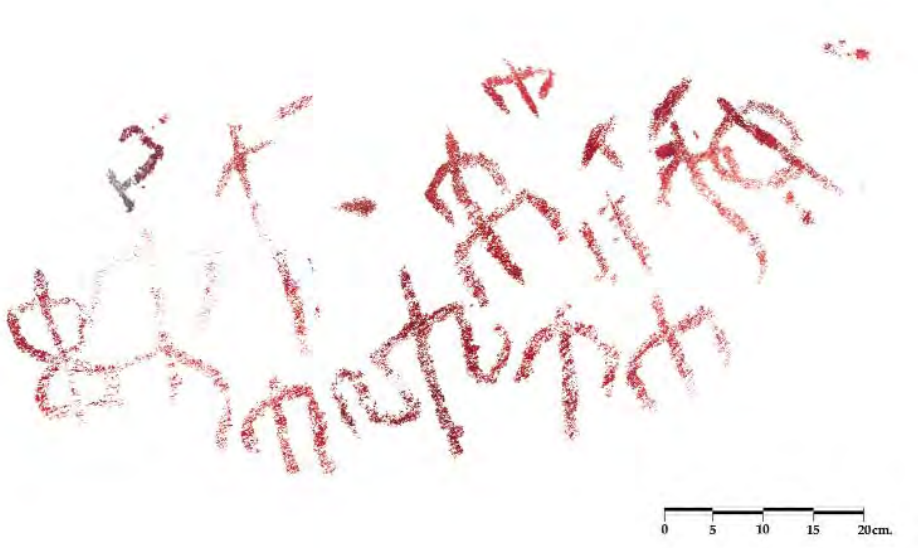
sus características generales y, además, nos detendremos en la que podríamos considerar una variante del mismo: el *Arte Megalítico*, íntimamente relacionado, como cabe suponer, con los sepulcros de ortostatos y los menhires.

Para empezar hay que aclarar que el arte pospaleolítico o de época holocénica se desarrolló en el occidente europeo dentro de varios estilos o escuelas. Entre ellos, y restringiéndonos sólo al sur de nuestra península, se pueden identificar al menos: a) Arte Macroesquemático (primeros grupos neolíticos llamados cardiales); b) Arte Levantino (contemporáneo o ligeramente posterior al macroesquemático); c) El Arte Esquemático (paralelo, "grosso modo", al megalitismo) y, d) Arte Esquematismo Negro subterráneo (de época ligeramente posterior al apogeo del megalitismo). Por razones obvias, sólo nos centraremos en el esquematismo y, especialmente, en su variante megalítica.



Arte prehistórico. Escuelas o estilos post-paleolíticos del sur de la Península Ibérica.

El llamado arte Esquemático se reconoce, o llama la atención, por el marcado nivel de abstracción que presentan todos los motivos representados. Son auténticos esquemas o iconos. Pero tal simplificación no puede ser entendida como la pérdida de la capacidad pictórica sino como una opción manifiesta de sus autores por la abstracción. Como otros estilos prehistóricos, también el esquematismo se nos presenta: a) en su versión parietal, cuando aparece sobre las paredes de farallones, rocas o abrigos naturales donde existe una iluminación diurna importante y, en menor medida, en espacios interiores de cavidades naturales; o b) en su versión mueble, cuando se encuentra decorando cerámicas, plaquetas o incluso en figuras o estatuillas de bulto redondo (conocidas como ídolos), y que comentaremos dentro del arte megalítico.



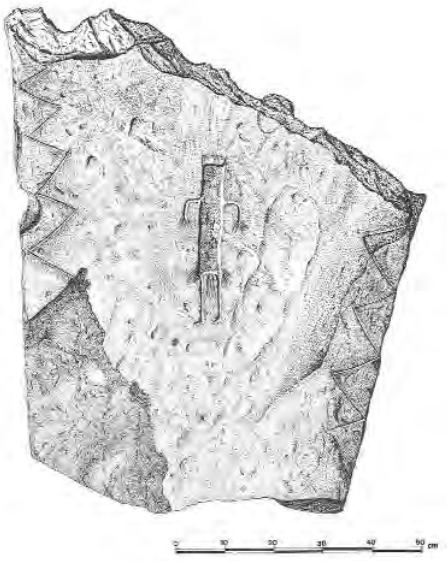
Enclave Arqueológico Peñas de Cabrera (Casabermeja, Málaga). Panel de pintura rupestre representando un grupo humano en el abrigo nº 12. El estilo esquemático se caracteriza, entre otras, por la tendencia a representar la figura humana con un grado muy acusado de abstracción. En este caso se pueden identificar varios individuos participando, posiblemente en una danza.

La técnica para la realización de los motivos parietales es la pintura y el grabado. El rojo (óxido de hierro o **almagra** como el utilizado para decorar cerámicas) y el negro (conseguido mediante la aplicación del extremo de ramas carbonizadas) son las tonalidades favoritas, que se aplicarían con los dedos, ramitas e incluso mediante lo que conocemos como "muñequillas de ebanistas". No menos frecuentes son los motivos realizados mediante la técnica del grabado. Los trazos podían ser gruesos, cuando era el resultado de un piqueteado continuo, o bien simples incisiones muy delgadas; en ocasiones, estas finas incisiones se empleaban para remarcar los trazos o contornos de motivos previamente pintados, se podría hablar, en este caso, de una técnica mixta.

Dentro de este marco general, podemos definir el arte megalítico como aquella variante específica o subgrupo del esquematismo que se realiza, también con pinturas y grabados, pero directamente sobre menhires, ortostatos y losas de cubierta de los sepulcros megalíticos. Se podría decir, un tanto frívolamente, que hablamos de la "decoración" que aparece en muchos dólmenes. Como norma general, estas pinturas se han conservado muy mal, lo que ha explicado que hayan pasado desapercibidas para muchas generaciones de arqueólogos, incluso para aquellos que realizaron las excavaciones y estudios directos de los yacimientos.

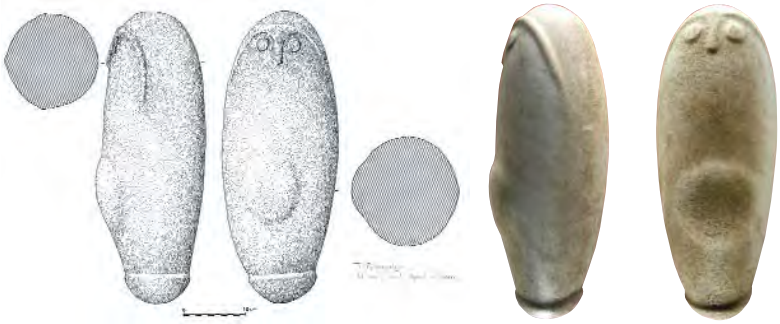
Sepulcro megalítico de Alberite I (Cádiz). El arte esquemático suele elegir como soporte para sus paneles, menhires, ortostatos y cubiertas de sepulcros megalíticos.

En el arte megalítico, los temas abstractos o esquemas predominan sobre los que pueden ser reconocidos como formas concretas, (antropomorfos o cuadrúpedos, por ejemplo). En estos últimos, destacan los antropomorfos muy esquematizados (ver sepulcro Menga cap. 7.1) que, en ocasiones, parecen portar objetos que pueden ser interpretados como bastones, hachas o armas (ver cap. 5.1). También son muy frecuentes los temas circulares concéntricos, los motivos *soles* o círculos que pueden aparecer asociados a antropomorfos, los esteliformes, es decir con forma de estrella (ver sepulcro Menga cap. 7.1), las líneas onduladas y en zigzag y las conocidas como cazoletas, una especie de concavidad semicircular de pequeñas dimensiones excavada en rocas o sobre ortostatos (ver sepulcro Viera 6.1). Como norma general, los motivos aparecen aislados o repetidos en una misma área, incluso superpuestos, pero, normalmente, entre ellos, no parecen configurar escenas.



A estas grafías o motivos, en justicia, deberíamos añadir también todos aquellos objetos de arte mueble como placas, ídolos en piedra, cerámicas decoradas con motivos simbólicos, etc, encontrados en el interior de las tumbas o en sus inmediaciones, formando, o no, parte de los ajuares.

Ídolo sobre placa (Fonelas. Granada). Aunque son menos frecuentes, la representaciones esquemáticas realizadas sobre plaquetas también son típicas del arte esquemático. El conocido caso de la Necrópolis de Fonelas representa un antropomorfo dentro de un espacio delimitado por líneas en zig-zag.



Ídolo de mármol (Almargen. Málaga). En bulto redondo, el arte esquemático parece concentrarse en la realización de "ídolos". En este caso se observan atributos "masculino" por su forma fálica con la identificación en uno de sus extremos de una protuberancia a modo de glande y femeninos por su abultamiento a media altura que podría interpretarse como un embarazo.

2.4. CAMINANDO ENTRE DÓLMENES. ALGUNAS INTERPRETACIONES

En el presente epígrafe nos detendremos en un controvertido tema: ¿Por qué se levantan los dólmenes? ¿Qué razones llevan a ciertas poblaciones neolíticas (cap. 1) a modificar su entorno habitable, que apenas se diferenciaba del propio de cazadores-recolectores, por otro caracterizado, como novedad, por numerosos monumentos (cap. 2.1), a veces de gran magnitud, y por un arte esquemático también muy peculiar (cap. 2.3)? Concretando, ¿quiénes construyeron sepulcros como los de Menga, Viera y El Romeral? y ¿qué les movió a ello? Vayamos por partes.

Se considera que, como en otros muchos temas (ver cap. 1.1), el insigne historiador V. Gordon Childe fue el primero en articular una teoría fundamentada sobre el origen del Megalitismo. Dicho autor consideró que las semejanzas formales existentes entre los sepulcros megalíticos de corredor con falsa cúpula (como el de El Romeral, ver cap. 8) que aparecen en el megalitismo atlántico y los *tholoi* micénicos, como el archiconocido Tesoro de Atreo, eran el resultado de la expansión, este-oeste, de grupos humanos del Egeo que, a modo de "misioneros", extenderían una "reli-

gión megalítica" por todo el occidente europeo. Los monumentos serían, así entendidos, los lugares de culto de tales prácticas religiosas. Para entender a Gordon Childe hay que contextualizar el momento en el que propone su explicación. En su época, primera mitad del siglo XX, dominaban las teorías difusionistas. Se consideraba que los grandes inventos o descubrimientos de la humanidad (agricultura, metalurgia, escritura…) por su singularidad y trascendencia, sólo podían ser descubiertos una vez y en un lugar concreto. Desde allí, y sin resistencias, se extendían mediante la difusión al resto de zonas limítrofes y con el tiempo a otras áreas mucho más alejadas. En este discurso la precocidad del Próximo Oriente y del Egeo los convertía en los focos o núcleos desde los que se irradiaban los principales avances de la humanidad. El Megalitismo, en cualquier caso, no era una excepción.

Desde muy pronto, los investigadores del Megalitsmo, comenzando por **Vere Gordon Childe**, advirtieron las semejanzas formales entre algunas construcciones de "falsa cúpula" de la Prehistoria occidental y los conocidos tholoi del mundo micénico. Esta contingencia fue utilizada para defender un origen oriental para el megalitismo del Oeste de Europa. No obstante, hoy en día se ha descartado tal hipótesis.

Pero la tesis de Gordon Childe no soportaría la llamada "revolución del radiocarbono". Nos referimos a que, desde mediados del siglo pasado, el paulatino empleo de la técnica de datación mediante el Carbono 14, que había sido descubierta por W. F. Libby y su equipo de la Universidad de Chicago, advirtió que la construcción de los dólmenes de la fachada atlántica europea eran considerablemente más antigua (al menos del IV-III milenio a. C.) que los mausoleos micénicos (II milenio a. C.) (ver cap. 3). Resultaba, por tanto, del todo imposible seguir manteniendo un origen oriental para la arquitectura monumental del occidente de Europa: era el momento de las teorías autoctonistas.

El reto de explicar el fenómeno desde una perspectiva occidental fue capitalizado, desde los años 70 del pasado siglo, por Colin Renfrew quien, junto a Glynn Daniel, propuso un origen autóctono y multifocal para esta arquitectura. En concreto mantenían que el Megalitismo debió aparecer en distintos lugares del occidente europeo (Bretaña, sur de Portugal, Península de Jutlandia, Irlanda…) y casi al mismo tiempo (alrededor del IV milenio a. C). Las fechas de C-14, cuyo número aumentaba continuamente, seguían confirmando la antigüedad de este proceso y rompían, definitivamente, cualquier relación de los sepulcros megalíticos y el oriente continental. Ahora sólo faltaba, después de desmontar la tesis difusionista, explicar los motivos de la construcción de estos monumentos en Occidente. Las propuestas que elaboró la escuela funcionalista, a la que se adscribe C. Renfrew y sus colaboradores, fueron realmente bien acogidas y muchos de sus argumentos se mantienen vigentes en la actualidad. Como muchos de ellos han servido para explicar o, incluso, siguen explicando los motivos de la construcción de los Dólmenes de Antequera, nos detendremos en los detalles para que el visitante conozca los pormenores de esta tesis.

El Megalitismo, para la escuela funcionalista, es una práctica funeraria propia de los primeros grupos campesinos de

Europa Occidental. Como se recordará (ver cap. 1.2), la neolitización de Europa desde el Próximo Oriente parece que se produjo en sentido Este-Oeste. Así, C. Renfrew consideraba que en este proceso, que pudo durar varios miles de años, los primeros grupos neolíticos y los cazadores-recolectores, que se iban neolitizando, paulatinamente se asentaban en el terreno y se convertían en campesinos sedentarios. Las poblaciones "sobrantes", que no se podían arraigar en primera instancia, se veían obligadas a desplazarse hacia el oeste para buscar terrenos no ocupados. Esta dinámica histórica no se interrumpiría hasta que se alcanzó la fachada atlántica del continente (precisamente donde aparece precozmente el Megalitismo) que, por razones evidentes, se convertiría en una especie de "fondo de saco" que impidió continuar la expansión de la población más al oeste y terminó por superpoblarse. Tal circunstancia motivó una fuerte competencia entre los distintos grupos por la tierra. Esta se volvió un recurso crítico y una fuente de importantes tensiones sociales. En esta tesitura, y para reivindicar su propio espacio, cada grupo, conforme se asentaba, comenzó a levantar, a sus antepasados, grandes monumentos: los megalitos. La presencia de estos legitimaba la propiedad de la tierra de los vivos y se convertía en su garante frente a reclamaciones de otros grupos. Pero no quedaba ahí la cosa, la magnitud de muchas construcciones servía, además, para informar de la prosperidad de los grupos humanos que las levantaban. Se supone que cuanto más ricos fueran estos campesinos más mano de obra podría dedicar a labores de construcción de los monumentos y estos resultarían más majestuosos. Se inauguraba, así, un juego de ostentación entre vecinos. El territorio queda así monumentalizado. Por otra parte, la creciente desigualdad social que debió producirse dentro de cada uno de estos grupos quedaba reflejada en los ajuares que aparecían acompañando a los cadáveres. Es decir, las diferencias en la riqueza de los objetos depositados en los enterramientos e, incluso, la magnitud de los trabajos desarrollados en su construcción hablarían de fami-

lias "ricas" y "pobres" dentro de una misma sociedad. Incluso los desheredados podrían ser excluidos totalmente del ritual megalítico y, simplemente, se arrojaban sus cadáveres en el interior de las zanjas y silos de los poblados. En resumen, el Megalitismo también permitía expresar abiertamente las diferencias sociales que existían dentro de un mismo clan o tribu. Pero, en cualquier caso, para conciliar el registro arqueológico con la tesis funcionalista fue necesario identificar los *ditched enclosures* o recintos de zanjas (ver cap. 2.1), con los auténticos poblados de los campesinos megalíticos. Las zanjas que los delimitaban tendrían, según esta propuesta, función defensiva y los millares de hoyos o pozos, que suelen aparecer en su interior, debían ser los silos en los que se almacenaba la producción agrícola.

Esta tesis, que brevemente hemos sintetizado, asume, en última instancia, que los monumentos megalíticos sólo aparecerán en los lugares donde los recursos naturales (especialmente la tierra) sean escasos. Se entiende, por tanto, el Megalitismo como una variante monumental dentro del territorio típico de los primeros agricultores europeos; sólo que unos campesinos construirán dólmenes y otros no. En cualquier caso el territorio de todos los campesinos siempre se estructuraría en torno al binomio poblado-necrópolis, ya fueran estas últimas monumentales o mucho más modestas (no megalíticas). Esta idea ha animado a muchos investigadores a buscar en las proximidades de los Dólmenes de Antequera la existencia de uno o varios poblados habitados por sus constructores y de los que, de una u otra manera, tendrían que depender. Incluso, si, en los términos apuntados por Renfrew, se puede establecer un parangón entre la magnitud y riqueza del poblado y la de sus enterramientos, las expectativas de encontrar, en la zona, un hábitat muy importante siguen abiertas. En esta tesitura el yacimiento del Cerro Marimacho, muy próximo a los dólmenes, se ha convertido en centro de una interesante discusión (ver cap. 5.2).

La denominada Arqueología del Paisaje se convertirá, desde los años noventa del pasado siglo, en una alternativa a las explicaciones funcionalistas del Megalitismo. Esta escuela o corriente científica está menos capitalizada en un sólo autor o grupo concreto de investigadores, pero podemos citar algunos de sus mejores representantes europeos como Richard Bradley, Alasdair Whittle o Felipe Criado. En cualquier caso, existen distintas sensibilidades o escuelas que difieren entre sí (según mantengan un sesgo más estructuralista, marxistas, interpretativo, etc), pero todas coinciden en criticar la mayoría de postulados funcionalistas.

El megalitismo se concebirá, desde esta nueva perspectiva, más que como una variante monumental del territorio tradicional de los campesinos, como un paisaje nuevo, completamente distinto e intransferible a cualquier otro conocido hasta el momento. No será una simple respuesta ante la escasez de un recurso crítico; sino un cambio de mayor envergadura. Pero, ¿de qué naturaleza? Ante esta cuestión, algunos autores apuntan que, como paso previo y necesario a la monumentalización, debió de producirse un cambio o revolución mental sin precedentes. De tal modo que en la mente humana, según estas consideraciones, se empieza a discernir o diferenciar dos conceptos no existentes hasta aquellos momentos: cultura y naturaleza. Los megalitos (cultura) se emplean para apropiarse el medio (naturaleza); pero más en un sentido simbólico o fenomenológico que, como defendían los funcionalistas, con un fin estrictamente económico. Más que una apropiación, hablaríamos de la domesticación del propio paisaje. Se fija ahora una línea que separa al hombre de la naturaleza, en un proceso de extrañamiento o alejamiento que lleva a nuestra especie a emanciparse conceptualmente, y de forma irreversible, del medio que nos rodea. Ya somos nosotros en tanto que nos diferenciamos conscientemente del entorno. Para entender un poco más la trascendencia de este cambio, que

puede sorprender al lector, hay que conocer que los etnógrafos han advertido, reiteradamente, que, por ejemplo, las poblaciones cazadoras y recolectoras no perciben la realidad con las dos categorías que estamos discutiendo aquí (naturaleza-cultura). Son incapaces de verse como algo distinto o ajeno al resto de seres vivos o inertes.

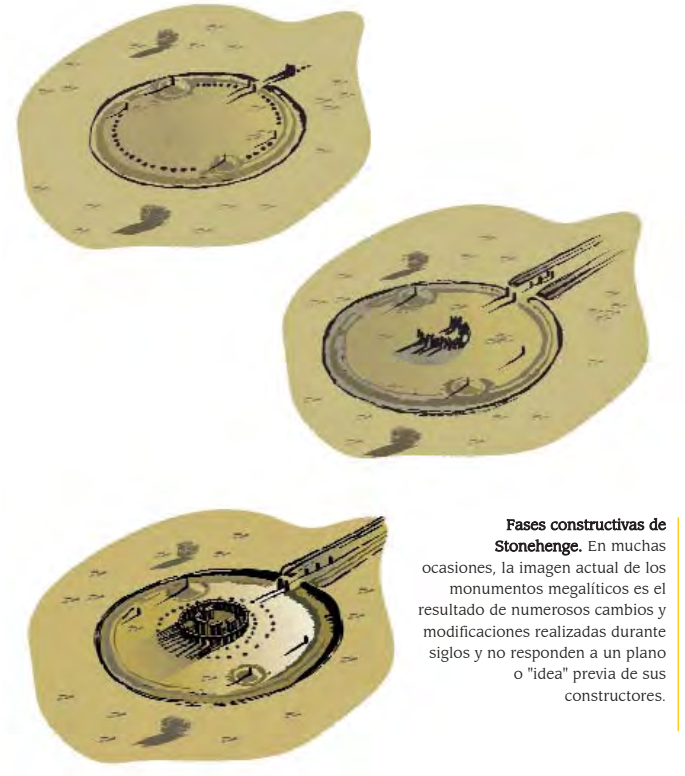
A lo dicho habría que añadir: ¿qué modo de vida acompaña este cambio mental? La necesidad de responder a esta pregunta ha llevado a muchos investigadores a revisar críticamente los datos que los funcionalistas habían empleado para identificar a los grupos megalíticos con auténticas comunidades sedentarias y productoras de excedente agrario. Como resultado de tal revisión se considerará, ahora, que las poblaciones constructoras de dólmenes tenían, en contra de lo supuesto, todavía una marcada movilidad y una economía de amplio espectro, es decir, en la que se incluían muchos recursos silvestres, donde la ganadería tendría un importante papel pero la agricultura supondría sólo un recurso más. Dichos grupos se desplazarían por el territorio siguiendo sus rebaños, recolectando productos silvestres y cultivando puntualmente la tierra. Los monumentos balizarían simbólicamente tales desplazamientos de hombres y animales: prescribiendo rutinas, prohibiendo accesos, proponiendo encuentros o evitándolos, en definitiva ordenando un mundo dinámico, muy distinto al estático con el que se identifica a los campesinos. En este cambio de percepción ha resultado central la discusión, todavía no cerrada, sobre la función atribuida a los recintos de zanjas o *ditched enclosures* (ver cap. 2.1). Como se recordará, para Renfrew y sus seguidores, no había dudas de que estos yacimientos eran los poblados megalíticos: el primer elemento del binomio poblado-necrópolis. Para la Arqueología del Paisaje serán, por el contrario, recintos en los que al no existir evidencias de ocupaciones prolongadas, no son, por tanto, poblados propiamente dichos, sino que funcionaron

como lugares de encuentro en los que se producía una concentración de población muy importante pero siempre de carácter estacional. En estos lugares, las poblaciones que cotidianamente se movían dispersas por el paisaje, se encontrarían, posiblemente de forma cíclica, para realizar actos sociales de distinta naturaleza, como fiestas comunales, intercambio de mujeres (matrimonios), de objetos o de información. Se supone que serían áreas con un marcado carácter ceremonial (muchos autores no dudan en considerarlos como unos monumentos más) donde se reforzarían la identidad grupal y los lazos sociales entre unas poblaciones que dependían, todavía, mucho unas de otras pero que, en la práctica, no vivían juntas la mayor parte del tiempo. El elevado número de individuos que podían congregarse de forma puntual explica la magnitud que algunos de estos recintos de zanjas llegaron a alcanzar. Pero, una vez finalizado el acto social que los congregaba, las familias y linajes volvían a una vida doméstica muy atomizada en asentamientos temporales de carácter efímero.

Para muchos seguidores de la Arqueología del Paisaje, la construcción de los sepulcros megalíticos también será resultado de agregaciones poblacionales, no permanentes, idénticas a las descritas para los recintos de zanjas. Si nos ajustamos a estos supuestos, no debemos esperar que en la proximidad de los Dólmenes de Menga y Viera se pueda encontrar un gran poblado, por la sencilla razón de que se niega la mayor, o sea, que los constructores de sepulcros megalíticos vivieran realmente en asentamientos permanentes; en todo caso, cabría esperar sólo la aparición, en sus inmediaciones, de uno o varios recintos de zanjas. Por otra parte, la magnitud de estos sepulcros, hablaría más que de poblaciones ricas y poderosas asentadas en La Vega de Antequera, de grandes encuentros de poblaciones que tuvieron lugar, quizá durante generaciones, en este incomparable lugar de nuestra geografía.

3 | CRONOLOGÍA DEL MEGALITISMO

Parafraseando al poeta Rimbaud cuando decía que *las obras no se terminan sino que se abandonan*, tampoco las construcciones megalíticas se finalizan, puesto que no se ajustan, como cabría esperar en nuestra ingeniería y arquitectura modernas, a un proyecto o plano preconcebido que requiere un desarrollo y termina con una inauguración pública. Todo lo contrario, es bastante frecuente que estos monumentos, a lo largo de su historia, observen importantes modificaciones o reestructuraciones tanto en elementos ortostáticos como en su túmulo, hasta que, en un momento dado, parece que el interés por el lugar decrece y se termina por abandonar. Se trataría de su muerte, el fin de un ciclo vital que el **animismo** reconoce a todos lo seres incluidos los inertes. Por tanto, entre los primeros trabajos

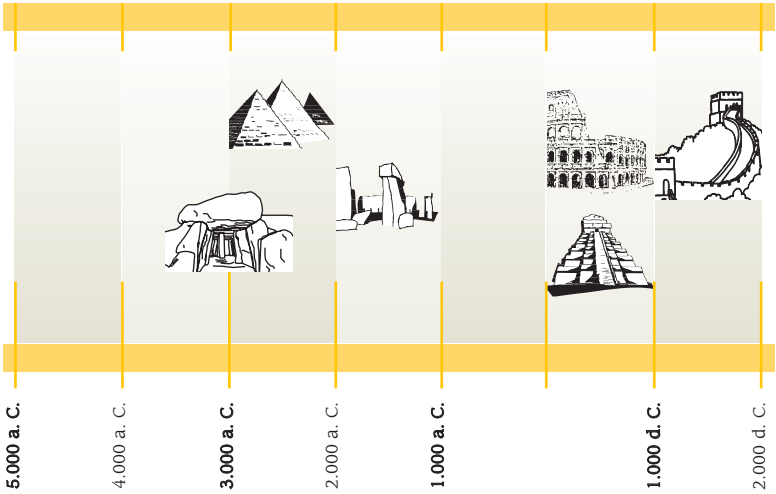


Fases constructivas de Stonehenge. En muchas ocasiones, la imagen actual de los monumentos megalíticos es el resultado de numerosos cambios y modificaciones realizadas durante siglos y no responden a un plano o "idea" previa de sus constructores.

constructivos y el abandono definitivo pueden pasar incluso miles de años, en un continuo proceso de definición y redefinición de la arquitectura. Por eso, una sola fecha no podría nunca reflejar fielmente este lapso temporal. Un caso muy ilustrativo es el emblemático yacimiento de Stonehenge; la imagen popular que de él tenemos (convertida en el icono por antonomasia de la antigüedad prehistórica) es el resultado de una yuxtaposición de obras y modificaciones realizadas durante siglos. No existió, nunca, un proyecto Stonehenge. De igual modo debemos observar los Dólmenes de Antequera. Los tres sepulcros no tienen porqué ser el resultado de un plan previo. Posiblemente, no fue coetánea su construcción y tampoco fueron, necesariamente, obras de las mismas gentes.

A lo dicho, hay que añadir que las ruinas y restos megalíticos, una vez abandonados, también pudieron llamar la atención de sociedades posteriores ya en época histórica. Un caso muy conocido es la cristianización que presentan muchos monumentos megalíticos, como, por ejemplo, los menhires a los que se les añade o graba una cruz o los dólmenes que se transforman en capillas. Podríamos hablar de un *tardomegalitismo* que nada tiene que ver con las primeras intenciones monumentales que se encuentran en su origen. En nuestro yacimiento conocemos el singular uso doméstico que durante años sufrió el sepulcro de Menga. La amplitud del espacio interior ha favorecido su empleo prolongado como vivienda o redil. Los innumerables "grafittis" hallados en su interior documentan usos semejantes y visitas del lugar desde hace siglos (ver cap. 4.1).

Pero al margen de que la cronología específica o ciclo vital de cada monumento sea difícil precisar, sí podemos realizar una aproximación a la cronología general del fenómeno megalítico. Como se dijo en otro momento (ver cap. 2.4), el empleo de dataciones radiocarbónicas (Carbono-14), descu-



Cronología del Megalitismo. Este fenómeno, en Europa occidental tiene un desarrollo durante varios milenios (V-II a. C). Los sepulcros de Antequera debieron construirse, aproximadamente, durante el tránsito del IV-III (Menga y Viera) y en la primera mitad del III (El Romeral).

brió, hace varias décadas, que estas construcciones eran realmente muy antiguas, en cualquier caso, anteriores a las primeras civilizaciones europeas conocidas. El refinamiento del método y el elevado número de dataciones absolutas de las que hoy podemos disponer permiten afirmar que el Megalitismo surge en varias zonas europeas, al menos, ya a comienzos del V milenio a. C.; los focos más antiguos se localizan en Bretaña e Irlanda; algo más tardíos son los núcleos de Gran Bretaña, Península Ibérica (mediados del V milenio) y Escandinavia (principios del IV milenio). El momento de crisis es más difícil precisar, porque, en el interior de muchos sepulcros y cuevas artificiales (ver cap. 2.1) aparecen objetos muy tardíos como cerámicas campaniformes o artefactos de la Edad del Bronce. Esta contingencia ha llevado a muchos autores a defender una *cronología larga*

para el Megalitismo y la posibilidad de que este ritual pueda perdurar, en algunos casos, hasta bien avanzado el II milenio a. C. Por el contrario, otros investigadores consideran tales casos como simples reutilizaciones de viejos sepulcros y niegan que se sigan construyendo sepulcros megalíticos más allá de mediados-finales del III milenio a. C. Defienden, en este caso, una *cronología corta* para el fenómeno.

Grosso modo, para el Megalitismo de Andalucía, son perfectamente válidos los parámetros cronológicos del resto de la Península Ibérica; entiéndase, un período comprendido entre el 4.500 y el 2500/2200 a. C., en definitiva, veintidós o veintitrés siglos de vigencia del Paisaje Monumental. No obstante, hay que ser muy cauteloso y no perder de vista que algunos elementos aislados del Megalitismo como los menhires o los recintos de zanjas (ver cap. 2.1) están siendo documentados, por el momento sólo puntualmente, en algunas regiones peninsulares en fechas todavía más antiguas. Concretamente nos referimos, por una parte a que, últimamente, se empieza a defender que ciertas poblaciones cazadoras recolectoras del sur de Portugal (VI milenio a. C.) ya pudieron levantar multitud de menhires, y por otra, que los primeros grupos neolíticos conocidos en el Levante español, portadores de la cerámica cardial, ya construían grandes recintos de zanjas con carácter monumental (finales VI ó comienzos del V milenios a. C.).

Centrándonos en los Dólmenes de Antequera contamos, por el momento, con una sola fecha obtenida por el método C-14. La muestra fechada procedía del paleosuelo que se hallaba bajo el túmulo del sepulcro de Viera (cap. 6). Por tanto, nos informaría sólo de la fase inicial de la construcción del monumento. La datación, no es muy precisa ya que apunta una fecha que podía estar comprendida entre el 3503 y el 3024 a. C. o sea, durante toda la segunda mitad del IV milenio a. C. pero, al menos, orienta cronológicamente este

yacimiento en un momento avanzado dentro del megalitismo meridional. Por extensión, no sería descabellado fechar también el sepulcro de Menga en un momento cronológico similar, paralelo a los finales del IV milenio o principios del III a. C. aunque, en cualquier caso, resulta muy arriesgado pronunciarse sobre este particular sin contar con más dataciones de C-14. Tema aparte merece la cronología del sepulcro megalítico de falsa cúpula de El Romeral. Así, las construcciones tipo *tholos* parece que son claramente posteriores a las realizadas con ortostatos. En concreto se propone para ellas un intervalo temporal que, prácticamente, se circunscribiría sólo al tercer milenio: 3000 al 2200 (entre quinientos y setecientos años de vigencia). Parecen ser, por tanto, muy tardías dentro del megalitismo peninsular, circunstancia que ha planteado muchas discusiones a la hora de interpretarlas (ver cap. 8.2). Por lo que a nosotros respecta, el visitante debe estar advertido de que el espacio de tiempo transcurrido entre Menga / Viera y el tercer sepulcro, el de El Romeral, pudo llegar a ser de 500 años, o incluso más; algo así como el tiempo transcurrido desde el descubrimiento de América hasta nuestros días.

En un momento determinado de la vigencia del Megalitismo (aproximadamente en torno al 3.000 a. C.) las comunidades neolíticas de Andalucía comienzan a usar, esporádicamente, objetos de metal (ver cap. 2.2). Estos artefactos metálicos, desde ese momento, aparecen también entre los objetos propios de los ajuares funerarios (ver cap. 6.2). Esta circunstancia ha servido para distinguir dos fases dentro de los constructores de dólmenes: el Neolítico Medio/Final y el Calcolítico o Edad del Cobre. Tal circunstancia debe ser advertida al visitante, porque, aunque en esta guía hemos preferido evitar en lo posible esta propuesta, muchos otros investigadores la siguen utilizando y son, también, numerosas las obras científicas y de divulgación que diferencian estas dos fases.

dólmenes de antequera

reseña historiográfica

A comienzos de 1931 se constituyó la **Junta de Protección de los Monumentos Megalíticos Antequeranos**, que tuvo como presidente de honor al catedrático de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad Central (Madrid), el Profesor Hugo Obermaier y Grad, y de la que formaron parte diversas autoridades y personalidades del arte y la cultura locales. En la foto aparecen, de izquierda a derecha, y en primer plano, Juan Muñoz Rojas, José Rojas Pérez, Santiago Vidaurreta Blázquez, Hugo Obermaier, José García Berdoy y José María Fernández. Arriba, Manuel Chávez Jiménez, Francisco Espinosa Pérez, José Bláquez Lora y Paula García Talavera.

…..que aquellas piedras colocadas con tanto acierto no podían ser obra del acaso, sino puestas por la mano de los hombres de un pueblo antiquísimo…
Rafael Mitjana, 1847

4 | HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

Repasar la historia de las investigaciones realizadas en la Necrópolis de Antequera es, en primer lugar, un acto de homenaje a todas aquellas personas, simples aficionados o científicos, que en algún momento de sus vidas se sintieron seducidos por la majestuosidad de estos dólmenes y por la tarea de desentrañar su significado. Todos ellos, independientemente del acierto, o no, de sus actuaciones o interpretaciones han pasado a formar parte, también, de la historia de estas nobles piedras de las que hoy en día nos enorgullecemos. Pero además, nos permite reflexionar sobre nosotros mismos y sobre la manera de mirar nuestro pasado. La distinta forma de interpretar, durante siglos, la inquietante presencia de estas descomunales construcciones habla mucho de nuestras dudas colectivas o individuales, de nuestra concepción del hombre y de la naturaleza y, por otra parte, del peso que el *Pasado* puede tener en nuestras vidas, en nuestro *Presente*. Con el mayor de los respetos, repasaremos pues, en este capítulo, los principales hitos en la historia de la investigación deteniéndonos en aquellos aspectos novedosos que cada trabajo aportó en su momento.

4.1. RAFAEL MITJANA Y LOS ANTECEDENTES DE LA INVESTIGACIÓN MODERNA (SIGLO XVI-XIX)

La obra titulada ***Memoria sobre el templo druida hallado en las cercanías de la ciudad de Antequera***, de Rafael de Mitjana de 1847 es la primera monografía que aborda el estudio del yacimiento megalítico antequerano.

La obra de Rafael de Mitjana titulada *Memoria sobre el templo druida hallado en las cercanías de la ciudad de Antequera*, publicada en 1847, marca un antes y un después en el estudio de los Dólmenes de Antequera. Hasta aquellos momentos, mediados del siglo XIX, las referencias escritas sobre Menga (e indirectamente sobre Viera), el único sepulcro estudiado hasta principios del siglo XX, habían sido breves noticias o reseñas que, en el ámbito de la investigación, hoy día, no pasan de ser simples anécdotas; pero la obra de R. Mitjana es una decidida apuesta por dar un cambio cualitativo en las investigaciones realizadas hasta la época. Este cambio no es ajeno, no podía serlo, al espíritu ilustrado decimonónico que, poco a poco, invadirá toda Europa y que terminará por consolidar, como disciplinas científicas, las modernas ciencias sociales. Los restos arqueológicos dejaban de ser interpretados, desde estas perspectivas, como simples curiosidades, de interés exclusivo para anticuarios y coleccionistas, y se convertían en objeto formal de estudio para generaciones de historiadores.

Pero para contextualizar la obra de Mitjana es necesario repasar también sus antecedentes. Por lo que sabemos, ya desde el siglo XVI y durante todo el siglo XVII, se conocen numerosas crónicas e historias locales manuscritas en las que se hace referencia a los monumentos y edificios nobles

de Antequera. Hay que tener en cuenta que existía en esos momentos un claro interés, por parte de las autoridades, en demostrar la antigüedad de la ciudad; especialmente, se buscaba su origen en la Edad Antigua, en un intento por encontrar raíces más antiguas que permitieran minimizar el más reciente legado musulmán. En esta coyuntura, encontramos las primeras referencias a los dólmenes. Se trata de un manuscrito de Agustín de Tejada y Páez, de 1587, con el título ***Discursos históricos de Antequera***, en el que se hace referencia a la existencia de *"…una cueva que se dice de Menga y otra que junto a ella, poco ha, se ha descubierto…"*. Se trata, esta, de la más antigua cita escrita que se conoce, aunque no debemos descartar, por la magnitud de los monumentos, que puedan aparecer otras referencias, directas o indirecta, incluso más antiguas. Llama la atención que el cronista ya apuntara la existencia, en las inmediaciones del actual sepulcro de Menga, de una construcción similar (se refiere, lógicamente, a Viera) pero parece ser que las dificultades que entrañaba el acceso desanimaron su exploración lo que a efectos prácticos va a suponer que el "descubrimiento" de Viera se posponga dos siglos más.

Lo que no ofrece dudas es que la población que habitaba Antequera conocía desde muy antiguo la existencia de estos dólmenes y esto creaba curiosidad e inquietud a la hora de interpretar la naturaleza de estas construcciones que, por su forma y tamaño, desafiaban el sentido común y el entendimiento de la época. Esto explica que se haga referencia, especialmente a Menga, casi legendariamente, como si se tratara de obra fundacional de los primeros habitantes de Antequera. En estos términos se pronuncia, en 1609, Alonso García de Yegros cuando, en un manuscrito titulado ***Historia de la Antigüedad y Nobleza de Antequera***, afirma que la construcción se trataba de "*un recinto edificado por los primeros pobladores de la localidad anteriores a la época romana con el fin de protegerse de animales y corsarios*", o Francisco de Tejada y Nava, sobrino del primer autor citado,

quien por el mismo tiempo va más allá, en su ***Historia de la ciudad de Antequera***, cuando considera el lugar obra *"de seres sobrenaturales y en el que los hombres realizaban sacrificios o prácticas demoníacas"*. Estas explicaciones, que nos pueden parecer pueriles, son el resultado de la época y no de la torpeza de los cronistas. Interpretar construcciones de esta naturaleza, anteriores a la época romana, resultaba realmente complicado en esos momentos. No hay que olvidar que hasta, prácticamente, finales del siglo XIX no se tuvo una idea aproximada de la antigüedad de la tierra ni de la aparición del hombre en ella; e, incluso, bien entrado el siglo XX, la Prehistoria seguía siendo considerada como una era oscura y primigenia en el que las fuerzas desatadas de la naturaleza atormentaban a unos hombres que apenas si se distinguían de las bestias. Una idea remotamente aproximada al moderno significado del Megalitismo hubiera sido, simplemente, impensable.

Al margen de estas y otras crónicas manuscritas, será la obra titulada ***Población general de España: Sus trofeos, blasones y conquistas heroicas***, escrita por R. Méndez de Silva en 1675 la primera obra impresa que haga referencia explícita, aunque breve, a la existencia de este yacimiento. No obstante, esta publicación que podría haber sido un precedente bibliográfico supone realmente el inicio de un largo y extraño vacío historiográfico de más de 160 años sin nuevas publicaciones. En otras palabras, si bien siguen apareciendo crónicas locales manuscritas que hacen referencia al yacimiento (Luis de la Cuesta, Solana, Carrasco Luque) habrá que espera hasta 1842 para ver, en la publicación de una historia local, una nueva referencia sobre el particular; nos referimos, concretamente, a la publicada por Cristóbal Fernández con el título de ***Historia de Antequera. Desde su fundación hasta el año de 1800***. En ella se observa ya el siglo y medio de diferencia que ha pasado con respecto a las primeras escuetas noticias de Méndez de Silva y la influencia de la Ilustración en las ideas de la época, puesto que este

nuevo trabajo incluye ya una descripción más precisa de la Cueva de Menga, de la ubicación del yacimiento y su forma general. Además, en esta publicación se hace referencia por primera vez, en obra impresa, a la existencia del sepulcro vecino de Viera cuando se afirma…"*poco distante de esta célebre cueva se esconde otra en las entrañas de la tierra que no es posible registrar por estar su puerta fuertemente cerrada*". Esta obra sí anuncia ya la primera monografía sobre el sepulcro de Menga que como indicamos fue escrita por Rafael Mitjana y que marcará un punto de inflexión en el repaso historiográfico que estamos realizando.

Así, cinco años más tarde, en 1847 cristaliza la que se convertirá en obra paradigmática de Rafael Mitjana titulada ***Memoria sobre el templo druida hallado en las cercanías de la ciudad de Antequera***. Su característica principal, pero no única, es que se trata de una breve monografía, la primera, dedicada al sepulcro de Menga, aunque, como se advierte por el título, el autor no reconoce una función funeraria para el monumento sino que lo relaciona con un uso religioso a modo de santuario o templo en época de los Celtas. Pero sustancialmente aporta otras muchas novedades tan relevantes como la incorporación, en la publicación, de las

Vista de la entrada de Menga. Se observa la idealización que el edificio sufre desde la perspectiva de Rafael Mitjana en la que los ortostatos laterales han sido convertidos en artísticas jambas, simétricas y regulares.

primeras representaciones gráficas. Sobre este particular cabe detenerse un momento. Al visitante, que puede contemplar los dibujos de esta publicación, seguramente le llamará la atención el carácter idealizado de los elementos arquitectónicos con los que el autor representa los ortostatos, pilares y losas de cubierta. Más chocante debe resultar aún esta circunstancia si recordamos que Rafael Mitjana fue arquitecto municipal de Málaga y miembro de la Comisión de Monumentos también de Málaga y, además, profesional de reconocido prestigio dentro de su profesión y época. Por lo que resulta inconcebible que los dibujos puedan ser, realmente, resultado de una incorrecta percepción del conjunto o, simplemente, de errores en su trazado. Pensamos que realmente hay una intención de representarlos de este modo. No olvidemos que, era una costumbre muy extendida entre los viajeros del siglo XIX representar las ruinas (incluidas las megalíticas) que encontraba en sus marchas y paseos tal como debieron ser en su estado original. Ya no se busca sólo el gusto romántico por la ruina, sino que se profundiza sobre la racionalidad del edificio original, aunque esta se hallara perdida o enmascarada. Esto puede explicar que el autor, pese a acompañar los dibujos con excelentes descripciones, recoja, no obstante, en sus imágenes una perspectiva más racional y equilibrada de la que realmente tiene o tuvo en algún momento el dolmen. Así afirma que *"la lámina donde están litografiadas la planta, la vista esterior, un corte interior, y la perspectiva de todo el edificio, como si se hubiera quitado la tierra que lo envuelve, hace entender a primera vista lo que no se puede esplicar sino en palabras que dificultaría su inteligencia"*. No parece haber dudas de que estamos ante un ejemplo claro de recreación, criticada reiteradamente en obras posteriores, pero, seguramente más hija de la época que de la intención oculta o la torpeza del autor. Como ejemplo, obsérvese como la representación del trilito (dos ortostatos y una losa de cubierta) que parece configurar la puerta de Menga difiere sustancialmente del original (ver cap. 7.1), habiéndose excluido, intencionadamente, el

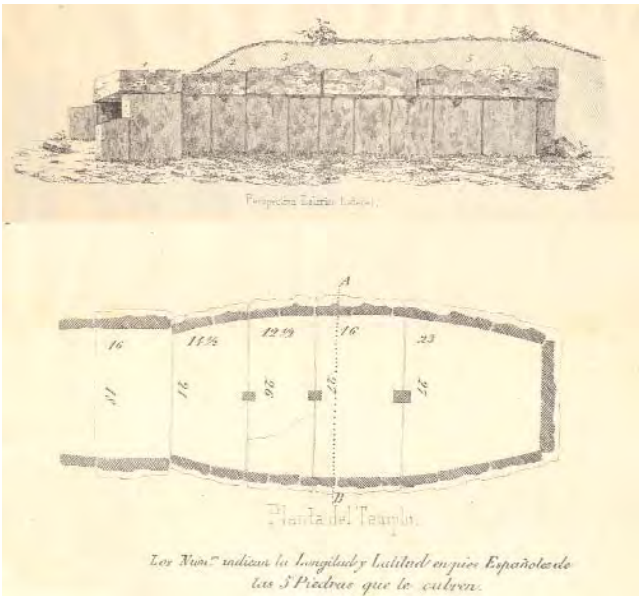
desequilibrio en el grosor de la losa de cubierta que, aún estando claramente más engrosada en su extremo derecho, aparece prácticamente regularizada y adelgazada. En similares términos nos podemos referir a los ortostatos laterales que han sido convertidos en artísticas jambas, simétricas y regulares.

También, llama la atención el delicioso recurso que emplea, como buen arquitecto que era, de utilizar una serie de castizos personajes a modo de escala o *modulor* que dan una idea aproximada de la magnitud del edificio, al modo como era también frecuente en las litografías de su época. Todo lo dicho, no va en menoscabo de esta excelente publicación, nada más alejado de nuestra intención, sino que lo ponemos como buen ejemplo de que nuestra mirada al pasado, como les ocurría a los cronistas del siglo XVI y XVII

Detalle del interior de Menga. Rafael Mitjana incorpora en sus ilustraciones una serie de castizos personajes, a modo de escala o modulor, que dan una idea aproximada de la magnitud del edificio, tal y como era frecuente en las litografías de su época.

o al propio Rafael Mitjana, siempre está mediatizada por nuestros valores y creencias del presente, y esto no solamente no es malo sino que resulta cercanamente *humano*. Con el siglo XX y la revolución científica, que más adelante veremos, nuestro principal objetivo será la descripción objetiva y desapasionada de los dólmenes, la búsqueda de la verdad indiscutible; pero tal circunstancia no deja de ser hija de nuestra sociedad y de nuestro tiempo, de forma similar a como lo eran las motivaciones decimonónicas que animaron a Mitjana. Una misma realidad es vista de distinta manera a lo largo del tiempo. Quién sabe cómo mirarán los dólmenes las futuras generaciones.

Pero volviendo con los detalles de la obra, decir que incluye, entre los gráficos, una excelente representación de la planta y del alzado del sepulcro, las primeras realizadas, que si bien arrastran algunas de sus idealizaciones ya comentadas, supone un documento de gran interés valorado y discutido durante varias décadas y por muchos investigadores. Además,

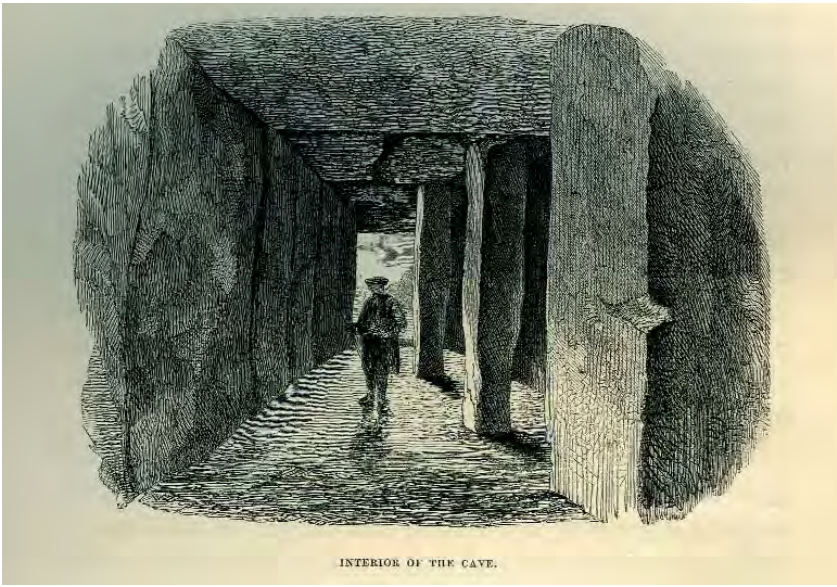


La monografía de **Rafael Mitjana** aporta las primeras representaciones de la planta y el alzado del sepulcro de Menga.

R. Mitjana apunta un hecho de singular importancia, hasta entonces no señalado, nos referimos a que advierte, tras transitar los huecos que los saqueadores habían creado entre los **ortostatos** y el **túmulo**, que este último era también fábrica antigua, y lo llama *"monte artificial"* afirmando que estaba formado por acumulaciones de piedras y tierra. Lógicamente, esta afirmación descarta ya que el lugar sea una cueva natural, error presente en las referencias anteriores. Por último, apuntó también que la procedencia de los grandes bloques empleados en la construcción debía estar en el cercano Cerro del Calvario o de la Cruz.

Con el ánimo de profundizar sobre la naturaleza del lugar, después de realizar no pocas limpiezas del dolmen, emprendió "*una escabación en el centro de la cueva bajo de la gran piedra, sitio donde se creía encontrar restos de cadáveres, urnas, etc., profundizando de 20 a 26 pies, y nada se ha*

Durante el año 1852, **Lady Louisa Tenison**, una viajera romántica inglesa, visita la ciudad de Antequera y tras varios intentos infructuosos, definitivamente, localiza el sepulcro de Menga. Realiza una nueva descripción y se hace eco de los trabajos que, apenas 10 años antes, había realizado en el lugar Rafael Mitjana.



INTERIOR OF THE CAVE.

encontrado…". Lo infructuoso del intento le reafirma en descartar un uso funerario para el edificio y consolida su hipótesis de que se trataba de un edificio druida vinculado a la cultura de los celtas, lo que, por otra parte era coherente con la idea que se tenía en aquellos momentos en el resto de Europa para este tipo de construcciones. En cualquier caso, parece ser que el pozo excavado por R. Mitjana no fue convenientemente cegado o sufrió remociones de tierra posteriores puesto que, diez años después, en junio de 1852, Lady Louisa Tenison, una viajera romántica procedente de Inglaterra visita el lugar y en su crónica, además de describir el sitio, e incorporar nuevas ilustraciones advierte de la presencia del pozo que había abierto R. Mitjana. En concreto habla de que el pozo "*de cinco pies de ancho por cuarenta y tres de profundidad está aún abierto, y la tierra poco firme y en declive de la entrada podría hacer que un visitante imprudente se cayera con toda facilidad*". Pensamos que este pozo debe ser, seguramente, el que tras el último pilar de Menga se ha localizado en los trabajos que, dirigidos por Francisco Carrión, ha llevado a cabo la Universidad de Granada en 2005 (ver cap. 7.1). Lo que no queda claro, por las referencias bibliográficas, es si R. Mitjana se limitó a vaciar el relleno de un pozo antiguo que él mismo localizó y atribuyó como una parte del *templo druida* o si, por el contrario, dicho pozo, como parece desprenderse de la opinión de Lady Tenison, fue el resultado, no la causa, de sus remociones de tierra. Es un tema que queda abierto en espera de futuras actuaciones arqueológicas.

La mayoría de las referencias posteriores que se hacen a la Cueva de Menga, hasta el trabajo de E. Cartailhac de 1886, que se citará más adelante, siguen muy de cerca y remiten al estudio de Rafel Mitjana; estos son los casos de Manuel de Góngora en su obra emblemática *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*, de 1868, y de F. Tubino en su publicación *Los Monumentos Megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal y los aborígenes ibéricos*, de 1870.

Manuel de Góngora y Martínez (1822-1884). Nació en Tabernas, Almería, estudió Derecho y Ciencias Naturales auque su verdadera vocación fue la Arqueología. En 1868 publicará *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*, un hito en la investigación de su época y un ejemplo para futuras generaciones de investigadores.

Por estas mismas fechas, concretamente en 1867, J. Moreti da a conocer en su obra titulada ***Historia de la Muy Noble y Muy leal Ciudad de Ronda***, el primero de los sepulcros, denominado como La Giganta, de la que con el tiempo será conocida como Necrópolis de Los Gigantes, ubicada en el término municipal de Ronda. Ya, la necrópolis antequerana no se encuentra aislada en el panorama malagueño y se anuncia lo extendido de fenómeno megalítico en la región.

Varios trabajos, publicados casi 30 años después, reclaman ahora nuestra atención. Se deben todos a la pluma de Trinidad de Rojas y son una serie de artículos publicados en el *Semanario de Literatura El Genil* en 1874 y una Historia de Antequera de 1879. En ellos, el autor critica abiertamente el trabajo de R. Mitjana en el que encuentra inexactitudes en la perspectiva interior y lateral del sepulcro (que ya hemos comentado) y, aunque sigue manteniendo una filiación celta para el monumento, reivindica ya su carácter funerario. No menos crítico se muestra con la denominación que Mitjana hiciera del lugar cuando le llama "Cueva de Mengal", supuestamente, por derivación de la palabra céltica Men-Lac'h que quiere decir *piedras sagradas*; en su lugar Trinidad de Rojas propone como origen del topónimo, y no sin ciertas reticencias, las leyendas populares que circulaban por Antequera relativa a que en ese lugar murió abandonada cierta leprosa llamada Menga o Dominga.

Menga la leprosa. La tradición, según cuenta Javier de Rojas en 1879, recogía la leyenda de una desgraciada mujer, viuda de un hidalgo de vida licenciosa que había llegado a la ciudad a finales del siglo XVI, que aquejada de lepra y tras la muerte de su marido, tuvo que buscar asilo en el interior del dolmen donde vivió gracias a la caridad de los caminantes y vecinos.
Grabado de la Cueva de Menga, perteneciente a un artículo titulado Los terremotos en la provincia de Málaga, publicado en *La Ilustración Española y Americana* en 1885.

El siglo finaliza con dos importantes aportaciones gráficas al sepulcro. Por una parte E. de Cartailhac publica en 1886 ***Les ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal***, donde revisa algunos de los argumentos y descripciones vertidas por R. Mitjana, que, como hemos visto, ya habían sido criticadas por varios autores, pero en este caso adjunta, además, nueva documentación gráfica mucho más fidedigna. Habían pasado casi cuarenta años durante los cuales la única documentación gráfica existente había sido la de R. Mitjana. Por otra parte, y de forma indirecta, se amplia la información gráfica también, cuando entre 1898 y 1899, el arquitecto conservador de la Catedral de Sevilla Joaquín Fernández Ayarragaray proyecta la ordenación del entorno del túmulo de Menga. Estos trabajos pretendían habilitar, por una parte, una plaza frente a la entrada de Menga y, por otra, la construcción de dos edificios uno para la recepción de visitantes y exposiciones y otro destinado a la casa del guarda. Este proyecto, finalmente, no se llega a realizar, pero entre los dibujos técnicos y planos del proyecto de estos edificios, Joaquín Fernández incluirá varios alzados y secciones del propio sepulcro megalítico. Podríamos hablar, en cualquier caso, del primer intento de crear, con mucho anticipo, lo que hoy en día denominaríamos un "centro de interpretación", iniciativa esta, que no debió ser ajena a las influencias del político antequerano Francisco Romero Robledo, por entonces diputado en cortes.

Emile de Cartailhac publica en 1886 ***Les ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal***, donde revisa algunos de los argumentos y descripciones vertidas por Rafael Mitjana e incluye nuevas representaciones gráficas.

4.2. LOS DESCUBRIMIENTOS DE VIERA Y EL ROMERAL Y LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

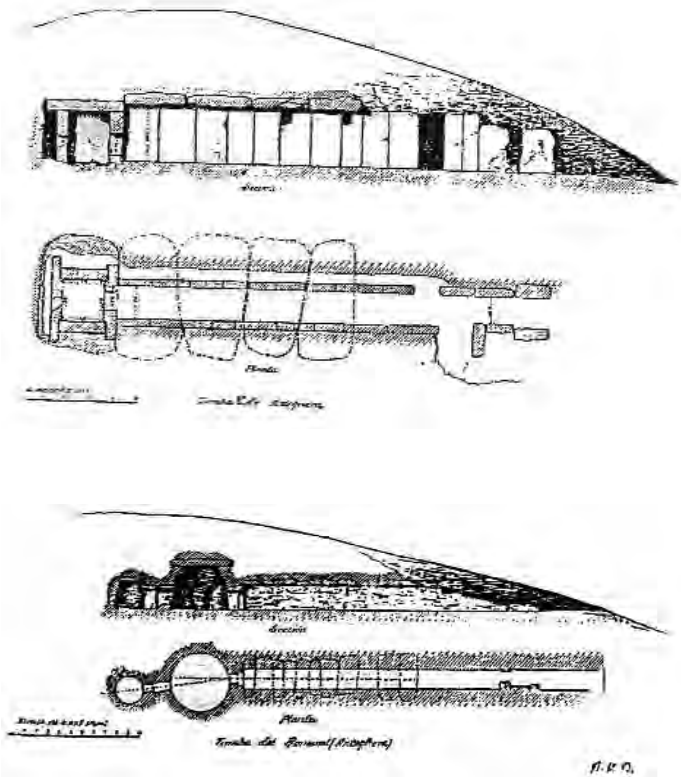
Una constante, más o menos latente, en la mayoría de los estudios y referencias que durante tres siglos se habían realizado sobre el sepulcro de Menga era la idea de que en sus proximidades debía de existir otra construcción gemela o muy parecida. Desde los cronistas del siglo XVI quedaba abierta esta posibilidad. Incluso, en las más antiguas referencias se hablaba de algunos intentos infructuosos de acceder al interior del segundo de los dólmenes. Pero no sería hasta comienzos del siglo XX, concretamente en un momento impreciso entre 1903 y 1905, cuando los hermanos Antonio y José Viera *descubrieron* definitivamente este segundo sepulcro, el de la Cueva Chica, que llevará desde entonces su apellido (Dolmen de Viera). Además, sus exploraciones les llevan a localizar un tercer sepulcro, alejado en este caso unos cuatro kilómetros, muy cerca de las instalaciones de la antigua Azucarera y en un lugar conocido como Cerrillo Blanco; nos referimos al que conocemos, en nuestros días, como Cueva o Dolmen de El Romeral.

DON ANTONIO VIERA
Uno de los descubridores de los dólmenes antequeranos

DON JOSE VIERA
Que con su hermano descubrió las cuevas prehistóricas de Antequera

Entre 1903 y 1905, **los hermanos Antonio y José Viera** *descubrieron*, definitivamente, el segundo sepulcro de la necrópolis, que llevará desde entonces su apellido (Dolmen de Viera) y el tercero del que no había noticias anteriores y que hoy es conocido como Tholos de El Romeral.

Por lo que sabemos, los hermanos Viera eran empleados del Ayuntamiento de Antequera y su empeño les llevó, incluso, a costear personalmente los trabajos de exploración de los nuevos lugares. Su decisión fue determinante para convertir este yacimiento no sólo en un referente a escala peninsular sino internacional, como lo confirmarán los numerosos trabajos que, desde este momento, se sucederán sobre el conjunto megalítico, ahora ya definitivamente formado por Menga, Viera y El Romeral.



Ricardo Velázquez Bosco publica, a principios del siglo XX, las primeras plantas de los, recién descubiertos, sepulcros de Viera y El Romeral.

La importancia del descubrimiento de los hermanos Viera y la magnitud que alcanza ahora el yacimiento explica que, de inmediato, el mismo año 1905 ya aparezcan dos publicaciones haciendo referencia a estos nuevos descubrimientos. En la primera debida a Ricardo Velázquez Bosco, titulada ***Cámaras descubiertas en el término de Antequera***, se describe el descubrimiento y se acompaña la publicación con excelentes dibujos de las plantas y los novedosos alzados tanto de Viera como de El Romeral. Además, y esto resulta muy interesante, Ricardo Velázquez Bosco, de inmediato, relaciona el sepulcro de El Romeral (de falsa cúpula) (ver cap. 8.1) con las tumbas griegas (***tholoi***) del Tesoro de Atreo en Micenas y la de Minias en Orcomeno, e implica, de forma directa o indirecta, en su construcción a "*gentes procedentes de la Grecia*". Este argumento, como hemos visto en otro lugar de la guía, (caps. 2.4 y 3) ha sido central en muchas de las propuestas que sobre el origen y la cronología del megalitismo se realizaron durante todo el siglo XX. La segunda obra publicada en 1905 es la de Manuel Gómez Moreno que lleva por titulo ***Arquitectura Tartesia. La necrópolis de Antequera***. En ella se recoge, como novedad, ya de forma conjunta los tres sepulcros de la necrópolis e incorpora el inventario de materiales arqueológicos recuperado en los dos nuevos sepulcros descubiertos. Además, Gómez Moreno ya hace referencia al Cerro Marimacho o Antequera (ver cap. 5.2) como posible asentamiento relacionado con la necrópolis. Estas dos obras se verán completadas por la publicada, sólo dos años después, en 1907, por R. Amador de los Ríos conocida como ***Catálogo de los monumentos históricos y artísticos de la provincia de Málaga***, donde, como hecho más significativo se

Manuel Gómez Moreno en la obra que lleva por titulo ***Arquitectura Tartesia. La necrópolis de Antequera*** presenta algunos de los escasos materiales arqueológicos recuperados en el yacimiento.

incluye, por primera vez, los discutidos grabados de la Cueva de Menga (ver cap. 7.1).

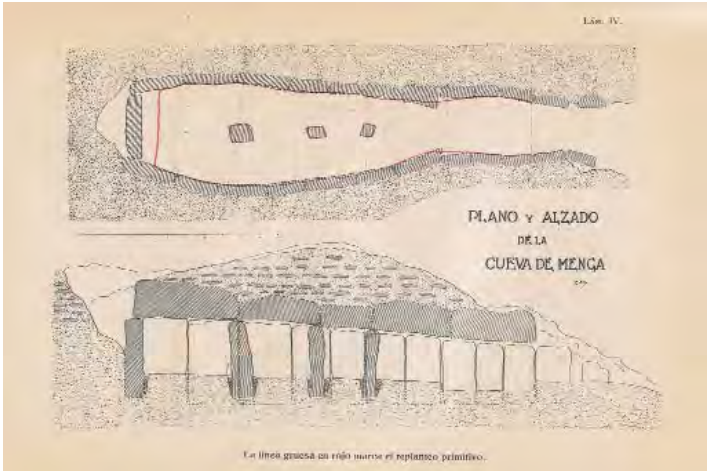
Fotografía de Manuel Gómez Moreno en la que se observa el vecino **Cerro Marimacho** donde el autor ya plantea la posible existencia de un asentamiento relacionado con la necrópolis megalítica.

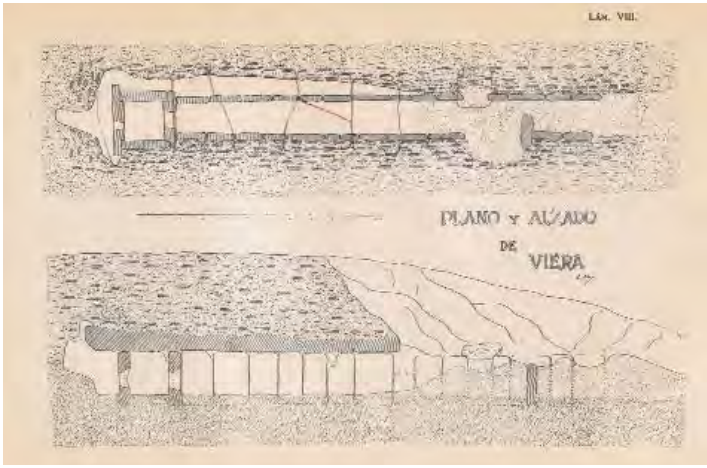
Pero detengámonos un poco en la ya citada obra del insigne historiador Manuel Gómez Moreno, publicada en 1905, sin duda la más importante aportación sobre nuestra necrópolis en esta primera década del pasado siglo XX. Este autor, al margen de descartar la filiación celta de las construcciones y relacionarlas con el mundo de Tartesos, incorpora el conjunto megalítico de Antequera a una discusión que se convertirá en un tópico en la investigación, desde finales del siglo XIX y que durante décadas embarcará a varias generaciones de arqueólogos hasta la conocida como revolución del Carbono 14: nos referimos al origen y la cronología del Megalitismo (ver caps. 2.4 y 3). El tema se había planteado a comienzos de siglo, en torno a dos posturas irreconciliables: 1) aquellas que defendían que el Megalitismo tenía su origen en la zona oriental del Mediterráneo y que, por tanto, la aparición de este fenómeno en la Península Ibérica sólo podría ser explicada mediante un proceso de difusión; sus defensores eran denominados "orientalistas" y, 2) la opuesta que, lógicamente, abogaba por un inicio autóctono en el oeste de Europa y reunía a sus defensores en torno a la denominación de "occidentalistas". En esta discusión los

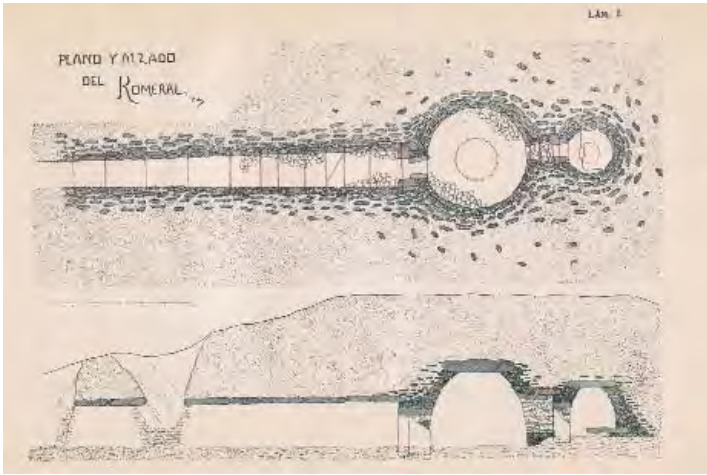
sepulcros de falsa cúpula (ver caps.2.1. y 8.2) como el de El Romeral, por su semejanza con los aparecidos en la Cultura Micénica, se convirtieron en el nudo gordiano de una, en ocasiones, agria discusión. Sobre ella, Manuel Gómez Moreno, como Velázquez Bosco, no duda en decantarse por la primera propuesta ya que reconoce en El Romeral la manifestación de un modelo introducido desde el Mediterráneo Oriental y que influirá sobre la posterior construcción de Menga y Viera.

Los comienzos de los años veinte del pasado siglo, y dentro de la consolidación de un método científico cada vez más maduro, suponen uno de los momentos de mayor actividad investigadora en el yacimiento. En el corto espacio de tiempo que va desde 1919 al 1922 se publican hasta cuatro obras de insignes investigadores que hacen reseña, en mayor o menor grado, de estos dólmenes. Así, aparecen referencias en la obra de Hugo Obermaier, ***El dolmen de Matarrubilla*** de 1919; en ***Promenades Archeologiques en Espagne: Antequera***, de Pierre Paris, en ***Le Dolmen d'Antequera*** de A. de Mortillet, ambas publicadas en 1921 y de C. de Mergelina, la conocida obra ***La necrópolis tartesia de Antequera*** de 1922, sin duda otro de los grandes hitos de la investigación del yacimiento. Sintetizando, podemos decir que lo más interesante resulta, por una parte, la asignación cronológica que hace Hugo Obermaier del conjunto a los momentos finales del Neolítico y la Edad del Cobre, descartando la tesis de un edificio tartesio hecha por Gómez Moreno, propuesta aquella que, hoy en día, parece la más apropiada. Por otra, la opinión de Pierre Paris, dentro de la ya apuntada disputa entre orientalistas y occidentalistas, y en contra de lo defendido catorce años antes por Manuel Gómez Moreno, de que la construcción de Menga y Viera era

Plantas y alzados de Menga, Viera y El Romeral. Cayetano de Mergelina, discípulo de Manuel Gómez Moreno, realizó en 1922 una de las mejores memorias científicas sobre el conjunto megalítico de Antequera. La publicó con el nombre de **"La Necrópolis tartesia de Antequera".**


Lám. IV.
PLANO y ALZADO
DE LA
CUEVA DE MENGA
La línea gruesa en rojo marca el respaldo primitivo.


Lám. VIII.
PLANO y ALZADO
DE
VIERA


Lám. I.
PLANO Y ALZADO
DEL
ROMERAL

anterior a la de El Romeral, criterio también aceptado, de forma generalizada, en la actualidad (ver cap. 3 y 8.2). Finalmente el estudio de Cayetano de Mergelina, de 1922, aunque mantenía una adscripción tartésica para el conjunto, suponía el más extenso y completo de los estudios publicados hasta aquel momento y, sin duda, uno de los mejores trabajos realizados sobre el yacimiento en toda su historia. El trabajo sintetiza toda la información referente a los tres dólmenes y además incorpora en su estudio materiales arqueológicos inéditos localizados en las excavaciones. Se acompaña el texto con una abundantísima documentación gráfica de plantas y alzados, con numerosos detalles y excelentes fotografías de conjunto y del ajuar; a todo ello añade una teoría propia que defendía un origen peninsular para los sepulcros de falsa cúpula y, por último, un extenso y elaborado apartado que el autor dedica a los grabados aparecidos en la Cueva de Menga.

En resumen, un ejemplo excepcional de un *artículo rigurosamente científico* tal y como demandaba una investigación prehistórica, que en el sur de la Península Ibérica ya había madurado siguiendo la estela abierta, a finales del siglo anterior, por investigadores como Estacio da Veiga, los hermanos Siret, o Jorge Bonsor.

En 1934 W. J. Hemp publica un trabajo con el título de ***The Pasaje Graves of Antequera and Maes Howe, Orkney***; y, doce años después, se comienza a publicar una obra magna que ha resultado paradigmática para el estudio, no sólo de la necrópolis de Antequera, sino de todo el Megalitismo peninsular; nos referimos a una serie de volúmenes realizados por el matrimonio alemán Georg y Vera Leisner, con el título ***Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel***, en los que se incluyen un amplísimo estudio de los tres grandes sepulcros antequeranos, se recopila la bibliografía conocida hasta ese momento y se presenta una detallada descripción de las construcciones y los ajuares correspondientes, todo ello, acompañado de una

extensa documentación gráfica, aunque la gran mayoría de las reproducciones que presentan están tomadas de las obras de Ricardo Velázquez Bosco y Cayetano de Mergelina. En esta obra de los Leisner, se asocian las construcciones de Antequera a la Edad del Cobre, como ya adelantara Hugo Obermaier, y se proponen diferentes tesis sobre el proceso de construcción de los sepulcros, algunas de los cuales siguen siéndonos útiles hoy en día (ver. cap. 6.1; 7.1 y 8.1).

Finalizaremos nuestro repaso haciendo referencia a los trabajos de Simeón Giménez Reyna. Su insigne figura marca los difíciles años de la posguerra, especialmente tras la publicación de su archiconocida *Memoria Arqueológica de la Provincia de Málaga hasta 1946*. Esta obra marca, sin duda, el final de una época dentro de los estudios prehistóricos malagueños. A modo de recopilación este autor repasa gran cantidad de yacimientos, entre los que, como no podía ser de otra manera, se incluyen los sepulcros antequeranos y, como novedad, también aparece información de la novedosa necrópolis de cuevas artificiales de Alcaide, hallada, también, en el término municipal de Antequera (ver cap. 5.1). Este yacimiento, recién descubierto, iba a ocupar la atención de Giménez Reyna durante años, lo que le llevó a realizar excavaciones en el lugar y localizar hasta siete cuevas artificiales excavadas en la roca. No obstante, su atención sobre los dólmenes no fue menor, así por una

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL
DIRECCION GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS

INFORMES Y MEMORIAS

Nº 12

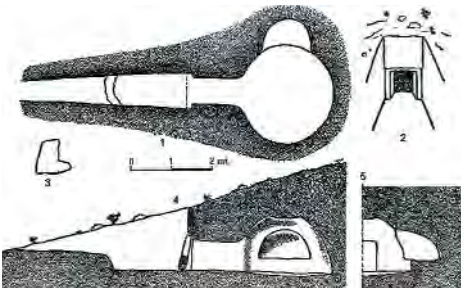
MEMORIA ARQUEOLOGICA DE LA PROVINCIA DE MALAGA HASTA 1946

POR

SIMEON GIMENEZ REYNA

MADRID, 1948

La archiconocida ***Memoria Arqueológica de la Provincia de Málaga hasta 1946*** del insigne investigador Simeón Giménez Reyna marca el final de una época dentro de los estudios prehistóricos malagueños y se convierte en la antesala de la *Prehistoria Científica* que se consolidará en la segunda mitad del siglo XX.



La necrópolis de Cuevas artificiales de Alcaide (Antequera) fue dada a conocer en 1943 por parte de Simeón Giménez Reyna y J. Rein. El descubrimiento, inicialmente, se limitó a 7 cuevas a las que con posterioridad, en 1964, B. Berdichewsky añadiría una más. No obstante, los trabajos de la Universidad de Málaga, dirigidos por Ignacio Marqués, localizarían 13 nuevos sepulcros, elevando el número final hasta 21, lo que la convierte en una de las mejores necrópolis de este tipo dentro de la Península Ibérica.

parte, y como resultado de sus desvelos, durante 1940-41, se emprenden los trabajos de restauración y consolidación en el conjunto de la necrópolis, dirigidos por el arquitecto Francisco Prieto-Moreno Pardo, y que confirieron a los sepulcros y a su entorno el aspecto que han mantenido hasta comienzos de nuestro siglo; por otra, en 1960 publica un trabajo monográfico titulado *Los dólmenes de Antequera*, en el que, aunque no aporta nueva información sobre el yacimiento, sí realiza un análisis descriptivo mucho más extenso que el que incluyera en su trabajo de 1946.

4.3. LA INVESTIGACIÓN RECIENTE Y LAS PERSPECTIVAS DE FUTURO

Para entender la naturaleza y el alcance de la investigación producida en los Dólmenes de Antequera durante los últimos 30 años hay que valorar dos circunstancias históricas determinantes: la primera, la creación, a mediados de los años 70, de la Universidad de Málaga; y la segunda, la decisión política del estado central de transferir las competencias en materia de arqueología a las comunidades autónomas, en nuestro caso a la Junta de Andalucía, ya a partir de 1984.

La joven Universidad de Málaga y las primeras generaciones de prehistoriadores que salen de sus aulas modificarán sustancialmente la visión y perspectiva que se tenía de la Prehistoria y el Megalitismo en general y del yacimiento de Antequera en particular. De tal modo que, de una *arqueología de los yacimientos*, en la que estos eran observados como mundos cerrados y aislados pero que podían explicarse a sí mismos, se pasa a una visión espacial de la arqueología. Ahora se abordan los estudios desde proyectos generales de investigación en los que, además de los propios yacimientos, se valoran los recursos del entorno y las relaciones entre yacimientos de la misma época. Ya no basta el estudio detallado de un sepulcro, hacen falta trabajos de síntesis y conjunto. En esta línea, a finales de los años 70, Ignacio Marqués realiza un trabajo integral titulado *Los sepulcros megalíticos y cuevas artificiales de la provincia de Málaga*, primera síntesis que se realiza sobre el Megalitismo de nuestra provincia y donde los sepulcros antequeranos son interpretados en el marco provincial y peninsular. Los nuevos métodos, además, activarán gran cantidad de prospecciones y excavaciones arqueológicas en distintas zonas de la provincia, convencidos los arqueólogos de que otras muchas evidencias megalíticas debieron ser coetáneas a los dólmenes antequeranos. Como resultado,

Las prospecciones arqueológicas programadas por la joven Universidad de Málaga darán como resultado, durante las dos últimas décadas del siglo pasado, la localización de numerosos yacimientos como la **Necrópolis de Chapera (Casabermeja, Málaga)**, con los sepulcros megalíticos de El Gigante y La Giganta que aparece en la ilustración.

por ejemplo, se descubren otras 13 nuevas cuevas artificiales en el yacimiento de Alcaide (ver cap. 5.1) y nuevos sepulcros y necrópolis como la de *El Tardón* también en Antequera (ver cap. 5), *El Cerrete de Algane* en Coín, la de *El Hospital* y *Chapera* en Casabermeja, *Las Angosturas* en Ronda, *El Dolmen de la Cuesta de los Almendrillos* y el de *El Tesorillo de la Llaná* ambos en Alozaina. Por otro lado, la incorporación de las primeras generaciones de licenciados de la universidad malagueña a las labores de tutela del Patrimonio Histórico desde las distintas administraciones, especialmente las municipales, y los trabajos de campo generados en prevención de los impactos ocasionados por las distintas obras públicas e infraestructuras, fomentarán proyectos de investigación, cartas arqueológicas o actuaciones de urgencia que han venido a completar el panorama de nuestro Megalitismo actual. En esta dinámica hay que interpretar los hallazgos de sepulcros como el de *La Cruz Blanca* en El Burgo, o el del *Cerro de la Corona* en Totalán, la importante necrópolis de cuevas artificiales de *Las Aguilillas* situada entre Ardales y Campillos, o la aparecida

Necrópolis Tesorillo de la Llaná (Alozaina. Málaga). En el valle del Río Grande durante los últimos años se han descubierto varios sepulcros megalíticos y cuevas artificiales entre los que destacan este singular ejemplo en el que se combinan técnica de ortostatos y mampuestos.

recientemente en el cerro de Corominas en Estepona. Estamos ante una auténtica revolución científica, que de forma general se aprecia en toda la Prehistoria española.

Centrándonos en los trabajos desarrollados en la Necrópolis de Antequera, y en la misma línea de renovación metodológica que arriba hemos comentado, a finales de los años setenta, el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Málaga realiza algunas prospecciones arqueológicas en las inmediaciones de los sepulcros, lo que da como resultado la documentación de restos arqueológicos en el vecino Cerro Marimacho o Cerro Antequera que, como recordará el lector, en 1905 ya había sido considerado por Manuel Gómez Moreno como el posible enclave del hábitat de los constructores de los sepulcros de Menga y Viera. Dichos materiales arqueológicos, aunque escasos, serían publicados por J. Antonio Leiva y Bartolomé Ruiz en 1977 y confirmarían la existencia de un yacimiento en dicho lugar.

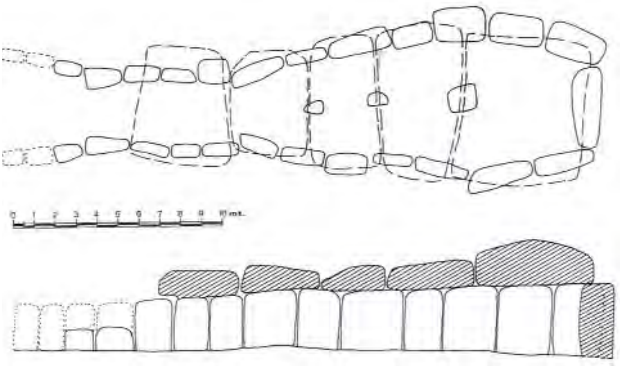
Pero para abordar la necrópolis desde un proyecto de investigación específico habría que esperar hasta 1985, cuando la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía puso en marcha el titulado "Reconstrucción arquitectónica y paleoambiental del conjunto monumental de la necrópolis megalítica de Antequera", que será dirigido por José Enrique Ferrer, Ignacio Marqués, Ana Baldomero y Teresa Aguado, miembros, todos, del Área de Prehistoria de la Universidad de Málaga.

El desarrollo de este proyecto, entre 1986 y 1995, supone un punto de inflexión en el estudio moderno de la Necrópolis megalítica de Antequera ya que, por primera vez, se elabora un proyecto integral de investigación que conllevaría la realización de actuaciones arqueológicas sistemáticas, tanto de excavación como de prospección en la zona.

El objetivo inicial de este proyecto era proporcionar al equipo de arquitectos designado por el citado organismo autonómico la información necesaria para llevar a cabo, por

una lado, la consolidación, y en su caso restauración, de los sepulcros de Menga y de Viera, y por otro, devolver en lo posible al entorno inmediato a los sepulcros el paisaje original. Pero junto a estos, se abordaron también otros objetivos encaminados a contextualizar la necrópolis en una marco cultural y espacial más amplio que el estrictamente funerario, planteando la necesidad de llevar a cabo la excavación sistemática del cercano Cerro Marimacho, así como la realización de campañas de prospección en el territorio para determinar el uso del espacio por las poblaciones relacionadas con los sepulcros.

Como resultados inmediatos, circunscritos a Menga y Viera, se pudo conocer por vez primera las dimensiones de las losas de los sepulcros y, (en el caso de Menga, también de los pilares), el anclaje de los elementos verticales en el suelo, la disposición original de las paredes, la forma y dimensiones de los túmulos, los elementos que lo integran y la forma en que éstos se disponen, así como las especies vegetales existentes en el entorno de los sepulcros en el momento de la construcción de los mismos a partir del análisis polínico de los sedimentos aportados a los túmulos, lo que unido al estudio



Como consecuencia de los trabajos desarrollados por la Universidad de Málaga durante el periodo 1986-1995, **José Enrique Ferrer e Ignacio Marqués** elaboran una nueva y ajustada reproducción de Menga donde se representaban, por vez primera, las dimensiones precisas de las losas del sepulcro y de sus pilares.

sobre el comportamiento hídrico de las zonas cercanas a la necrópolis en el momento de su construcción permitió plantear una propuesta de las características del paisaje original (ver cap.5.1), sin olvidar la obtención de la primera fechación absoluta para la necrópolis, concretamente para el sepulcro de Viera, que marca el momento inmediatamente anterior a su edificación (ver cap. 3).

Las excavaciones realizadas en los túmulos de ambos sepulcros han supuesto, además, una valiosa aportación a uno de los aspectos más debatidos en la bibliografía sobre la necrópolis, como es el de la forma en la que fueron edificados Menga y Viera (ver cap. 7.2), un debate para el que hasta ahora sólo se disponía de una documentación tremendamente escasa.

La excavación del túmulo de Menga confirmó que la composición de estos montículos artificiales seguía normas, no menos estrictas, que las observadas en otros elementos constructivos. Por ejemplo, la existencia de capas de materiales distintos superpuestos en su composición.

Además, en 1997 se realizaría una actividad de urgencia, dirigida por el mismo equipo de arqueólogos responsable del proyecto de investigación al que nos estamos refiriendo. Era la primera ocasión en la que se realizaban excavaciones arqueológicas en el Cerro Marimacho, cuyo registro arqueo-

Portada de acceso al Recinto del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera.

lógico, como vimos más arriba, quedaba reducido, hasta ese momento, a materiales procedentes de prospecciones superficiales; dichas excavaciones permitieron evidenciar la existencia de estructuras excavadas en el subsuelo cuya función no resulta fácil de determinar, muy frecuentes en contextos arqueológicos de esa época en el sur peninsular, pero desconocidas hasta ese momento en el Cerro Marimacho y zonas cercanas (ver cap. 5.2). Toda la información obtenida en estos trabajos, adelantada ya en varios artículos, aparece recogida en otros epígrafes de esta guía (ver cap. 5; 6.1; 7.1 y 7.2).

Por último, desde 2004, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía viene impulsado un Proyecto General de Investigación titulado "Sociedades, Territorios y Paisajes en la Prehistoria de Antequera" que deberá ser llevado a cabo durante el periodo 2007-2012. En tal proyecto se integran

La escultura en bronce denominada **El Caminante**, obra de Miguel García Delgado, ocupa un lugar destacado en el Observatorio al que da nombre.

prestigiosos investigadores de distintas instituciones universitarias. Así, los trabajos serán dirigidos por P. Bueno Ramírez y R. de Balbín (Universidad de Alcalá de Henares), F. Carrión Méndez (Universidad de Granada), V. Hurtado Pérez (Universidad de Sevilla), D. Wheatley (Universidad de Southampton – Reino Unido) y L. García Sanjuán (Universidad de Sevilla) quien ejercerá de coordinador y responsable a efectos administrativos. El marco geográfico sobre el que se llevará a cabo el citado proyecto es la Comarca de Antequera ubicada en el corazón de las depresiones interiores andaluzas, en lo que se conoce como *surco intrabético*.

Por otra parte, con el ánimo de culminar el proceso, iniciado en 1985, de tutela y valorización del yacimiento, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía crea la institución patrimonial del **Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera** que cuenta con unos bienes culturales de excep-

ción en un marco paisajístico de referencia y en un contexto arqueológico bien definido. El objetivo principal de tal institución será proporcionar al visitante la valorización del Paisaje Cultural de La Vega con los Dólmenes de Menga y Viera, el *Tholos* de El Romeral y su relación con La Peña. Este empeño se articulará, entre otros, a través de: a) La exposición permanente titulada "La Prehistoria de las Tierras de Antequera"; b) El Centro de Interpretación de la Prehistoria de Andalucía "Luis Siret" que integrará la Exposición "Paisajes Milenarios" cuyo principal objetivo será contextualizar el yacimiento megalítico de Antequera en el marco andaluz, y c) Diversos programas de actividades a desarrollar en el Taller de Arqueología "Serguei A. Semenov", en la Sala "Manuel de Góngora", en el Salón "Hugo Obermaier" y a través del Centro de Documentación y Biblioteca Virtual de la Prehistoria de Andalucía "Antonio Arribas", entendidos, todos ellos, como buenos instrumentos de producción científica en el ámbito de la Prehistoria de Andalucía.

Vista del recinto con el edificio de la futura sede institucional, Centro de Recepción y túmulos de Viera y Menga.

dólmenes de antequera

visita guiada

Visitante en el corredor de acceso a la cámara de El Romeral.

…..y llegó una tempestuosa noche en que permaneció
apagada la lámpara de Menga…
Javier de Rojas 1879

5 | EL ENTORNO DE LA NECRÓPOLIS MEGALÍTICA

Como es bien sabido, el conjunto arqueológico que visitamos se ubica en pleno corazón de la Comarca de Antequera. Esta es una comarca que se extiende al norte de la provincia de Málaga, desde las estribaciones orientales de la Serranía de Ronda hasta la Axarquía. Se trata, geográficamente hablando, de una gran depresión que da el nombre a la comarca. Más concretamente, los dólmenes se sitúan en una pequeña elevación, sobre una fértil vega, al este de la actual ciudad de Antequera. Dicha vega es un espacio abierto delimitado por distintas elevaciones montañosas. Al

Fotografía aérea con la ubicación de la ciudad de Antequera, de los Dólmenes de Viera y Menga, el Cerro Marimacho y el Tholos de El Romeral.

La Peña es un referente importantísimo en el paisaje de Antequera. El papel jugado en la Prehistoria también debió ser determinante, especialmente, por la fisonomía antropomorfa (rostro humano) tan evidente que presenta.

sur, se extiende la falda septentrional de la sierra de El Torcal, de la que queda separada por una sucesión de cerros como la loma de Guerrero, la Cuesta del Romeral o el Cerro de San Cristóbal. Al este se levanta la impresionante Peña que es tan popular por su innegable aspecto antropomorfo. Por el norte, esta llanura, queda delimitada por cerros y lomas de mediana altura como las sierras de la Camorra y Humilladero. Y, finalmente, al oeste afloran las suaves alturas de las lomas de Bobadilla y Ballesteros. La zona es recorrida por el río Guadalhorce en el que vierten sus aguas algunos arroyos como el de la Villa y el de las Adelfas.

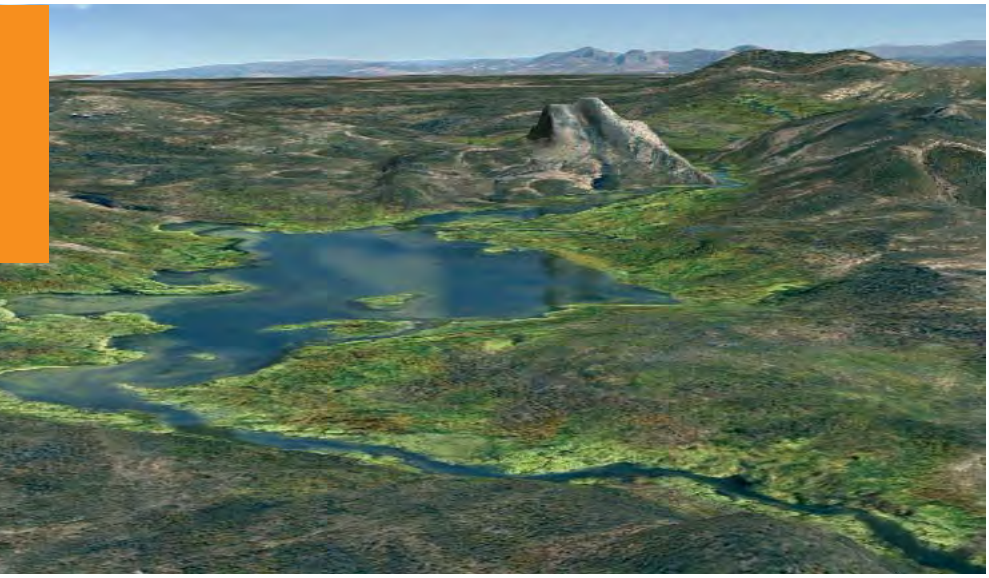
Antes de comenzar propiamente la visita de los sepulcros megalíticos parece oportuno que el visitante conozca el entorno arqueológico donde se encuentra el yacimiento.

Realizaremos, pues, un breve repaso de los principales yacimientos de la región como información complementaria a la visita de la necrópolis.

5.1. YACIMIENTOS PREHISTÓRICOS EN LAS TIERRAS DE ANTEQUERA

Por lo que sabemos, en la época en la que se construyeron los dólmenes, el paisaje natural sería distinto al que observamos en la actualidad. Diversos estudios paleoambientales realizados durante las excavaciones de los túmulos de Menga y Viera han aportado información sobre este tema. Así, se piensa que en las inmediaciones de los sepulcros megalíticos abundarían las charcas y lagunas en cuyas orillas crecerían los fresnos, alisos y avellanos. Más alejados, en las faldas de las sierras próximas, crecerían densos pinares y encinares dispersos que podrían alcanzar las riberas de los ríos y charcas que surcaban los llanos. El panorama quedaría completado por arbustos como las jaras, tomillo y romero y, sobre todo, por las hierbas como margaritas, dientes de león, cardos y las gramíneas. En cualquier caso, este medio parece corresponder a un ambiente climático más húmedo que el actual.

En este marco descrito, las actividades humanas dejarían sus huellas, modificando cada vez más el entorno y configurando numerosos yacimientos que hoy conocemos en las inmediaciones de los dólmenes. No obstante, la proximidad espacial entre dos yacimientos, claro está, no implica necesariamente que sean contemporáneos. Incluso, yacimientos pertenecientes a la misma época o fase prehistórica no tuvieron por qué ser necesariamente sincrónicos. Tal razonamiento recomienda cierta cautela a la hora de relacionar los Dólmenes de Antequera con otros enclaves prehistóricos



Reconstrucción paleoambiental. Los estudios de la Universidad de Málaga han permitido realizar una aproximación a la fisonomía natural que tendría el emplazamiento de los "dólmenes" en el momento en que estos fueron construidos. El paisaje, como se puede observar, era considerablemente diferente al que hoy presenta el lugar.

del entorno próximo. Desde esa prudencia, no obstante, repasaremos brevemente los principales yacimientos que pudieron "convivir" durante la construcción y el uso prolongado del lugar.

En las zonas de sierra, la abundante presencia de cuevas naturales facilitó una ocupación humana durante la Prehistoria. Durante la época (aproximadamente finales del IV mediados del III milenio) en la que se construyeron y usaron los sepulcros de Antequera algunas de estas cuevas estaban habitadas. Así en la próxima sierra de El Torcal se conocen la Cueva del Toro; mientras que al norte de La Vega, en la sierra de La Camorra, también existen cavidades como Los Órganos, la Cueva de las Goteras, el Abrigo de los Porqueros o la Cueva de la Higuera que pudieron ser ocupadas en algún momento coincidente con la construcción y el uso de los sepulcros de megalíticos.

Al aire libre existen numerosos yacimientos en La Vega de Antequera que han sido identificados como asentamientos humanos, presumiblemente, coetáneos a los dólmenes, aunque, la mayoría de las veces, su presencia se intuya sólo por acumulaciones de materiales arqueológicos en la superficie del terreno. A diferencia de las cuevas que, al ser excavadas, presentan una larga estratigrafía (sucesión vertical de capas con materiales arqueológicos de distintas épocas, por ejemplo en la Cueva del Toro de El Torcal con niveles desde el Neolítico –los inferiores- hasta la Edad del Bronce –los superiores–) estos asentamientos al aire libre suelen ser monofásicos, es decir, presentan vestigios de una sola época

El Torcal de Antequera. En la formación kárstica de El Torcal (al sur de Antequera) se localiza la Cueva del Toro, en donde las investigaciones arqueológicas han permitido establecer aspectos relativos al hábitat, la tecnología y economía.

o momento histórico. Esto explica que su estratigrafía sea "muy corta" y homogénea. Por ejemplo en el cortijo de Alcaide, muy cerca de la necrópolis del mismo nombre se localizó lo que parece ser el fondo o la base de una cabaña en cuyo interior se recuperaron algunos materiales similares a los encontrados en el interior del sepulcro de Viera. Se supone que tal yacimiento fue habitado, puntualmente, durante el Neolítico Final-Cobre Antiguo, o sea, a finales del IV o principios del III milenio a. C., cuando suponemos se iniciaron los trabajos en los sepulcros antequeranos.

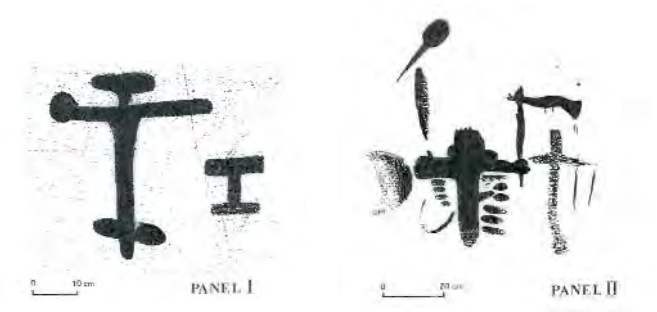
Junto al caso citado del cortijo de Alcaide, otros yacimientos al aire libre y de la misma época, pero de morfología distinta, abundan en la zona. Nos referimos a lugares abiertos en los que arqueológicamente sólo se encuentran estructuras arquitectónicas excavadas en el suelo. La forma que presentan estas estructuras subterráneas, similar a pozos acampanados o a grandes cubetas de escasa profundidad, ha llevado a los arqueólogos a interpretar, en ellos, los sótanos de construcciones humanas, (viviendas, almacenes, silos etc.). Se supone que, ya en superficie, estos habitáculos se completarían con muros de adobe y postes de madera. Sus techumbres serían de origen vegetal. El interior de estas construcciones subterráneas aparece siempre colmatado por restos de objetos y de animales; incluso, en ocasiones, también aparecen esqueletos humanos. La causa de que, en este tipo de yacimientos, no se encuentren restos arqueológicos en superficie, tradicionalmente, se ha explicado por la supuesta endeblez de los elementos empleados en su construcción aérea que terminarían por perderse definitivamente tras ser abandonados los asentamientos, hasta no quedar de ellos más rastro arqueológico que los restos subterráneos que hoy conocemos. No obstante, otras interpretaciones apuntan, por el contrario a que realmente los pozos y cubetas no son dependencias de poblados semisubterráneos sino cavidades o pozos intencionadamente

fabricados para depositar en ellos artefactos y bienes materiales de forma simbólica. Es decir, se depositarían en el suelo, ritualmente, restos de tareas realizadas en el lugar, siguiendo unas prácticas muy extendidas en la Prehistoria de Europa Occidental. En cualquiera de los dos casos, parece aceptado que las actividades que se desarrollaban en estos yacimientos eran muy distintas de las que son propias y naturales de poblados humanos estables, de carácter permanente, con muros, cabañas con basamento de piedra, etc. que no surgirán, en nuestra zona, hasta momentos avanzados del tercer milenio a. C. (época campaniforme). De este tipo de yacimiento subterráneo se han encontrado evidencias en la falda del cerro próximo de Marimacho o Cerro Antequera, sobre los que nos detendremos más adelante, y en otros lugares más lejanos como las halladas en el casco urbano de la población de Alameda o en la Loma del Cortijo Quemado cerca de Bobadilla.

Enclave arqueológico de Alameda (Málaga). En el casco histórico de esta localidad, relativamente próxima a la necrópolis de Antequera, se han documentado numerosísimos "pozos" colmatados de materiales arqueológicos. La interpretación de este y otros yacimientos similares es, hoy en día, muy controvertida.

El paisaje monumental, como vimos en su momento, es incomprensible sin el arte esquemático que le acompaña (cap. 2.3.). Al margen de los motivos esquemáticos, en algún caso discutido, que se observan en Viera y Menga

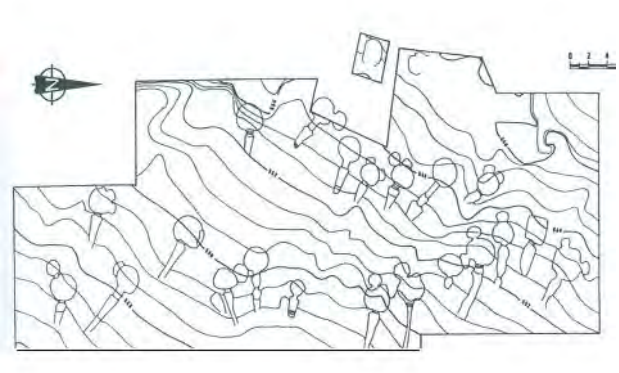
(cap. 6.1 y 7.1), tenemos noticias de la existencia, en la zona, de motivos de pintura esquemática en unos abrigos naturales o covachas situadas en las estribaciones septentrionales de la Peña, y de un grabado localizado en una roca muy próxima a la Necrópolis de Alcaide. También, al norte de La Vega de Antequera, en la denominada Sierra de la Camorra, el abate Henry Breuil, insigne prehistoriador francés, descubrió a principios del siglo XX una serie de motivos pintados en las paredes de un abrigo rocoso que el propio Breuil denominó como Abrigo de los Porqueros. Se tratan de representaciones de antropomorfos con una marcada esquematización. Algunos de ellos se conservan en la actualidad aunque están muy deteriorados y han sufrido distintas agresiones como repintados o desconchados intencionados.



Antropomorfos del Abrigo de los Porqueros (Mollina, Málaga). En la Sierra de la Camorra, al norte de La Vega de Antequera, el insigne prehistoriador Henri Breuil descubrió, y reprodujo, varios antropomorfos pintados en las paredes de una covacha que, en el momento de su visita (1914), era empleada como refugio de una piara de cerdos.

Junto a los tres grandes sepulcros megalíticos, la comarca de Antequera posee otros singulares yacimientos funerarios. El primero de ellos es la necrópolis de cuevas artificiales de Alcaide. Como vimos en su momento (cap. 2.1) los sepulcros excavados en roca son una variante frecuente en el *paisaje*

monumental aunque, estrictamente, no podamos hablar de sepulcros megalíticos, puesto que en su construcción, normalmente, no se emplearon grandes piedras. En la loma del Viento, al noroeste de La Vega de Antequera y muy cerca de Villanueva de Algaidas, se ubica esta necrópolis, donde se han descubierto 21 sepulcros excavados sobre la arenisca del terreno, lo que supone una superficie cercana a los 2000 metros cuadrados). Todos los sepulcros han sido excavados



Planimetría de la **Necrópolis de Alcaide (Antequera, Málaga)**. Se trata, posiblemente, de una de las más importantes necrópolis megalíticas excavadas en roca de toda la Península Ibérica. Se han documentado un total de 21 cuevas artificiales en muchas de las cuales se pudieron recuperar restos humanos y un abundantísimo ajuar funerario.

en la ladera del cerro contra pendiente. Presentan una morfología similar; con un corredor al aire libre que da acceso, a través de una puerta labrada, a una cámara circular en cuyas paredes pueden aparecer pequeños nichos o segundas cámaras bastante más pequeñas. En su interior se realizaron inhumaciones colectivas. A diferencia de lo que ocurre en los Dólmenes de Antequera, en esta necrópolis se ha podido recuperar una importante cantidad de elementos del **ajuar** funerario, similares a los que caracterizan el megalitismo peninsular (ver cap. 6.2) destacando las puntas de

flecha de sílex y los grandes platos de cerámica. De momentos más avanzado deben ser las puntas metálicas tipo Palmela, varios puñales típicos de la edad del Bronce y una diadema realizada en plata.

Diadema de plata perteneciente al ajuar de un sepulcro de la Necrópolis de Alcaide (Antequera). El uso funerario de esta necrópolis fue muy tardío (primera mitad del II milenio a. C.).

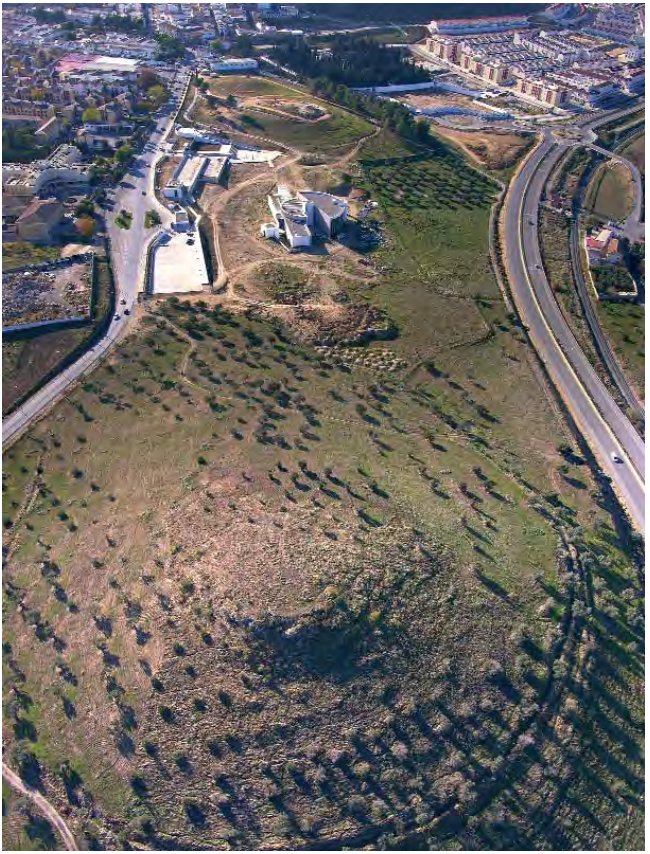
Otro importantísimo yacimiento es el de la necrópolis de cuevas artificiales de las Aguilillas situado en los límites municipales de Ardales y Campillos. En esta ocasión, está compuesta la necrópolis por siete sepulcros, de los cuales seis reproducen el típico esquema de corredor y cámara circular excavados en rocas. No obstante, el séptimo ejemplo está realizado con una curiosa técnica mixta donde se combina la excavación en roca con el empleo de losas de piedra y mampostería. Por último, en la sierra de Humilladero se tienen noticias de más cuevas artificiales pero de ellas sólo disponemos de algunos datos imprecisos.

Detalle de la entrada de uno de los sepulcros excavados en roca de la **Necrópolis de Alcaide (Antequera, Málaga).**

5.2. EL YACIMIENTO DE CERRO MARIMACHO

Como prometíamos (ver cap. 2.4), nos detendremos en el yacimiento de Marimacho, también conocido como Cerro Antequera. Su conocimiento e interpretación son centrales para saber quiénes eran y cómo vivieron los constructores de los sepulcros. Se trata de un cerro o pequeña elevación que se sitúa al este de los sepulcros de Menga y Viera. Tiene unas suaves pendientes y se encuentra muy próximo al

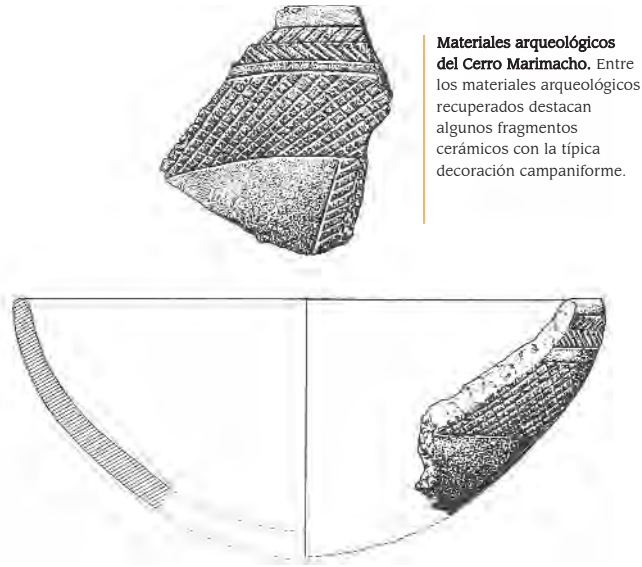
Cerro Marimacho en primer término. Es una elevación natural que se enclava al sureste del sepulcro de Menga.



conocido como arroyo o río de la Villa. Se trata de un lugar que por su proximidad a los dólmenes siempre ha llamado la atención; por un lado porque su perfil similar a un gran túmulo hizo que, popularmente, se albergara la idea de que podía contener *un cuarto* dolmen y, por otro lado, porque el lugar siempre ha llevado a los arqueólogos a buscar en él los restos de un posible asentamiento humano con el que relacionar los sepulcros megalíticos. Esta opinión ya fue apuntada por Gómez Moreno en la primera década del siglo XX (ver cap. 4.2). No obstante, hasta finales de los años 70 del pasado siglo no se tuvo noticia fiable sobre la existencia de un yacimiento en el lugar (ver cap. 4.3). Desde ese momento, se han podido delimitar dos contextos o áreas dentro del lugar. Por una parte, las obras del trazado de la ronda Norte de la circunvalación de Antequera obligaron a la

Las obras del trazado de la ronda norte de la circunvalación de Antequera obligaron a la realización de una serie de sondeos arqueológicos en la ladera este del **Cerro Marimacho**. Se encontraron varias estructuras subterráneas de plantas circulares y colmatadas por abundantes restos de cerámicas sin decorar, láminas de sílex y restos de adobe o barro cocido al sol.

realización de una serie de sondeos arqueológicos en su ladera Este, donde se encontraron varias estructuras subterráneas como las descritas con anterioridad y muy semejantes a las que hemos visto en la localidad de Alameda y en la Loma de Cortijo. Dos de ellas fueron excavadas en su totalidad. Presentaban planta circular de unos dos metros de diámetro, con perfil acampanado y apenas 1 metro de profundidad. El contenido arqueológico extraído de ellos consistía en abundantes restos de vasijas abiertas llamadas "platos" sin decorar, láminas de sílex y restos de adobe o barro cocido al sol. También se recogieron algunos fragmentos de arcilla con improntas o marcas de cañas y ramas que, entre los arqueólogos, se consideran prueba de la existencia de estructuras vegetales enlucidas con barro que podían formar parte de cubiertas o tejados muy livianos. En el piso o fondo de una de ellas se encontró un esqueleto humano. Este conjunto, cronológicamente se puede incluir en momentos muy antiguos de la Edad del Cobre, (Finales del IV inicios del III milenio a. C.) y, en cualquier caso, posiblemente, coetáneo con la construcción de los dólmenes. Algo posteriores, parecen los restos metálicos, un cincel y un punzón de cobre y varios platos con su borde engrosado, que aparecieron en niveles arqueológicos superiores pero revueltos, es decir mezclados con materiales de época clásica y medieval. El segundo contexto o espacio que ha aportado restos arqueológicos en el yacimiento de Marimacho es mucho más difuso, puesto que se refiere a los materiales encontrados, en la superficie, tanto de la corona como de las laderas de todo el Cerro. En las recogidas allí efectuadas se encontraron algunos objetos de sílex que podían corresponder a la fase bien documentada en la excavación antes citada (Cobre Antiguo), pero además se hallaron restos cerámicos con la típica decoración "campaniforme" que son claramente posteriores.



Materiales arqueológicos del Cerro Marimacho. Entre los materiales arqueológicos recuperados destacan algunos fragmentos cerámicos con la típica decoración campaniforme.

Al no existir, por el momento, excavaciones en extensión, o sea en toda la superficie del cerro Marimacho, cualquier interpretación posible quedará a expensas de ser confirmada o rechazada en un futuro. No obstante, como hemos hecho en otros capítulos expondremos aquellas teorías más factibles dejando claro que el tema de la relación entre este poblado y los dólmenes sigue abierta. La posibilidad de que Cerro Marimacho sea el asentamiento que generó la necrópolis megalítica pasa, ineludiblemente, por asumir en mayor o menor medida las teorías de Renfrew que defendía que el Megalitismo es obra de poblaciones campesinas sedentarias. Desde este supuesto, toda necrópolis megalítica tiene que tener su poblado y viceversa. En buena lógica, la separación o distancia entre una y otro debió ser la menor posible. Además, el uso de la necrópolis debió ser paralelo al asentamiento del que depende. Dicho esto, resulta evidente que tanto por la proximidad como por los materiales arqueológicos aparecidos en el lugar, que apuntan un período de tiempo que abarcaría prácticamente todo el III milenio a. C., resulta más que posible que una población se

asentara en Marimacho y que la necrópolis de Antequera pudiera albergar, al menos potencialmente, los cadáveres de aproximadamente unas 60 generaciones. No obstante, quedaría por confirmar la magnitud espacial del poblado y su ocupación a lo largo de toda la vida de la necrópolis.

La interpretación alternativa niega la mayor. El Megalitismo (al menos el ortostático) no está generado por poblaciones plenamente sedentarias; por lo que resulta improcedente buscar un poblado nodriza que explique la presencia de los dólmenes. La construcción de los sepulcros sería, desde esta perspectiva, obra de encuentros puntuales y multitudinarios en los que una población dispersa por el territorio se encuentra, durante generaciones y de forma cíclica, para levantar estos monumentos. Finalizados tales encuentros la población se alejaba del lugar en un movimiento que podríamos denominar centrífugo. Sus poblados eran asentamientos efímeros y temporales que no buscaban, como ocurre en el Cerro Marimacho, ni una ubicación en altura ni la proximidad a una necrópolis.

Una última precisión: el sepulcro megalítico de El Romeral lo hemos excluido de esta discusión porque pensamos que responde a unos parámetros históricos algo distintos que serán abordados detenidamente al final de la guía (ver cap. 8.2).

5.3. CENTRO SOLAR

Suele generar cierta perplejidad, entre los visitantes de las necrópolis megalíticas, la clara relación que se observa en la construcción de los sepulcros y su orientación astronómica. Es evidente que tal orientación es un factor determinante para comprender el significado simbólico de esta arquitectura, pero resulta mucho más complicado hacer una valoración correcta del hecho sin caer en lecturas simplistas o

apresuradas cuando no, simplemente, esotéricas. Para facilitar en lo posible al visitante la compresión de la idea *sol-orientación* que se observa, como en otros muchos casos, también en los sepulcros de Antequera, se ha construido un Centro Solar como preámbulo a la visita.

Consiste este Centro Solar en una plaza circular situada en el camino de acceso al Campo de los Túmulos de Menga y Viera en la que se han trazado *dos relojes solares*, (uno de tiempo verdadero local y otro de tiempo oficial) y un *horizonte*, en el que el visitante podrá observar la orientación que muestran la mayoría de los sepulcros megalíticos de España, con la indicación precisa tanto de los sepulcros de Antequera como de algunos otros como La Pastora o Matarrubilla que, anómalamente, no ajustan su alineación con la mitad occidental del horizonte. En el conjunto se integra también un *olivo centenario* que, simbólicamente, será el centro del memorial en el que se recordará a todas las personas que han contribuido a la investigación y tutela de los Dólmenes de Antequera (ver cap.4).

Centro Solar. Se trata de una plaza circular, situada en el camino de acceso al campo de los túmulos de Viera y Menga, en la que se han trazado *dos relojes solares* y un *horizonte* en el que el visitante podrá observar la orientación que presentan la mayoría de los sepulcros megalíticos de la Península Ibérica con la indicación precisa de los tres sepulcros de Antequera.

Volviendo sobre el tema, cabe apuntar que es manifiesta la tendencia que muestran las tumbas megalíticas europeas a orientar sus entradas, más o menos, hacia el sur del **orto solar** de verano. No obstante en el caso de los sepulcros antequeranos existe cierta disonancia, puesto que solamente el sepulcro de Viera con un acimut de 96º se ajusta a tales patrones estándares. Por el contrario, Menga, con un acimut de 45º, se orienta al norte de la salida del sol, posiblemente con la intención de situarse en la línea de La Peña, mientras que El Romeral, de forma ciertamente sorprendente, tiene una orientación de 199º, es decir hacia el sur/suroeste.

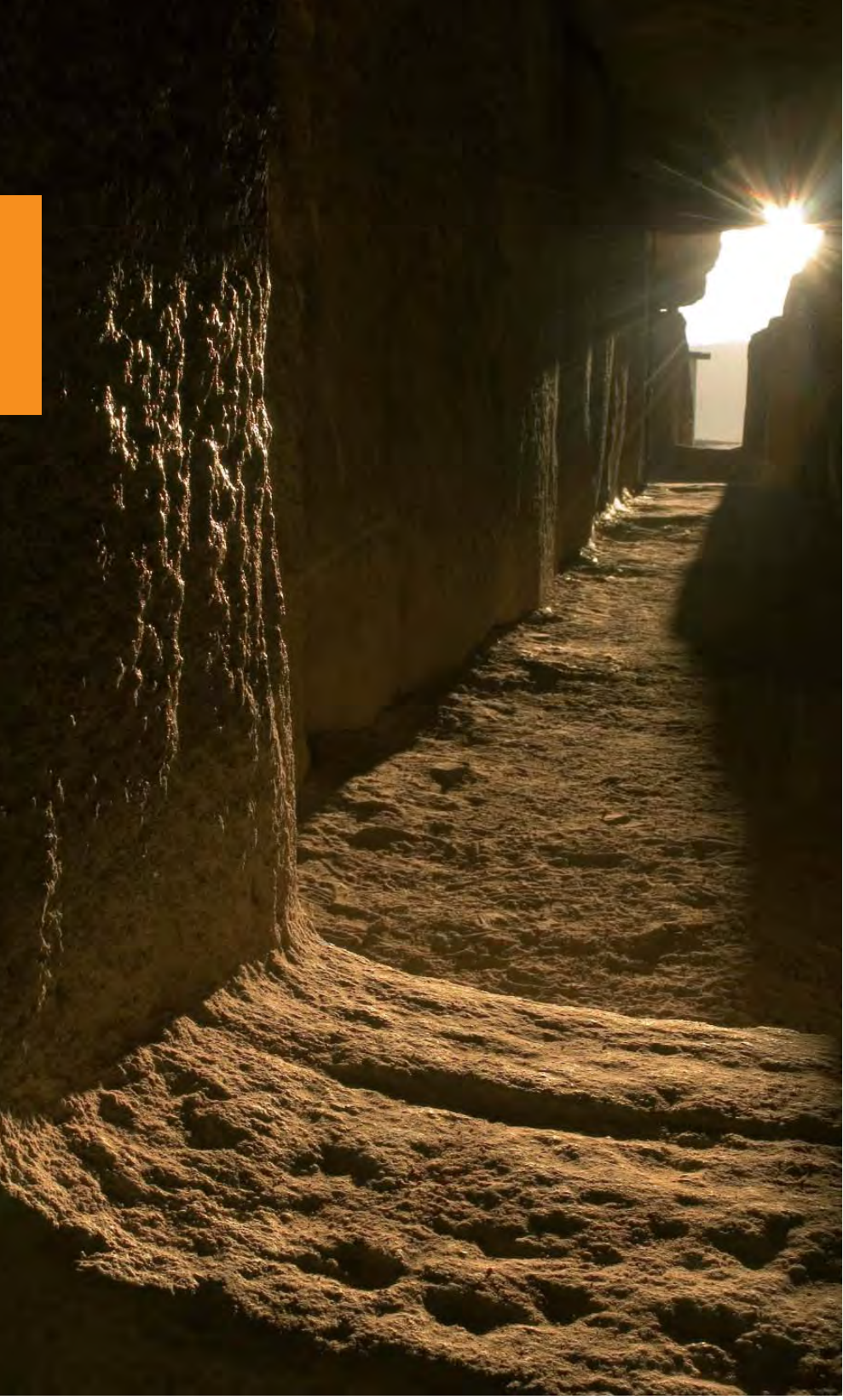
La mayoría de los sepulcros megalíticos de la Península Ibérica se orientan hacia el sur del **orto solar** de verano, es decir, hacia el sureste. No obstante, este comportamiento sólo es observado, en Antequera, por el sepulcro de Viera (96º). Los otros dos son excéntricos, (Menga 45º y El Romeral 199º), con respecto a la orientación más frecuente.

La concordancia o relación astronómica no es exclusiva del megalitismo sino que está presente en otras muchas arquitecturas del mundo antiguo y, en general, en la mayoría de construcciones vernáculas de sociedades **animistas**. El problema radica en buscar una explicación convincente al fenómeno. Las propuestas han oscilado por un lado desde las que, condenando a las sociedades primitivas a la mayor de las estulticias, han considerado que tal contingencia no podía responder más que a influencias alienígenas en pasadas civilizaciones, y por otro, aquellas, no menos inve-

rosímiles, que querían reconocer en los megalíticos a sesudos astrónomos empeñados en desentrañar los misterios del cosmos. Ambas exageraciones parten de un error común: considerar que el interés científico y astronómico están detrás de estos curiosos juegos de orientación. El visitante puede intentar comprender mejor estos fenómenos si sustituye la curiosidad astronómica por el interés astrológico. Vayamos por partes.

En primer lugar hay que saber que las sociedades de la prehistoria tenían un pensamiento mítico. Esto significa, entre otras circunstancias, que el tiempo no es percibido linealmente, como lo hacemos nosotros, sino de forma cíclica. Tal circunstancia explica que la percepción de los acontecimientos esté determinada, sobre manera, por *lo repetitivo* y *lo recurrente* más que por *lo que es novedoso* o cambia continuamente (lo histórico). Dentro de esta forma de percepción, los ciclos astrales, que son muy evidentes, no pasaron desapercibidos para ninguna sociedad de la antigüedad y, menos aún, para las megalíticas. Luego, en ningún caso, el conocimiento de estos principios astrales y de otros muchos observables en la naturaleza debe resultar extraño en sociedades como las que estudiamos.

En segundo lugar, hay que aclarar que se trata de un conocimiento animista y no científico como el que, a veces, se le supone. Esto quiere decir, siguiendo a Norbert Elías, que el fenómeno observado interesa tanto en cuanto puede responder a preguntas del tipo: ¿qué representa esto para mí? o, ¿esto es bueno o malo para mí o para nosotros?, muy distintas a las preguntas del pensamiento científico: ¿qué es esto, y por qué es así? Una explicación causal carece de sentido para las sociedades animistas pues no satisface sus necesidades emocionales. Por tanto estos ciclos astronómicos marcarían, como si de un metrónomo se tratara, los ritmos tanto de su vida cotidiana como de los aspectos



ceremoniales. Ajustar o, mejor dicho, acompasar cualquier iniciativa que acometieran, y más si cabe si se trataba de la construcción de un dolmen, a ritmos tan absolutos y evidentes como los del nacimiento o el ocaso del sol, sería una forma de sancionar, de acoger la iniciativa dentro de pautas de mayor magnitud, en un orden total y sin fin que debía propiciar el éxito de la empresa. En resumen hay un interés astrológico, (¿cómo me pueden favorecer los movimientos y desplazamientos de los astros?) más que astronómico (¿qué son o por qué se mueven los astros?). Esta explicación, por supuesto, no descarta que este conocimiento e interés astrológico repercuta, también, en ventajas prácticas como conocer los ritmos más adecuados para la siembra y la cosecha o para sacrificar el ganado, pero difícilmente justificaría, la idea muy extendida, que reconoce en algunos monumentos megalíticos los primeros observatorios astronómicos.

El sol atraviesa la cámara de El Romeral y se adentra en la camarita durante el solsticio de invierno el 19 de diciembre de 2008 a las 16'48h.

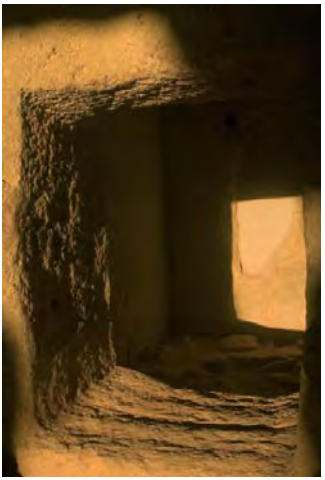
El sol entrando en el sepulcro megalítico de Viera durante el Equinoccio de otoño de 2006 entre las 8'46 h. y las 8'56 h. UTC.

6 | EL SEPULCRO MEGALÍTICO DE VIERA

6.1. CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DEL SEPULCRO DE VIERA

Como se expuso con anterioridad (ver cap. 2.1), los sepulcros megalíticos, a diferencia de otros monumentos de la Prehistoria, se caracterizan por poseer un espacio interior, a modo de contenedor, en el que se depositan los cadáveres y sus ajuares y un montículo artificial o túmulo que cubre propiamente esta construcción a la vez que le da estabilidad y hace visible el conjunto a escala paisajística. Recordemos, también, antes de describir el sepulcro de Viera, que: a) los ortostatos son las lajas de piedra que se distribuyen verticalmente clavadas en el terreno mientras que las losas de cubierta o cobijas son aquellas otras lajas de piedra que descansan horizontalmente sobre los ortostatos creando un espacio interior adintelado que se puede transitar; y b) que la descripción que sigue, así como la del sepulcro de Menga (ver cap. 7.1) descansa, especialmente, sobre los resultados obtenidos por las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo, en el yacimiento, por la Universidad de Málaga entre 1986 y 1995 (ver cap. 4.3).

Durante el equinoccio de otoño el sol atraviesa la puerta de entrada a la cámara de Viera y se proyecta en la pared del fondo. A la derecha, vista del corredor desde la cámara instantes antes.



El túmulo

El visitante, de inmediato, se encuentra con el imponente túmulo que cubre el sepulcro de Viera. A lo largo de la historia, dicho túmulo ha sufrido diversas alteraciones; la última importante coincidió con las obras de restauración llevadas a cabo en el yacimiento durante 1940-41 (ver cap. 4.2), por lo que resulta arriesgado precisar con exactitud sus verdaderas dimensiones. No obstante, el diámetro máximo debió de estar aproximadamente en torno a los 50 metros, mientras que su altura, medida desde las losas de cubierta hasta la cumbre del túmulo, debió alcanzar los 4 metros. Sobre las técnicas constructivas empleadas para realizar estos trabajos no nos detendremos en estos momentos ya que dedicaremos un epígrafe específico sobre el particular cuando describamos el sepulcro megalítico de Menga (ver cap. 7.2).

Túmulo y entrada del Sepulcro de Viera antes de su intervención.

Nos centraremos a continuación en la descripción de la estructura megalítica que, como un gran contenedor, queda bajo el túmulo. En ella se pueden distinguir dos zonas o espacios: el corredor y la cámara funeraria. Cuando se da esta circunstancia, los arqueólogos clasifican estos monumentos como "sepulcro megalítico de corredor". Ajustándonos a esta formalidad, realizaremos la descripción separadamente.

El corredor

No siempre el interior y el exterior de un sepulcro estaban comunicados. Existen sepulturas megalíticas, por lo general muy antiguas, en las que el túmulo cubría totalmente la cámara funeraria que, a modo de gran cofre cerrado, quedaba aislada completamente del exterior. Pero lo más frecuente fue, como ocurre en este sepulcro y en los otros dos que integran el conjunto de Antequera, que existiera una comunicación externa a través de un corredor. En el caso concreto de Viera, la parte inicial o entrada de dicho

Detalle del corredor del Dolmen de Viera. En primer plano se observan varios ortostatos que han perdido sus losas de cubierta. En la parte inferior aparecen los restos de una puerta perforada de forma cuadrangular que no conserva su parte superior. Por último, al fondo a la derecha, se aprecian varias losas de cubierta fracturadas que surgen, a nuestro paso, como voladizo.

corredor ha perdido casi totalmente la cubierta y se nos muestra, hoy en día, muy descarnada; de tal modo que su fisonomía, un tanto caótica, puede desorientar al visitante. Esta circunstancia nos obliga a ser algo más cuidadoso en la descripción de este tramo inicial, en el que detenidamente podemos observar: 1) algunos **ortostatos**, a lado y lado del pasillo, sobre los que no descansa ninguna **losa de cubierta**; presentan estos en algunos casos (lateral de la derecha) sus superficies cubiertas por numerosas oquedades o "cazoletas" (ver cap. 2.3) típicas del arte esquemático; 2) una losa que se interpone de forma transversal a nuestro paso y que es lo que queda de una puerta perforada de forma cuadrangular que ha perdido su parte superior y, 3) los restos de dos **losas de cubierta** que saliendo de la derecha parecen querer sobrevolar nuestras cabezas. El resto son añadidos modernos.

Arte Esquemático. Varios ortostatos del corredor de Viera presentan su superficie decorada con oquedades conocidas como "cazoletas" muy frecuentes en la iconografía del Arte Esquemático de la Prehistoria peninsular.

En los sepulcros megalíticos, los corredores permiten el acceso a lo más profundo del dolmen donde se encuentra la cámara funeraria; se trata de un claro recurso arquitectónico que simboliza el tránsito, la travesía entre dos mundos muy diferenciados. Para remarcar esta idea se prolongan desproporcionadamente los corredores con la intención de dilatar el tránsito o el paso. En Viera, su longitud (desde la entrada conservada hasta la cámara) sobrepasa los 19 metros. Además, para subrayar, más si cabe, la idea de tránsito se estructura el conjunto en tres tramos separados por dos

Corredor de Viera. El Dolmen de Viera presenta un largo corredor con una longitud conservada hasta la cámara que sobrepasa los 19 metros.

puertas perforadas (la primera, como vimos, se conserva parcialmente en la entrada y la última se abre directamente a la cámara) que parecen prolongar simbólicamente la tarea de acceso y la sensación de tránsito. La anchura del corredor, siempre muy regular, oscila en torno a 1.3 m. Mientras la altura apenas sobrepasa los 2 m. De su estructura primitiva, quedan 13 ortostatos en el lateral izquierdo y 14 en el derecho. Se conservan cuatro de sus **losas de cubierta**, a las que hay que añadir, como vimos, los fragmentos de las otras dos que, al aire libre, están, parcialmente conservadas; lo que anima a pensar que originariamente el corredor pudo tener entre 10 ó 11 **cobijas**. La anchura media de estas **losas de cubierta** oscila en torno a los 3 metros y medio, siendo, en cualquier caso, notablemente mayores que el hueco de corredor que cubren, que, como indicamos, apenas llegan al metro y medio.

La cámara

Se trata de un pequeño habitáculo cuadrangular de 1,6 m. de anchura y 2 de altura, configurado por cuatro losas verticales y la losa de cubierta. La primera losa está perforada cuadrangularmente a modo de puerta y es por donde se accede a la cámara. Frente a ella, otra losa vertical constituye el cierre final o cabecera del sepulcro. El visitante debe saber que la tronera que se advierte en la parte izquierda de esta losa final, hoy clausurada, es resultado de viejas labores de saqueo por parte de buscadores de tesoros y no perteneció a ninguna prolongación intencionada del sepulcro realizada durante la prehistoria. Por último indicar que la única **losa de cubierta** de la cámara, es la mayor documentada en el sepulcro y alcanza los 5 metros de anchura.

Cámara de Viera. Se trata de un pequeño habitáculo cuadrangular de 1,6 m. de anchura y 2 de altura, configurado solamente por cuatro losas verticales y la losa de cubierta.

6.2. DESCRIBIENDO EL RITUAL FUNERARIO

Aprovecharemos la visita al sepulcro de Viera para realizar una breve aproximación al ritual funerario propio de las comunidades megalíticas. Aunque el interior de los tres sepulcros de Antequera prácticamente se encontraron violados y desalojados de restos humanos y de ajuar, el carácter repetitivo, casi obsesivo, que como norma general se presenta en el ritual funerario megalítico, permite una idea aproximada de la manera cómo se trataron los cadáveres y, por extensión, de cómo pudieron ser los llevados a cabo en estos sepulcros antequeranos.

Hay acuerdo total entre arqueólogos en considerar el ritual funerario megalítico como de enterramientos colectivos. Esto se explica por la gran cantidad de esqueletos humanos, a veces varias decenas, que se depositan en su interior. No obstante, esto no supone, ni mucho menos, que todas las muertes en ellos albergadas fueran simultáneas, sino, más bien, el resultado de la deposición continuada de cadáveres durante varias generaciones. La presencia de corredor, con comunicación al exterior, y la existencia de puertas susceptibles de ser abiertas a discreción, posibilitarían que el sepulcro se abriera, ante cada nueva muerte, como si se tratara de un *panteón moderno*. Propiamente, no sería correcto hablar de *inhumaciones* puesto que los cuerpos no eran introducidos en fosas, sino, simplemente colocados sobre el suelo. No se conocen incineraciones de cadáveres en el interior de los dólmenes, pues tal ritual es muy posterior, casi dos mil años más recientes, ya en momentos avanzados de la Edad del Bronce. Normalmente, los cadáveres eran depositados en posición fetal y sin descarnar. Desde nuestra lógica, cabría pensar que cada nueva deposición ocuparía el espacio despejado que todavía existiera, pero lo que los arqueólogos encontramos es bien distinto. Así, parece que resultó muy frecuente que los viejos esqueletos fueran desplazados para abrir espacio a los nuevos cadáveres. Esto explica que muchos huesos aparezcan

En el ritual megalítico, los cadáveres eran depositados directamente sobre el suelo de las cámaras funerarias. Parece ser que la norma general era que no se descarnaran previamente a su deposición en el interior de los sepulcros megalíticos. Además, siempre se acompañaban con objetos que configuraban el ajuar del difunto.

dispersos o amontonados "descuidadamente". Puede sorprender al visitante un comportamiento tan "irrespetuoso" pero resulta inapropiado explicar conductas tan complejas como estas desde las visiones que sobre la vida y la muerte tenemos en la actualidad. También resulta chocante que, frente a la asfixiante pauta que parece obligar a los constructores de dólmenes a diferenciar espacios distintos en el interior de los sepulcros, como corredores, cámaras funerarias, cámaras laterales etc, las evidencias halladas en su interior contradigan estos preceptos ya que no parece que se respetara siempre el uso determinado o diferenciado para cada zona. Así, no es infrecuente que los cadáveres también puedan aparecer ocupando parcial o totalmente los corredores, sin que, en todos los casos, se pueda explicar esta contingencia en términos simplemente funcionales y por falta de espacio. Por otra parte, aunque se han emprendido numerosos estudios para observar si dentro de cada sepulcro existía alguna disposición concreta que ubicara u orientara los cadáveres según su estatus, edad o sexo, hasta el momento, ninguna conclusión definitiva se ha podido alcanzar sobre este particular.

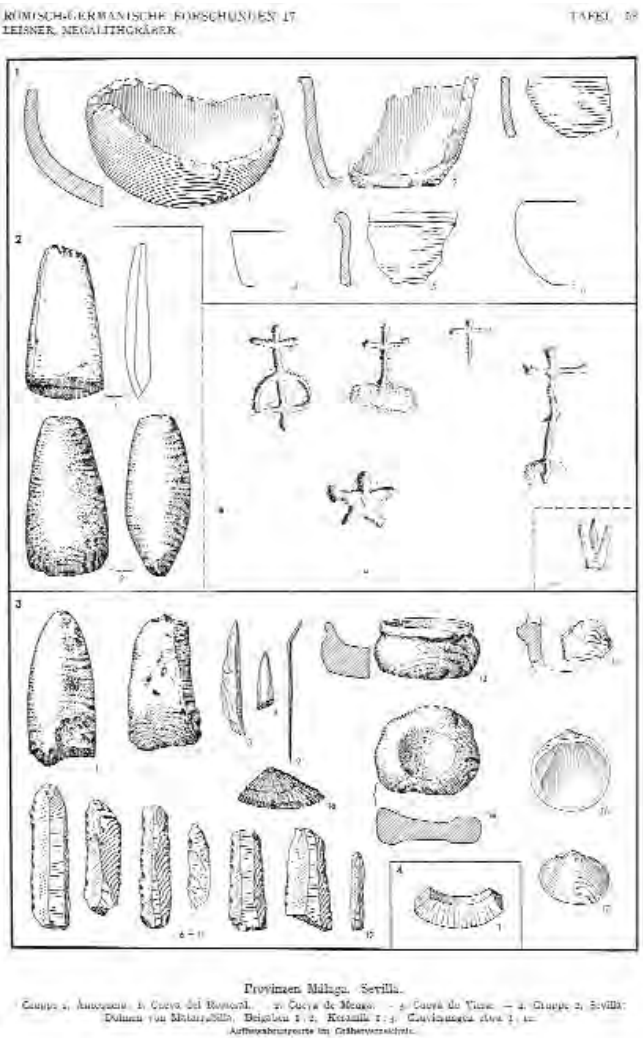
Lo que nunca faltaba en el ritual era la colocación junto a los cadáveres de su **ajuar**. Entendemos, aquí, por ajuar el conjunto de elementos que acompaña simbólicamente a cada cuerpo. Se trata de una práctica muy generalizada a lo largo de la Historia, que se perdió en Occidente hace muchos años, pero que sigue viva en otras muchas culturas. No sabemos si la naturaleza de cada objeto de ajuar estaría en relación con la persona a la que acompañaba, ya fuera dependiendo del estatus o del sexo, aunque, grosso modo, no parecen existir grandes diferencias entre unos y otros; quizá porque estemos ante sociedades muy poco individualizadas. Es decir, a diferencia de lo que ocurre en nuestros días, donde el individuo se caracteriza por todo aquello que lo diferencia de los demás del grupo, en sociedades ágrafas, o sea, sin escritura, la individualidad se asienta, por el contrario, en las semejanzas de cada persona con su grupo;

es lo que los antropólogos llaman una individualidad socio-céntrica y que explica la uniformidad en la forma de vestirse o decorarse que presentan estas poblaciones

Esquemáticamente, el ajuar de un sepulcro megalítico suele presentar, uno o varios recipientes cerámicos abiertos y sin tapadera que no presentan decoración alguna. Junto a ellos son muy abundantes las grandes láminas y laminitas realizadas en sílex. Otro elemento frecuentísimo son las puntas de flecha realizadas también sobre sílex o rocas similares. También pueden encontrarse hachas pulimentadas. Mientras que el metal apenas si se da, y cuando lo hace es en forma de pequeños punzones o como hachas de sección muy plana. Por último, resulta frecuente que aparezcan algunos colgantes o pulseras realizados en piedra pulida o sobre conchas y caracoles marinos. Hay que advertir al visitante que los ajuares que aparecen en sepulcros como el de

El ajuar megalítico, en el ámbito andaluz, se caracteriza por la presencia de numerosas puntas de flecha y grandes hojas o láminas talladas en sílex. A estos objetos le suelen acompañar hachas de piedra pulida, vasos cerámicos y colgantes de conchas o abalorios de piedra. En momentos avanzados, no es extraño que puedan aparecer también punzones y hachas de cobre.

El Romeral de falsa cúpula (ver cap. 8.1) suelen presentar unos ajuares considerablemente distintos a los que acabamos de describir; los posibles motivos de tal circunstancia se exponen, más detalladamente, en el último epígrafe de esta guía (ver cap. 8.2.).



En esta lámina de **Georg y Vera Leisner** se muestran algunos de los escasos objetos recuperados por Manuel Gómez Moreno. Destaca en la parte inferior, los aparecidos en Viera. Concretamente, nos referimos a un cuenco de cerámica, un vaso de piedra, un punzón de cobre, varias hojas y pequeñas herramientas realizadas en sílex y varias hachas en piedra pulimentada.

En el sepulcro de Viera se recuperaron algunos artefactos que pudieron formar parte de los ajuares allí depositados. Concretamente, nos referimos a un cuenco de cerámica, un vaso de piedra, un punzón de cobre, varias hojas y pequeñas herramientas realizadas en sílex (taladros y raspadores) y varias hachas en piedra pulimentada. No resulta aventurado suponer que algunos de los objetos pertenecientes a los ajuares megalíticos fueran fabricados o conservados "ex profeso" para tal fin, pero muchos otros en nada se diferencian de los encontrados en otros contextos no funerarios.

Para finalizar, apuntar que cada día se está generalizando más la idea de que en la entrada e inmediaciones de los sepulcros megalíticos se tuvieron que escenificar distintos ritos con ocasión de la apertura de los sepulcros para cada nueva deposición funeraria. No podemos olvidar que entre las sociedades **animistas**, la muerte es un **rito de tránsito** más. Como sabemos, desde los clásicos trabajos de Van Genep, todos estos ritos se ajustan siempre a tres fases o momentos precisos: el preliminar, el liminar (propiamente el tránsito) y *postliminar*. Esto induce a pensar que los cadáveres, antes de ser depositados en el interior de los sepulcros pudieron ser sometidos a distintas prácticas previas y quién sabe sino también posteriores. No olvidemos que la muerte física no es considerada entre las poblaciones **animistas** como la muerte social del individuo, y entre una y otra pueden pasar meses e incluso varios años, en los que los muertos cambian de "estado" hasta convertirse, definitivamente, en antepasados. Por ejemplo, la existencia de corredores segmentados con puertas que, a nosotros nos parecen totalmente innecesarias, podrían responder a cierta función o enfoque iniciático. Lo mismo cabría decir de los habitáculos o cámaras anejas o secundarias que pudieron albergar transitoriamente los cuerpos y/o ajuares. Otra circunstancia que parece legítima considerar es la participación activa de oficiantes que nunca faltan en los ritos de

tránsito. Sin duda, las labores funerarias debieron estar reservadas a ciertos individuos y, como ocurre en la mayoría de ritos, de ellas pudieron estar excluidos las mujeres, los niños y los jóvenes no iniciados. No obstante, estos argumentos sólo pueden ser esgrimidos por comparación con pautas funerarias generales observadas, por los antropólogos, entre pueblos animistas; aunque, las observadas en la Prehistoria, no tuvieron que diferir mucho de ellas.

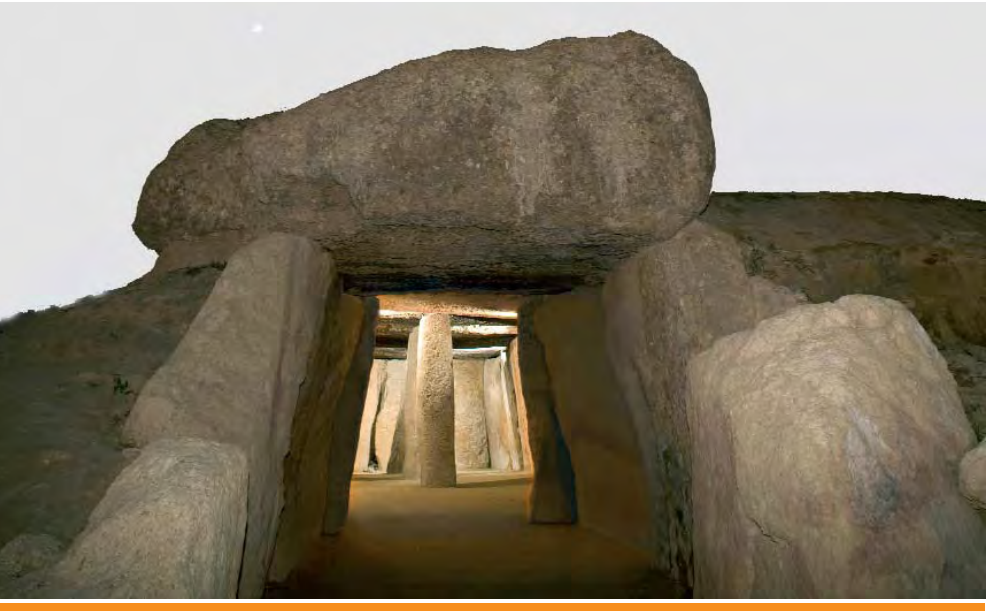
Fotografía aérea del túmulo de Menga durante las excavaciones de 2005.

7 | EL SEPULCRO MEGALÍTICO DE MENGA

7.1. CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DEL SEPULCRO DE MENGA

No creemos exagerar si afirmamos que el sepulcro de Menga es una de las cumbres de la arquitectura adintelada en la Antigüedad europea. Y no nos referimos sólo a su monumentalidad, a la ingente cantidad de mano de obra comprometida en su construcción o al peso descomunal de las losas que lo componen. Decía Bruno Zevi que la esencia de la *arquitectura*, lo que la distingue de otras artes y ciencias, es precisamente *la creación de espacio interno*. Y por encima de lo anteriormente dicho, creemos que la grandiosidad de Menga radica precisamente en eso, en su carácter arquitectónico, en la creación de un espacio interno realmente asombroso que difícilmente encuentra parangón en otros casos del Megalitismo europeo; de ahí nuestra afirmación inicial tan rotunda. La visita del sepulcro, creemos, confirmará nuestro entusiasmo en todos los visitantes.

Entrada del Sepulcro de Menga. Está compuesta por un descomunal trilito que anuncia una construcción adintelada que no encuentra parangón en el megalitismo peninsular.



Lo primero que nos sorprende al acercarnos a Menga es el descomunal **trilito** (dos ortostatos verticales y una losa de cubierta) de la entrada del sepulcro que, como un icono, identifica el monumento. Se trata de una imagen muy popularizada, reproducida en mil ocasiones y desde muy antiguo (ver cap. 4.1). Posiblemente, sea la única imagen previa que tengan muchos de los visitantes de los Dólmenes de Antequera o, al menos, la que les resulte vagamente familiar.

Vista aérea del atrio del Dolmen de Menga durante la excavación de 2005.

En la planta del sepulcro se pueden distinguir tres zonas: un atrio, un corredor y una gran cámara funeraria. La longitud total del conjunto alcanza los 27,5 metros. La diferencia entre corredor y cámara está muy poco marcada por lo que será difícil advertir por parte del visitante si no recurre a las figuras que acompaña este texto. En cualquier caso hay acuerdo entre los arqueólogos para considerarlo como un "sepulcro megalítico de corredor", aunque parece *en transición* a otras formas conocidas como "sepulcros de galería" (ver cap. 2.1).

El atrio

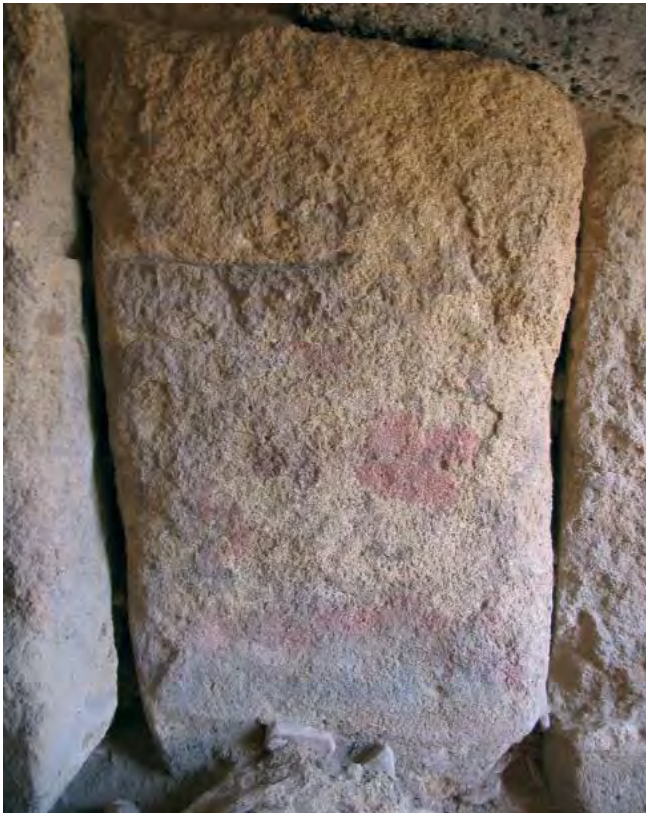
Entendemos por atrio el espacio que se localiza al comienzo del corredor de algunos sepulcros megalíticos. Propiamente, es una parte más del corredor pero, al tener forma trapezoidal y con la base más ancha mirando hacia el exterior, recuerda a una especie de soportal o "recibidor". Parcial o totalmente, debió estar sin cubrir. En Menga, se conservan, de él, restos de dos **ortostatos** desmochados, uno a cada lado de la entrada, aunque las dimensiones reales y naturaleza constructiva de dicho atrio quedan por precisar.

El corredor

Menos dudas ofrece el corredor, relativamente corto si se lo compara con el de Viera (ver cap. 6.1), que estaría compuesto por cuatro ortostatos a izquierda y otros tantos a la derecha, cubiertos con la losa o **cobija** que se observa

Motivos esquemáticos. A la izquierda, en el primer ortostato del corredor del sepulcro de Menga se puede observar la existencia de unos cruciformes y otro grabado con forma de estrella, motivos o iconos estos muy frecuentes en el arte megalítico de la Península Ibérica.

desde el exterior. Una ligera discontinuidad marca el paso hacia la gran cámara funeraria que describiremos más adelante. A la izquierda, en el segundo ortostato del corredor se puede observar la existencia de unos cruciformes labrados y otro motivo con forma de estrella. Como vimos en su momento (ver cap. 2.3) estos motivos o iconos son muy frecuentes en el arte megalítico. No obstante, sobre los aparecidos en Menga se ha discutido mucho, estando los investigadores divididos, por una parte los que consideran que son de época prehistórica y, por otra, parte los que atribuyen su presencia, o parte de ella, a la ocupación posterior que ha tenido el lugar durante muchas fases de la Historia más reciente.



Detalle de un ortostato del Dolmen de Menga. El corredor está compuesto por 4 ortostatos a cada lado.

Detalle de la cubierta de la cámara de Menga. En lo alto, el espacio de la cámara se cierra con cuatro descomunales losas de cubierta. Alguna de ellas ronda las 250 toneladas de peso.

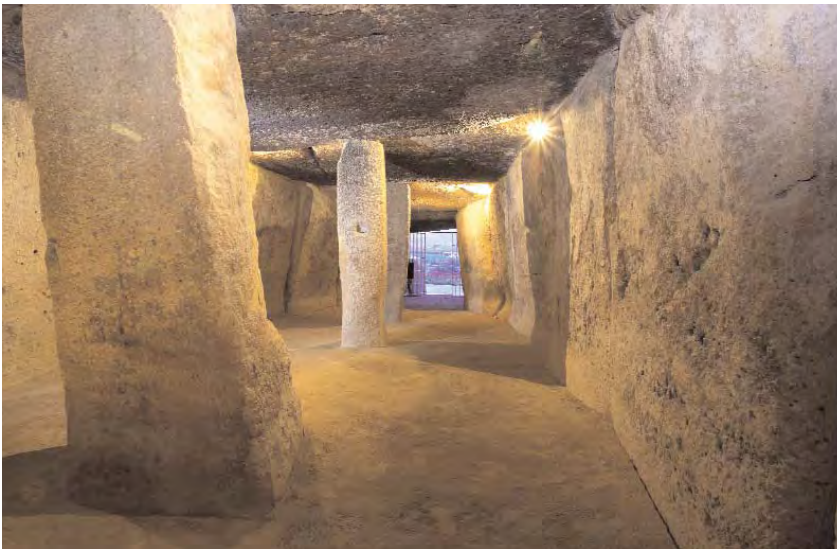
La Cámara funeraria

Ocupa casi tres cuartas partes del edificio conservado. Tiene planta alargada y tendente a lo oval. Se diferencia del corredor por un ligero estrangulamiento que, sólo, queda marcado por la distinta orientación de los dos primeros ortostatos que la configuran. Está compuesta por 7 ortostatos en cada lateral y una gran losa que constituye, al fondo, la cabecera del sepulcro. Estos ortostatos pueden alcanzar hasta 4.7 metros de altura, incluido el metro aproximado que queda introducido en la zanja de cimentación y

La **zona de contacto entre losas verticales y horizontales** puede presentar pequeñas lajas de relleno que ciegan o cubren los huecos, pero no hay que confundirlas con auténticos calzos.

tienen un grosor en torno al metro y medio. En lo alto, el espacio se cierra con cuatro descomunales **losas de cubierta**. Alguna de ellas ronda las 250 toneladas de peso. La zona de contacto entre losas verticales y horizontales puede presentar pequeñas lajas de relleno que ciegan o cubren los huecos, pero no hay que confundirlas con calzos. La altura general del sepulcro va "in crescendo" desde los 2,7 m de la entrada hasta los 3.5 metros de la cabecera; mientras que su anchura máxima alcanza los 6 metros.

Pero lo que, sin duda, más llama la atención del visitante son los tres grandes pilares que se alinean a lo largo del eje longitudinal de la cámara, coincidiendo con la unión de las cuatro losas de cubierta. Se trata de un recurso constructivo muy raro en el Megalitismo europeo. Se puede decir que no responde a patrones generalizados en otras zonas o regiones. Por tal motivo, se ha discutido mucho sobre su función y significado. La verdad es que estos pilares dan al conjunto un aspecto más habitacional que funerario, quizá este fue uno de los motivos que llevó a R. Mitjana, en el siglo



Pilares de la cámara de Menga. La zona central presenta tres grandes pilares que se alinean a lo largo del eje longitudinal de la cámara, coincidiendo con la unión de las cuatro losas de cubierta, lo que anima a pensar que se trata de un recurso constructivo orientado a consolidar la estructura y evitar derrumbes.

XIX, a reconocer en el edificio un auténtico templo celta (ver cap. 4.1). La ubicación estratégica que hace descansar en cada pilar dos **losas de cubierta**, anima a pensar que se trata de un recurso constructivo orientado a consolidar la estructura y evitar derrumbes. Por otra parte, también se discute sobre el adelgazamiento que se observa en el tramo inferior de estos pilares, sin que haya acuerdo sobre si es original del momento de construcción o, por el contrario, es el resultado del continuo trasiego y diverso empleo que, durante siglos, ha tenido el lugar. De igual modo, resulta complejo el origen de las perforaciones cuadrangulares que asoman, labradas, en algunas de las caras de estos pilares.

En la excavaciones de 2005 se localizó, entre el último pilar y la losa de cierre de la cámara de Menga **un pozo de 19,50 metros** de profundidad que debe ser el que fue excavado por Rafael Mitjana en 1842 y que aparece referido, entre otros, en la obra de Lady Tenison en 1853. En la actualidad se discute sobre su naturaleza, cronología y función.

En los trabajos realizados en 2005 se descubrió, en el último tramo de la cámara de Menga, tras el tercer pilar, un profundo y estrecho pozo. Sin duda, debe ser el que excavara R. Mitjana en 1847 y que con posterioridad recogía en su crónica viajera Lady Tenison. Como ya hemos comentado con anterioridad (ver cap. 4.1) resulta compleja la interpretación de este profundo hoyo, ya que, por una parte, se trata de un elemento *extraño* a la arquitectura megalítica y, por

Ubicación del pozo tras el último pilar al final de la cámara de Menga.

otra, de las referencias historiográficas decimonónicas no se puede precisar si, dicho pozo, fue el origen o el resultado de las excavaciones de Mitjana.

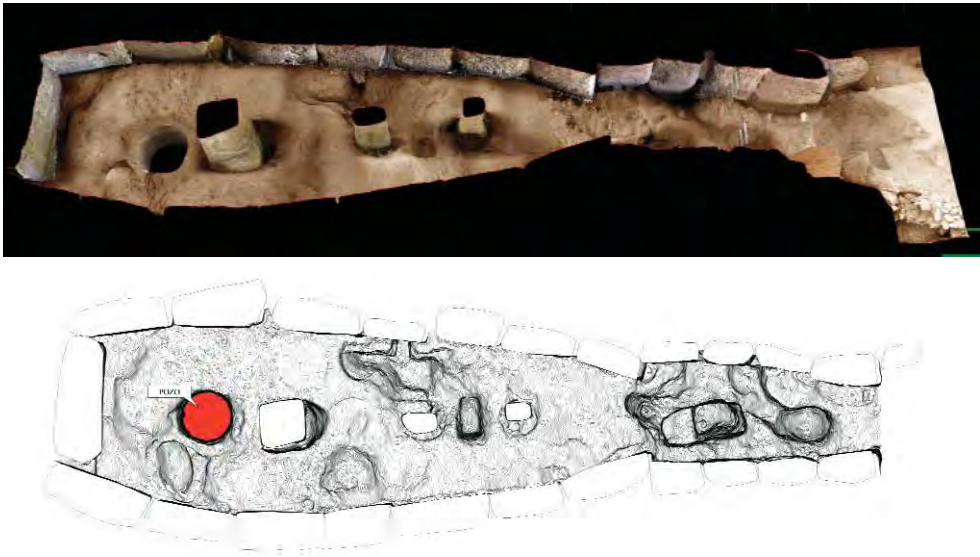
El pozo excavado en la roca en sus 19'50 metros tiene un diámetro de 1'50 metros. El acceso se haría mediante cuerdas e introduciendo los pies en los agujeros que apreciamos en las imágenes.

7.2. DESCRIBIENDO LA CONSTRUCCIÓN DE UN DOLMEN

Pocos temas resultan tan interesantes, tanto para los especialistas como para el público en general, como el de descubrir la manera mediante la cual se pudieron construir obras megalíticas, como la que aquí nos ocupa, con una tecnología propia de la Prehistoria. Las excavaciones arqueológicas, que duda cabe, nos aportan cada día más información sobre el particular, no obstante, permanecen sin aclarar muchos detalles y matices que nuestro sentido común no alcanza, ni siquiera, a vislumbrar. Y el motivo es bien sencillo: nos falta la tradición arquitectónica, el "saber hacer" de centenares de generaciones neolíticas que, casi durante 3.000 años, acumularon experiencias, intercambiaron conocimientos e integraron en su forma de vida la construcción de estos monumentos. Tal sabiduría no se puede improvisar, ni se puede sustituir, simplemente, por principios modernos de arquitectura o ingeniería. Por lo dicho, cualquier reconstrucción que se proponga estará condenada a ser, sólo, aproximada. La nuestra no se libra de esa deficiencia. En cualquier caso, la hemos realizado, por una parte, con la información técnica obtenida de los trabajos llevados a cabo por la Universidad de Málaga en los sepulcros de Menga y Viera desde 1986 a 1995 (ver cap. 4.3) y, en segundo lugar, atendiendo a otras propuestas de reconstrucción e interpretación que sobre este tema se vienen planteando en el ámbito de la Arqueología y la Difusión de Patrimonio.

Varias son las preguntas que nos asaltan ante una obra de tal magnitud; intentaremos responder a algunas de ellas. Por ejemplo: ¿cuánta gente participó en la construcción de estos monumentos? Evidentemente existe una relación directa entre el número de personas implicadas y las dimensiones de cada sepulcro. No todos los dólmenes son como el de Menga; aunque todos responden a una idea general, existe una gran variedad en el tamaño y en la complejidad de su

fábrica. No obstante, vamos a detenernos en aquellos, como el que nos ocupa, cuya gigantez nos genera más dudas e incertidumbres. Simplificando, dos pueden ser las estrategias seguidas en estos casos, considerando la misma tecnología como una constante en ambos casos: o poca gente empleada durante un largo periodo de tiempo, o la contraria, mucha gente actuando en periodos mucho más "cortos".



Imágenes del interior del Dolmen de Menga durante la excavación de 2005 en donde vemos la situación del pozo. El largo de la cámara coincide en sus 19'50 metros de longitud con la profundidad del pozo.

Si consideramos, en la línea tradicional de C. Renfrew (ver cap. 2.4), que los habitantes de cada poblado construyen en sus inmediaciones una necrópolis megalítica, esta se pudo levantar durante años y generaciones, de forma acompasada a otras actividades domésticas desarrolladas en el asentamiento. Si por el contrario, seguimos los postulados de la Arqueología del Paisaje, nos decantaríamos más por ver en estos descomunales dólmenes el resultado de uno o varios encuentros de una gran cantidad de personas convocadas, ex profeso, para tal fin. Sobre las fortalezas y las debilidades de

estas propuestas no nos detendremos aquí y remitimos al lector a aquellos otros apartados de esta guía donde se aborda con detenimiento este problema (ver. caps. 2.4; 5.2; 8.2). No obstante, cualesquiera que fueran las soluciones, tenemos que pensar en obras que pueden desarrollarse y modificarse durante décadas (ver cap. 3); por lo que no debemos aplicar nuestra escala temporal, marcada por las urgencias y por los calendarios de ejecución de obras, para entender esta arquitectura tan antigua.

Otra cuestión de singular importancia es: ¿requirieron estas construcciones de especialistas o arquitectos que diseñaran el edificio y que controlaran su ejecución? En principio, la respuesta más fiable es, no. Los dólmenes no son obras de autor. Aunque lo espectacular de estas construcciones nos induzca a pensar lo contrario, su edificación debió ser resuelta, técnicamente hablando, dentro de la tradición del grupo. Los conocimientos requeridos para ello se transmitirían de padres a hijos como otras muchas habilidades y

Vista de las cobijas o piedras de cobertura de Menga en que se aprecia el ensanchamiento que da paso a la cámara y el primer pilar.

destrezas sin requerir de especialización de ningún tipo. La especialización de ciertos individuos en unos trabajos concretos, y que se conoce como *división social del trabajo*, no parece que se diera en la Prehistoria europea hasta momentos muy posteriores a los del megalitismo. Las técnicas necesarias para la construcción de estos monumentos se integrarían "artesanalmente" en un acervo tecnológico y cultural, que se trasmitiría, de forma anónima, durante cientos de generaciones. Esto no supone negar la habilidad particular que ciertos individuos pudieron tener para resolver satisfactoriamente problemas concretos, ni tampoco, que todos y cada uno los individuos de un grupo intervinieran directamente, o en igual medida, en su construcción. Por lo que sabemos, en las sociedades primitivas existe una marcada división sexual del trabajo; esto quiere decir que las principales tareas son realizadas, en exclusividad, bien por los hombres, bien por las mujeres (y niños). Así, ciertos quehaceres femeninos son tabú para los hombres y viceversa. Lo cual nos lleva a suponer que debió

Vista de La Peña desde el interior del Dolmen de Menga. El sol entra en el solsticio de verano de 2007 a las 7'12 h.

existir también un estricto reparto de funciones en la construcción de los dólmenes entre hombres, jóvenes no iniciados y mujeres. Incluso, es posible que ciertas tareas estuvieran reservadas sólo a los individuos de más prestigio y/o edad.

Pero, quizá, la principal duda que asalte al visitante es ¿cómo es posible llevar a cabo tamaña obra sólo con los recursos y habilidades del neolítico? Nuestro escepticismo es comprensible pero totalmente infundado y nace de la idea u opinión muy extendida de la Prehistoria como un período oscuro, desordenado y tosco donde nada humano o hermoso puede acontecer. Nada más alejado de la realidad. Las sociedades, a lo largo del tiempo, han resuelto sus problemas y necesidades, ya fueran económicas o simbólicas, sacando el mayor provecho a sus recursos y habilidades, desarrollando técnicas específicas y saberes particulares; o sea, siendo profundamente *humanas*. Esta es una característica de la Cultura de todos los tiempos y no sólo de la de nuestros días. Hagamos, por tanto, justicia a estos hombres y mujeres, y para ello describiremos, con cierto temor a cometer injusticias con su esmerado trabajo, el proceso que pudo tener lugar en La Vega de Antequera hace 5.000 años.

Las labores de construcción se iniciarían, como no puede ocurrir de otra manera en una sociedad **animista**, con la realización de ofrendas y sacrificios propiciatorios. Esto no es una simple especulación. Tanto arqueológica como etnográficamente, se han observado evidencias de estos rituales, entre otros casos, cuando se emprenden labores de minería, antes de la construcción de una tumba o al fundar un poblado. Por lo cual, ese debe ser el momento inicial de nuestra reconstrucción. Tras él, las labores específicas de acomodación del lugar se inician con la orientación astrológica de la construcción (ver cap. 5.3) a la que, en el caso

concreto de Menga, hay que añadir la relación visual, más que evidente, que guardará el sepulcro con la vecina Peña.

Los trabajos de desbrozado previo de todo el espacio y la retirada de la tierra hasta que aflore la roca en superficie nos dejaría ante una pequeña elevación o meseta en la que se ubicará el sepulcro. En esta labor, suponemos, que se emplearían azadas de piedra pulida. Como hipótesis, también podemos hablar del posible uso de astas de ciervo manejadas como picos, aunque esta eventualidad, frecuente en muchísimos yacimientos mineros de Europa, tiene que ser todavía, aquí, confirmada. También resulta factible, considerar el empleo, en muchas de las tareas que estamos describiendo, de los omóplatos de grandes herbívoros que, como se sabe, son huesos grandes y muy planos, y pudieron ser utilizados como palustres o grandes cucharas para retirar piedras y tierra. A continuación, se procedería a la excavación de la gran zanja o molde donde se ubicarán verticalmente los ortostatos. Las mediciones necesarias para llevar a cabo esta y otras labores se pueden resolver

Junto con la **orientación astrológica** de la construcción del megalito, en el caso concreto de Menga, hay que añadir la relación visual, más que evidente, que guarda el sepulcro con La Peña.

Una fase inicial en la construcción sería la **excavación de la gran zanja** o molde, en la que, a modo de cimientos, se ubicarían verticalmente los ortostatos.

con el empleo de cuerdas de esparto o varas de madera como "unidades de longitud".

Paralelamente, o con anterioridad, a los trabajos que describimos, se debían de haber preparado y extraído las grandes losas que, como **cubiertas** u **ortostatos,** formarían el interior del sepulcro. Por lo que sabemos, parece que en el caso de Menga se obtendrían de los alrededores de lugar. Pero, hay que saber que en el Megalitismo europeo se han observado distintas estrategias para obtener las rocas; así, en ocasiones, parece primar la ley del mínimo esfuerzo cuando se buscan las piedras lo más cerca posible del emplazamiento del dolmen, mientras que, en otros casos, se comprometen las poblaciones en trasladar, incluso, cientos de kilómetros las grandes piedras, sin ajustarse a la lógica de economía de medios que cabría esperar. Con respecto a la propia tarea de extracción de estas losas en las canteras

En **las labores de cantería** para la extracción de los grandes bloques es de suponer que se emplearían herramientas como picos, hachas, y paletas de hueso, unidos a la técnica minera por antonomasia en la Antigüedad: el empleo de fuego y agua.

la podemos reconstruir a partir del conocimiento que tenemos de las técnicas mineras que, durante el IV-III milenio a. C., se desarrolla, en Europa, y que se conoce, muy bien, tanto para la obtención de sílex (para objetos tallados), la variscita (piedra muy empleada para hacer objetos pulimentados), o para la extracción del mineral de cobre. Así, es de suponer que se emplearían herramientas como las arriba descritas (picos, hachas, paletas) unidas a la técnica minera por antonomasia en la Antigüedad: el empleo de fuego y agua. Básicamente esta conocida técnica se pudo emplear de distintas maneras, por ejemplo, buscando calentar intensamente y mediante hogueras la superficie de la roca para, cuando se alcanza la máxima temperatura sobre ella, enfriarla súbitamente vertiendo agua sobre la zona calentada y provocando la aparición, por el fuerte contraste térmico, de grietas y fisuras que como guiones pueden conducir las posteriores labores de martilleado. También es posible que en el interior de las grietas, estratégicamente distribuidas, se introdujeran cuñas de madera, de tal modo que aprovechando los momentos más fríos del día, se vertiera agua hirviendo sobre ellas buscando el cambio brusco de temperatura y el aumento de volumen que la madera sufre cuando se moja, lo que conjuntamente provocaría una presión que terminaría por provocar la fractura final de la fisura y la separación definitiva de la piedra de la roca madre. Una vez extraídas, la regularización o labrado posterior de las losas, que suponemos se llevaría a cabo en el lugar de extracción, se realizaría mediante el piqueteado de algunas de las caras de los **ortostatos** y **cubiertas**.

Posiblemente el acarreo de estas piedras sea uno de los temas sobre los que existen más dudas. Un posible modelo de traslado sería el siguiente: a) se crearían una especie de raíles de madera sobre el terreno que podrían untarse o engrasarse con sebos de animales para facilitar el deslizamiento; b) sobre ellos se colocarían, transversalmente, una serie de rodillos sueltos, no fijados a las vías y hechos tam-

El desplazamiento de las grandes losas. Posiblemente se realizaría sobre raíles de madera engrasados y rodillos sobre los que se pueden desplazar las grandes piedras bien directamente o empleando una estructura a modo de trineo que se movería sobre estos rollos o cilindros de madera.

bién de madera; y c) sobre dichos rodillos se podrían desplazar las grandes piedras bien directamente o empleando una estructura a modo de trineo que se moviera sobre estos rollos o cilindros de madera. Los rodillos que quedaran atrás se irían situando delante sucesivamente, en un movimiento continuo que llevaría las piedras hasta las inmediaciones del lugar donde se construye el dolmen.

Llegadas al lugar de la edificación, las losas deberían deslizarse, de manera similar a la arriba descrita, pero ahora por rampas o planos inclinados construido *ex profeso* para la ocasión. En no pocas ocasiones estas rampas, que deberían tener una muy ligera inclinación ascendente, terminarían por ser el arranque del túmulo que definitivamente cubriría todo el sepulcro (ver 6.1; 7.1). Así los ortostatos serían deslizados por ellas hasta caer, inclinados, al final del trayecto. La caída sería frenada por el surco o canal que les serviría de cimiento. A continuación, debían ser izados, uno a uno,

Las losas debieron ser izadas, una a una, desde el exterior del sepulcro utilizando palancas y desde el interior tirando mediante cuerdas y correas.

desde el exterior del sepulcro utilizando palancas y desde el interior tirando mediante cuerdas y correas. Cuando cada piedra alcanzaba la posición vertical se calzaban con cantos de mediano tamaño y se rellenaba también el espacio que quedaba entre su cara exterior y el interior de la zanja hasta conseguir la estabilidad definitiva de la losa vertical. Este procedimiento se repetiría hasta tener creado todo el perímetro de las paredes del sepulcro. En el caso concreto de Menga, además, habría que colocar los tres pilares centrales siguiendo un sistema similar al empleado con los **ortostatos**. Tras lo cual, se procedería a colmatar todo el espacio interior de tierra y piedras hasta la misma altura de los ortostatos. Se procedería, a continuación, a desplazar las losas que, horizontalmente, formarían la cubierta terminándose así todo el contenedor funerario. Lógicamente, se vaciaría el interior del sepulcro de la tierra en él previamente acumulada, quedando creado, definitivamente, el espacio arquitectónico interior.

En el caso concreto de Menga, además, habría que **colocar los tres pilares centrales**. Tras lo cual, se procedería a colmatar todo el espacio interior de tierra y piedras, prácticamente, hasta la misma altura de los ortostatos.

Las **losas de cubierta** se desplazarían horizontalmente, hasta descansar sobre la parte superior de los ortostatos y los pilares. Tras lo cual, se retiraría el relleno dando por finalizado la construcción del espacio interior.

La última fase es la finalización del túmulo. Esta tarea, en ningún caso, era descuidada; no solamente porque como hemos visto su hechura da consistencia a todo el sepulcro

sino porque el túmulo es una parte fundamental de *la idea de monumento* que tienen estas sociedades. No se trata de un simple montón de tierra que de forma aleatoria se acumula despreocupadamente hasta cubrir completamente el esqueleto del dolmen. Hasta hace muy poco, los arqueólogos apenas daban importancia a la excavación de los túmulos, centrando su interés en los restos humanos, en el ajuar aparecido dentro de las sepulturas y en la forma y distribución de las losas. Pero, con el cambio de orientación en las prácticas arqueológicas, se empieza a observar que la composición de estos montículos artificiales estaba ceñida o restringida a normas, no menos estrictas, que las observadas en otros elementos constructivos. Por ejemplo, es frecuente que los túmulos estén formados por capas de distinta naturaleza en su contenido, o que en su interior se incorporen rocas y minerales traídos desde lejos.

8 | EL SEPULCRO MEGALÍTICO DE EL ROMERAL

8.1. CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DEL SEPULCRO DE EL ROMERAL

Sobre las técnicas constructivas de este sepulcro, tanto del túmulo como del interior, hay escasos datos si los comparamos con los otros dos dólmenes que ya hemos descrito. El principal motivo de esta carencia es que no existen actuaciones arqueológicas modernas que confirmen, o no, las tesis o explicaciones tradicionales que se vienen proponiendo durante décadas. Por tal motivo expondremos los supuestos que resultan más convincentes en nuestros días; concretamente nos referimos a las opiniones de autores como C. de Mergelina, el matrimonio Leisner o S. Giménez Reyna (ver cap. 4.2), así como del conocimiento general que se tiene, en la Historia de la Arquitectura, de la técnica para llevar a cabo construcciones tipo "tholos".

Con antelación, habíamos visto que el espacio interno de los sepulcros se construía, tanto en Menga como en Viera (ver cap. 6.1; 7.1), y en el Megalitismo en general (ver cap. 2.1), recurriendo a una técnica adintelada: **ortostatos** y **losas de cubierta** formando ángulos rectos. No obstante, existe otra fórmula para conseguir un efecto similar, sin tener que recurrir al "arco" que, como el visitante sabrá, no se conoció durante la Prehistoria; nos referimos a la elaboración de "falsas cúpulas" utilizando la técnica conocida con el nombre de **aproximación de hiladas**. En el sepulcro de El Romeral tenemos dos espléndidos ejemplos de cámaras realizadas con este recurso arquitectónico tan antiguo. Tal circunstancia viene a enriquecer, más si cabe, el interés de este Conjunto Arqueológico que se convierte en un auténtico muestrario de antigua arquitectura funeraria. Pero antes de centrarnos en su descripción debemos advertir al visitante que necesitamos enriquecer nuestro vocabulario con un nuevo término megalítico: la **mampostería**.

La idea popular y etimológica que reconoce el megalitismo como una arquitectura de grandes piedras (del griego *mega* y *lithos*) es imprecisa. Y lo es porque en muchos sepulcros no

Cerrillo Blanco. Fotografía del túmulo del sepulcro megalítico de El Romeral en los primeros años del siglo XX. Al fondo, La Peña.

se utilizó piedra alguna, como es el caso de los excavados en roca y conocidos también, como el nombre de "cuevas artificiales" (cap. 2.1) y de aquellos otros, como El Romeral, en los que se empleó, mayoritariamente, mampuestos en su construcción. Los mampuestos son lajas de mediano y pequeño tamaño, más o menos regularizadas, pero sin llegar a ser auténticos sillares y que, según qué casos, se unen unos a otros *a piedra seca*, es decir, sin utilizar argamasa alguna entre ellos o bien mediante algún tipo de mortero de arcilla. Configuran muros muy consistentes que hacen las funciones de ortostatos. Podemos hablar de una auténtica arquitectura de mampostería muy bien representada en el Megalitismo andaluz. Por lo dicho, en la descripción de El Romeral usaremos tres categorías arquitectónicas distintas: **ortostatos**, **losas de cubierta** y **mampostería**.

Exteriormente el túmulo de El Romeral no parece diferir de los otros comentados en nuestra visita. No obstante, al emplearse, como veremos, en el corredor y las cámaras la citada **mampostería** como elemento principal, el ritmo y la

Entrada del sepulcro de El Romeral.

técnica de su construcción tuvo que variar considerablemente al observado en Menga y Viera. Coherente con tal circunstancia, modificaremos, también nosotros, el orden de nuestra exposición en la que se describirán simultáneamente el sepulcro y su túmulo, de manera similar a como creemos que debieron realizarse.

La planta de El Romeral nos ofrece, nítidamente, un largo corredor que desemboca en una gran cámara funeraria de planta circular. Además, partiendo de esta misma cámara funeraria, se reproduce, a menor escala, el mismo modelo general ya descrito pero a escala notablemente menor: un segundo corredor, mucho más pequeño que da acceso a una nueva cámara funeraria de reducidas dimensiones.

Primer corredor

Cuando nos acercamos a El Romeral aparece ante nosotros la actual entrada del primero de los corredores. Hoy se nos presenta configurada, simplemente, por dos paredes de mampuestos sobre la que descansa una **losa de cubierta**. No sabemos como sería primitivamente este acceso, ni si tuvo una "puerta" similar a las que veremos en el interior. El resto del corredor reproduce el mismo esquema durante 26 metros y medio hasta alcanzar la cámara principal. Su aspecto actual responde, en gran medida, a la reconstrucción que realizara en su día Giménez Reyna. Se supone, aunque no se ha confirmado, que para su construcción no se debió realizar zanja alguna que acondicionara o moldeara previamente el sepulcro, ni tampoco se habilitaron surcos o fosas de cimentación, como ocurría tanto en Viera como en Menga; pero esto no quita que muchos sepulcros de falsa cúpula andaluces sí dispusieran de ellos. Llama nuestra atención que el corredor esté configurado por dos largos testeros con un manifiesto vuelo o inclinación hacia el interior, lo que le da cierta elegancia al conjunto y, por qué

La luz solar penetra por el corredor de El Romeral, atraviesa la cámara y llega a la camarita durante el solsticio de invierno el 19 de diciembre de 2008 a las 16'48 h.

negarlo, también cierta sensación de desasosiego al transitarlo. Tal circunstancia se explica por la técnica de **aproximación de hiladas** con la que están construidos y que describiremos detenidamente al alcanzar la cámara. Es complicado saber si estos mampuestos estaban originalmente unidos o no con barro; por lo que sabemos de otros yacimientos las piedras o losetas debieron descansar, unas en otras, ensambladas con barro y esquirlas o trozos pequeños de piedras. La anchura media del corredor es de 1,5 metros y su altura apenas alcanza los dos metros. Todo el espacio se completa, sobre nuestras cabezas, con 11 grandes **losas de cubierta** similares a las que vimos al entrar.

Corredor de El Romeral. Tiene una longitud, conservada, de 26 metros y medio. Hoy se nos presenta configurado por dos paredes de mampuestos, construidas con técnica de aproximación de hiladas sobre las que descansan varias losas de cubierta. Este compuesto de mampuestos o losetas entre los que se ubican esquirlas o trozos pequeños de piedra a modo de calzos, originalmente debió estar ensamblado con barro.

Gran cámara

Puerta de acceso a la gran cámara. Tiene dos ortostatos iniciales a continuación de los cuales se coloca otra pareja de losas verticales pero mucho más juntas; lo que genera, en conjunto, una sensación de embudo o estrechamiento muy acusada. Sobre los cuatro ortostatos descansa una gran losa de cubierta que termina por completar el espacio adintelado.

Se accede a ella a través de una puerta muy elaborada. Consta, dicha puerta, de dos ortostatos iniciales a continuación de los cuales se coloca otra pareja de losas verticales pero mucho más juntas, lo que genera, en conjunto, una sensación de embudo o estrechamiento muy acusada. Sobre los cuatro ortostatos descansa una gran **losa de cubierta** que termina por completar el espacio adintelado. El dintel de la puerta supone una acusada disminución de la altura con respecto al corredor, lo que remarca la sensación general de estrangulamiento del vano que, casi, obliga a agacharnos para acceder al interior de la cámara.

Parece que el recurso a la estrechez y la angostura de esta puerta refuerzan el efecto de amplitud y grandeza de la gran cámara funeraria. Así, de inmediato, al entrar se percibe la magnitud del espacio creado y la calidez de líneas que emanan de la falsa cúpula. La sensación de armonía es total, resultando difícil sustraerse a tal efecto. Ya, en su interior, se puede observar, más detenidamente, que el conjunto está construido totalmente con mampostería salvo la parte superior o cenital que, sobre nuestras cabezas, aparece cubierta con una gran losa o cobija. La planta de la cámara es

La planta de la **gran cámara** es circular con un diámetro en la base de 5,20 metros, mientras que el vano superior es mucho menor con tan sólo 2,20 metros de diámetro máximo. Se trata, sin duda, de uno de los mejores ejemplos peninsulares de construcción megalítica de falsa cúpula.

circular con un diámetro en la base de 5,20 metros, mientras que el vano superior, como se observa a simple vista, es mucho menor con tan sólo 2,20 metros de diámetro máximo. Esto supone que el vuelo de las paredes curvadas presenta una desviación, con respecto a la vertical, aproximadamente de 1,5 metros. Mientras que la altura total de la cámara ronda los 4 metros. Ante estas características estructurales tan espectaculares, el visitante se preguntará que técnicas arquitectónicas fueron empleadas en esta singular construcción. Por tal motivo nos detendremos en describir, aunque sea someramente, el posible procedimiento empleado en tamaña obra. En cualquier caso, y mientras no dispongamos de más información, se trata sólo de una propuesta aproximada, en la que no faltan ciertas dosis de intuición.

En la Antigüedad, para crear una falsa cúpula se empleó la técnica conocida como de **aproximación de hiladas**. En El Romeral tenemos un excepcional ejemplo de ella. Procedamos, imaginariamente, a reconstruir todo el proceso.

Inicialmente se configuraría un gran círculo o anillo de mampuestos con un diámetro máximo de unos 5 metros. Este descansaría directamente sobre el suelo natural que pudo estar previamente allanado o acondicionado. Este anillo estaría formado por una o varias hiladas paralelas de losetas y aparecería discontinuo, sólo, en el lugar o espacio destinado a la entrada. La fábrica resultante se cubriría en su derredor por el arranque del túmulo artificial externo que, poco a poco, se va a ir construyendo mediante una serie de capas de tierra y piedras, conforme se levantan nuevas hiladas. Una segunda fase repetiría, casi idénticamente, los trabajos ya descritos con la salvedad de que el segundo anillo, que lógicamente descansaría sobre el primero, tendría un diámetro ligeramente inferior, iniciando, así, un vuelo hacia el interior apenas perceptible en el arranque de la falsa cúpula pero que iría remarcándose

conforme se elevara del nivel del suelo. La clave del éxito está, como deducirá el visitante, en acompasar estas labores de estrechamiento con una buena consolidación del túmulo que simultáneamente debía ir cubriendo las nuevas hiladas de mampuestos, siempre por su cara exterior, para actuar como contrapeso de la inclinación de las paredes que, con la altura, cada vez se iba haciendo más acusada. Se dispondrían tantas hiladas como fueran necesarias hasta que el vano circular superior tuviera poco más de dos metros de diámetro, momento en el cual, y aprovechando la inclinación del túmulo artificial y su altura que tendría que ser la misma que la falsa cúpula (aprox. 4 metros), se desplazaría por él la gran losa de cubierta hasta clausurar definitivamente el vano superior. Una vez colocada, esta gran losa actuaría como la clave de un arco que distribuye uniformemente el peso por todas las paredes dando una gran consistencia a toda la edificación. Tras esta operación se podría recrecer más el túmulo (se supone que entre 4 y 6 metros más) hasta alcanzar su tamaño real. Exteriormente, el túmulo resultante tendría un diámetro de unos 75 metros y una altura total, medida desde el nivel del suelo de unos 10 metros (entiéndase 4 metros que albergan la falsa cúpula más 6 metros de la parte superior del túmulo). Puesto que el corredor y la pequeña cámara que describiremos más adelante se realizarían de manera similar y, posiblemente, simultánea a la gran cámara no reincidiremos sobre el tema.

Segundo corredor

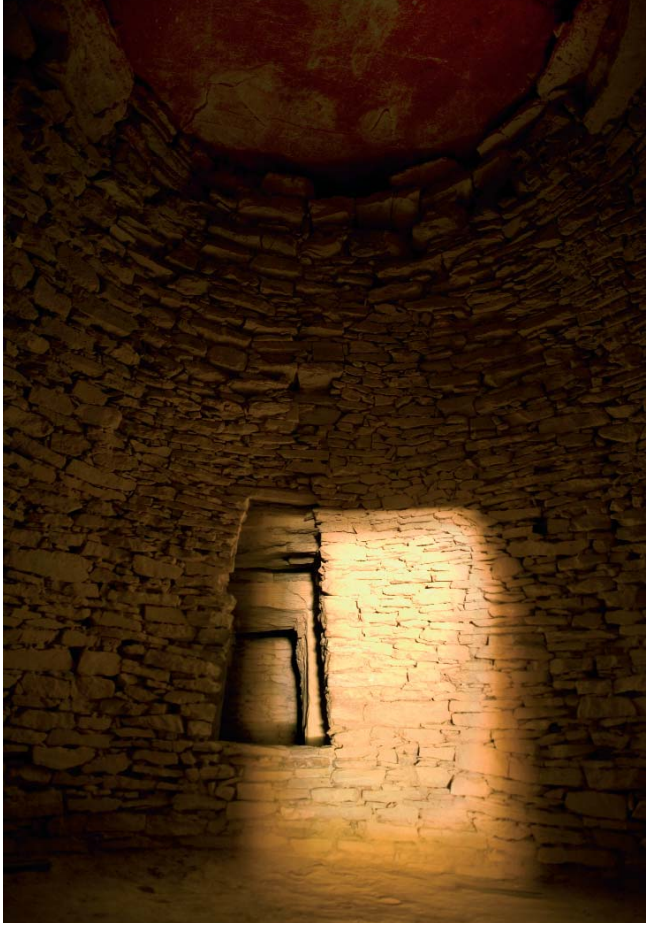
Desviado unos 10º con respecto al eje longitudinal del sepulcro, se abre un pequeño corredor o pasillo. Da acceso a la segunda de las cámaras y se trata de un sencillo vano practicado en la pared. Su suelo está elevado unos 70 cms. con respecto al de la gran cámara. Las paredes son de mampostería y de construcción similar a la del gran corredor del sepulcro. Está cubierto por dos losas a distinto nivel.

Desviado unos 10º con respecto al eje longitudinal del sepulcro, se abre desde la gran cámara un **pequeño corredor** o pasillo que da acceso a la segunda de las cámaras y se trata de un sencillo vano practicado en la pared de mampostería.

Cámara Pequeña

Como ocurría en el acceso a la primera de las cámaras, esta pequeña camarita sigue el mismo patrón y presenta también una puerta de acceso. En este caso, no obstante, sólo dos ortostatos la configuran y sobre ellos descansa la correspondiente losa de cubierta.

Pequeña cámara de El Romeral. Tiene tan sólo 2,34 metros de diámetro, mientras que el vano u orificio superior, apenas alcanza el metro de anchura y aparece clausurado por una losa de cubierta.



Entrada del sol en la cámara en el solsticio de invierno el día 21 de diciembre de 2008 a las 15,39 horas.

La base de la camarita, tiene tan sólo 2,34 metros de diámetro (la mitad prácticamente de la anterior), mientras que el vano u orificio superior, apenas alcanza el metro de anchura y aparece, también en este caso, clausurado por una losa de cubierta. Su altura máxima es de 2,40 metros. Por tanto, el vuelo que se observa en las paredes, realizadas con la técnica de aproximación de hiladas, será de unos 70 cm. (también la mitad del que se apreciaba en la gran cámara). Llamará, sin duda, la atención al visitante que el suelo esté ocupado, casi en su mitad, por una gran losa de caliza de 20 cms. de espesor, que frontalmente parece fracturada y, en su fondo, se encaja en la pared. Poco se puede decir sobre la función de esta piedra. No obstante, nada permite afirmar que se tratara, como popularmente se ha generalizado, de una losa para practicar sacrificios, y menos humanos, u ofrendas; repetimos, nada en el Megalitismo parece apuntar en esa dirección. Como también resulta

infundado considerar que en la gran cámara se depositarían los cadáveres y en la camarita sólo el **ajuar** (ver cap. 6.2). El modelo de gran cámara con camaritas anejas está muy extendido, tanto entre sepulcros megalíticos de falsa cúpula como en los sepulcros excavados en roca (cuevas artificiales) y cualquier explicación fundada tiene que tener en cuenta esta circunstancia.

8.2. LOS THOLOI EN EL MEGALITISMO ANDALUZ: UN TEMA ABIERTO

Ya prometíamos con anterioridad, al tratar sobre la cronología del Megalitismo (ver cap. 3), que finalizaríamos esta guía abordando el controvertido tema de los *Tholoi* en el Megalitismo de Andalucía. Como el visitante ya habrá advertido, aunque El Romeral comparte muchas características con los otros dos sepulcros vecinos que ya ha visitado, también presenta peculiaridades constructivas propias. Pero

La principal, pero no la única, **diferencia entre sepulcros ortostáticos y los tholoi** es el recurso, en estos últimos, de la técnica constructiva de falsa cúpula. En la comparativa entre el corredor de Viera (izquierda) y el de El Romeral (derecha) se aprecian claramente las diferencias constructivas.

las diferencia entre sepulcros ortostáticos (los construidos mediante el adintelamiento con losas verticales y horizontales; por ejemplo Menga y Viera) y aquellos dólmenes de falsa cúpula (El Romeral) van más allá de los distintos sistemas arquitectónicos que ya hemos comentado (ver caps. 6.1.; 7.1 y 8.1). Por ejemplo, se ha observado también que: **a)** aunque los tipo *tholos* están presentes en otras regiones megalíticas europeas, existe una marcada proliferación de ellos en el sur de la Península Ibérica, lo que hizo pensar, en algún momento, en un origen local en esta zona; **b)** los sepulcros ortostáticos suelen tener mayor dominancia visual y paisajística que los de falsa cúpula; **c)** los ajuares depositados en el interior (ver cap. 6.2) también observan algunas particularidades propias, así, en muchos *tholoi* se han encontrado elementos de "prestigio" como ídolos, objetos de marfil y cobre, cerámica con decoración simbólica, etc. que no se conocen, o son infrecuentes, en los sepulcros ortostáticos; **d)** con respecto a su cronología, ya hemos comentado (ver cap. 3) que los dólmenes de ortostatos son, por lo general, más antiguos (Neolítico/Calcolítico Antiguo) que los de **falsa cúpula** (Calcolítico Antiguo y Avanzado) y, **d)** por último, indicar que mientras, en todo el ámbito europeo, resulta difícil comprobar relaciones coherentes entre sepulcros ortostáticos y sus posibles poblados (ver críticas a Renfrew cap. 2.4), por el contrario, resulta muy frecuente que se puedan establecer una relación más o menos directa entre los *tholoi* y los conocidos como poblados tipo "Millares". Estos últimos son unos yacimientos frecuentes en todo el sur de la Península Ibérica y, especialmente, en el sureste de Andalucía: se caracterizan por grandes extensiones delimitadas por murallas de piedra con bastiones y con cabañas circulares en su interior. Además, su cronología corre paralela a la de los sepulcros de falsa cúpula lo que incide en fundamentar una relación histórica entre unos y otros.

Los ajuares depositados en el interior de los **sepulcros tipo tholos**, suelen presentar algunas particularidades propias, así, en muchos de ellos, se han encontrado elementos de "prestigio" como ídolos, objetos de marfil y cobre, cerámica con decoración simbólica, etc.

Todas estas diferencias, que hemos mencionado, no han pasado desapercibidas a los arqueólogos desde antiguo y ha provocado interesantes discusiones sobre la naturaleza de esta variabilidad megalítica. Como hemos hecho en otros casos, también presentaremos aquí un repaso sobre aquellas propuestas y teorías que han merecido más reconocimiento, sin pretensión alguna de dejar el tema cerrado.

Desde muy antiguo se ha explicado esta dicotomía comentada como el resultado del distinto modo de vida: los constructores de dólmenes ortostáticos serían nómadas, sin arraigo en poblados estables y con una economía mayoritariamente ganadera, y los que levantan dólmenes tipo *tholos* serían, por el contrario, poblaciones campesinas asentadas en grandes poblados (tipo Millares) y con escasa movilidad. Esta hipótesis fue especialmente bien aceptada en la época (años 70-80 del pasado siglo) en la que las teorías difusionistas defendían que, tanto poblados tipo Millares como sus necrópolis de *tholoi*, eran reflejo de la llegada de poblaciones metalúrgicas del mediterráneo oriental que se

asentarían en el sur peninsular movidas por la búsqueda de minerales (cobre, estaño, plata) muy abundantes en Andalucía. Frente a ellas, las poblaciones indígenas serían las que construirían los sepulcros de ortostatos. En ocasiones, se ha planteado la existencia de auténticas fronteras entre unos y otros que nos informaría de relaciones tensas, al menos puntuales, entre las poblaciones autóctonas y los "colonizadores".

Con la crisis del difusionismo, se empieza a defender el origen local tanto de los poblados tipo Millares como de "sus" *tholoi*. Esto lleva a que la variabilidad constructiva (ortostatos versus *tholoi*) se explique de manera bien distinta, a saber: aceptando inicialmente que las formas de vida de unos y otros constructores no diferiría sustancialmente, se explica la tardía aparición de los sepulcros de falsa cúpula como las última expresión del Megalitismo; la técnica de falsa cúpula sería, así contemplada, como el resultado natural del progreso y desarrollo de las técnicas constructivas funerarias. Podríamos hablar, con ánimo de ser entendido, de un estilo tardío de construcción funeraria, pero no necesariamente de un cambio económico, social o simbólico de mayor envergadura. Hasta el momento, estos postulados dominan la mayoría de explicaciones vertidas sobre los Dólmenes de Antequera: siguiéndolo podemos decir que estaríamos ante una (y sólo una) necrópolis en la que durante siglos se entierran las poblaciones del entorno y que en un momento tardío (cuando se construye El Romeral) incorporan nuevas técnicas arquitectónicas en la tradición megalítica del lugar (estilo evolucionado).

Por último, recogeremos algunas opiniones más recientes y con menos tradición: algunos autores sostienen que la aparición de *tholoi* realmente nos informa de la aparición de una manifiesta desigualdad social, ya, entre las poblaciones del III milenio a. C. Por un lado, existirían grupos de privilegiados o élites que controlarían ya un poder político desarraigado del parentesco clasificatorio propio de las tribus

neolíticas (ver cap. 1.3) y que controlarían, en beneficio propio, los recursos subsistenciales, especialmente, la tierra y el ganado. Para consolidar y legitimar su autoridad emergente se apropiarían simbólicamente de la forma megalítica de **falsa cúpula** para enterrar, allí, sólo a los miembros de esos linajes de privilegiados a los que se acompañaría de unos ajuares, que como hemos visto, presentan un marcado carácter de prestigio y riqueza. Para aquellas otras familias desheredadas, y para posibles poblaciones vecinas sometidas y tributarias, quedarían los dólmenes de ortostatos y los ajuares más modestos. Simplificando mucho, y sólo para hacer más comprensible estos argumentos, podríamos hablar de enterramientos de "ricos" (*tholoi*) y de "pobres" (ortostáticos).

Apuntaremos, para finalizar esta revisión, que otras propuestas, desarrolladas desde la Arqueología del Paisaje, defienden que realmente nos encontramos ante dos paisajes distintos (ver cap. 2.4). Así, se considera que durante el V y IV milenio a. C. en el sur peninsular se establece el Paisaje Monumental que es común a toda Europa Occidental, configurado por sepulcros ortostáticos, recintos de zanjas (enclosures), explotación de minas de sílex, arte esquemático y megalítico, movilidad de las poblaciones, ausencia de poblados permanentes etc. Este paisaje descrito nos hablaría de un neolítico monumental no campesino que estaría en vigor hasta mediado o finales del III milenio a. C. No obstante, en el sur de la Península Ibérica, la crisis parece adelantarse casi 500 años. Así, en torno al 3000 a. C. se extiende "otro" paisaje caracterizado ahora por sepulcros de falsa cúpula, asentamientos tipo Millares, desaparición de los recintos de zanjas y otros monumentos megalíticos no funerarios (por ejemplo menhires), disminución del arte esquemático parietal, aparición de cerámicas con motivos simbólicos, objetos de marfil, etc. El cambio en la tipología de los sepulcros, así entendido, sólo reflejaría un aspecto de un cambio económico, social y simbólico mucho más profundo.

dólmenes de antequera

e p í l o g o

Desde el atrio de Menga, la salida del sol y La Peña. El amanecer en solsticio de verano de 2007 a las 7'33 h.

E P Í L O G O

El principal objetivo de esta guía ha sido facilitar al visitante del **Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera** una comprensión científica y, a la vez, didáctica, de este singular yacimiento megalítico. La obra permite una lectura "a pie de campo" como complemento de la observación directa de los sepulcros (especialmente la tercera parte de la obra) y, también, otra más reposada antes y/o después de la visita. En cualquier caso el lector debe saber que se enfrenta a uno de los problemas históricos de mayor complejidad: el Megalitismo. Las opiniones y teorías recogidas en este libro son algunas de las que están en vigencia a comienzos del siglo XXI pero las grandes preguntas siguen en pie, y no estamos seguros de habernos acercado mucho más a la verdadera naturaleza de estas construcciones y a la de las poblaciones que las levantaron. No obstante, esto no debe menospreciar la ingente labor investigadora que desde hace varios siglos se viene realizando en la disciplina prehistórica en general y en el estudio de los Dólmenes de Antequera en particular. Como muy bien apuntó Lady Tenison en su visita al sepulcro de Menga a mediados del siglo XIX, el yacimiento parece continuar envuelto… *"en un antiguo halo de misterio, cuya utilidad aún no se ha decidido ni se conoce, haciendo dificilísima la más paciente investigación ¡un objeto de estudio para que las distintas generaciones aprendan a teorizar sobre él!"….* Fiel a ese solemne encargo debe entenderse la modesta tarea de los autores de este texto y, sin duda, también con esa intención se emprenden, hoy día, los numerosos proyectos de investigación que en los próximos años deberán aportar nuevas teorías sobre el conjunto. Pero eso será otra historia. Mientras tanto, todos nos debemos comprometer con la conservación del yacimiento para que las futuras generaciones puedan seguir disfrutando e investigando este prodigioso lugar.

Para finalizar, los autores de esta obra quieren agradecer la colaboración recibida por parte de nuestros compañeros del Área de Prehistoria de la Universidad de Málaga, Ignacio Marqués y José Ferrer, quienes han dedicado una parte importante de su labor investigadora a los sepulcros de Antequera y al yacimiento del Cerro Marimacho. Ellos nos han aportado materiales inéditos y consejos muy valiosos sobre el contenido de la guía, pero, sobre todo, siempre nos trasmitieron su entusiasmo por este yacimiento singular. Igualmente nuestro reconocimiento a Bartolomé Ruiz, director del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera que ha confiado en nuestra labor y nos ha facilitado información y materiales esenciales para la redacción de esta guía. En esta tarea no podemos olvidar a Rosa Enriquez y Miguel Angel Checa del Centro de Documentación y Biblioteca Virtual de la Prehistoria de Andalucía *Antonio Arribas*; o a José Escalante director de Archivo Municipal de Antequera. Y, qué duda cabe, a todos los hombres y mujeres que se sintieron atraídos por los dólmenes y que desde sus posibilidades y sabiduría se entregaron a ellos durante siglos. Gracias.

dólmenes de antequera

g l o s a r i o

La Peña desde la Sierra del Arca.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

AJUAR. Conjunto de objetos que se depositan junto al cadáver. Puede tratarse de cosas cotidianas o, por el contrario, fabricadas *ex profeso* para integrar el ritual funerario. Se trata de una tradición hoy en día perdida en los países de occidente pero con vigencia en otras culturas y otros tiempos.

ALMAGRA. Se trata de óxido de hierro más o menos arcilloso que se encuentra abundantemente en la naturaleza. Tradicionalmente se ha utilizado como colorante. En la Prehistoria se ha empleado como pigmento para realizar pinturas rupestres o para cubrir el esqueleto humano en ciertas prácticas funerarias. En el Neolítico de Andalucía, además, se empleó más o menos diluido en agua como colorante para decorar muchos recipientes cerámicos. Esta técnica es conocida entre los arqueólogos como "cerámica a la almagra".

ANIMISMO. No se trata propiamente de una religión sino de una forma de percibir y conocer la realidad. A diferencia de la nuestra, donde los fenómenos de la naturaleza se relacionan mecánicamente según leyes universales, en la forma animista de la experiencia todos los fenómenos son vistos como obra de alguien, como intencionados o planeados. Todos los seres (vivos o inertes, reales u oníricos) comparten un mismo principio vital (ánima) y se comportan, más o menos, igual que los seres humanos. El tipo de conocimiento animista (propio de sociedades ágrafas) precede al tipo de conocimiento científico aunque son sustancialmente distintos y uno no es la evolución del otro.

APROXIMACIÓN DE HILADAS (técnica de). Hace referencia a una vieja técnica arquitectónica que permite crear espacios cerrados, a modo de falsa cúpula, sin recurrir al arco. Básicamente, para ello emplea un sistema de hiladas

concéntricas de sillares o mampuestos que, conforme alcanzan altura la cúpula se van estrangulado y disminuyendo su diámetro hasta crear, cenitalmente, un hueco que se terminaba de cerrar con una losa. En el mundo clásico se conoce como ***tholoi*** a las construcciones realizadas con esta técnica de aproximación de hiladas.

CALCOLÍTICO. Sinónimo de la Edad del Cobre y se refiere a la etapa de la prehistoria, situada a caballo entre el final del Neolítico y la edad del Bronce, en la que aparecen las primeras evidencias de técnicas metalúrgicas. Tales prácticas suponen ya la reducción del mineral de cobre (fundición) y la realización de objetos empleando moldes o simplemente golpeando el metal resultante en frío.

CONJUNTOS ARQUEOLÓGICOS. Son Instituciones del Patrimonio Histórico que como Espacios Culturales, ejercen la tutela y valorización de aquellos bienes que por su relevancia patrimonial cuentan con un órgano de gestión propio, que asumen funciones generales de administración y custodia del legado que tengan encomendado. Especialmente formularán y ejecutarán un Plan Director que desarrollará programas en materia de investigación, protección, conservación, difusión y gestión con el objetivo de alcanzar la tutela patrimonial efectiva.

CROMLECH. Término bretón que hace referencia a un espacio circular configurado o delimitado por un anillo de bloques o grandes piedras. Son recintos muy frecuentes en el megalitismo occidental aunque apenas si se conocen en Andalucía. Se suele identificar en ellos lugares de encuentro o espacios ceremoniales.

DOLMEN. Palabra bretona que significa *mesa de piedra*. Popularmente, y por extensión, se suele hacer referencia a los *dólmenes* como sinónimo de *monumento megalítico* aunque esto es inexacto. Su correspondencia más precisa sería con los *sepulcros megalíticos de corredor y galería* que, formalmente, presentan una estructura interna que recuerda una mesa de piedra más o menos alargada.

ENCLAVES ARQUEOLÓGICOS. Son espacios abiertos al público que por sus condiciones y características no requieran de un órgano de gestión propio, que asumen funciones generales de administración y custodia de los bienes que tengan encomendados, y especialmente formularán y ejecutarán un Plan Director que desarrollará programas en materia de investigación, protección, conservación, difusión y gestión con el objetivo de alcanzar la tutela patrimonial efectiva.

ESPACIOS CULTURALES. Son las Instituciones del Patrimonio Histórico que ejercen la tutela sobre el área comprendida por aquellos inmuebles inscritos en el Catálogo General del Patrimonio Histórico Andaluz, o agrupaciones de los mismos, que por su relevancia o significado en el territorio donde se emplazan se acuerde su puesta en valor y difusión al público. Se clasifican en Conjuntos y Parques Culturales.

FALSA CÚPULA. (ver aproximación de hiladas)

HOLOCENO. Última y actual época dentro del período geológico conocido como Cuaternario. Se diferencia de la fase anterior, el Pleistoceno, por la disminución del glaciarismo y, en general, por un calentamiento del planeta. Coincide, también, con la disminución de la **megafauna.** Durante este periodo, que arranca aproximadamente en torno a 10.300 / 9.800 a.C se desarrolla un proceso de aceleración histórica en muchos lugares del planeta que hace casi desaparecer la forma de vida de los cazadores-recolectores.

LOSAS DE CUBIERTAS O COBIJAS. Son grandes piedras que descansan sobre la parte superior de los **ortostatos** para crear las cámaras y corredores megalíticos.

MAMPOSTERÍA. Sistema tradicional de construcción de muros y tabiques mediante la colocación manual de piedras más o menos regulares. Dichas piedra o mampuestos pueden estar unidos mediante argamasa o mortero.

MEGAFAUNA. Hace referencia a los grandes animales (entre 500 k y 1 Tonelada), especialmente mamíferos, que habitaron durante el Pleistoceno y fueron la base de la alimentación de las poblaciones paleolíticas. El cambio climático ocurrido durante el **Holoceno** provocará que muchas de estas especies desaparezcan (el Mamut es el caso más conocido) o se trasladen a latitudes más extremas del planeta.

NEOLITIZACIÓN. Proceso histórico por el que ciertas poblaciones, cuyas actividades subsistenciales son la caza, la pesca y la recolección, incorporan, más o menos rápidamente, formas de producción económica como la agricultura y/o la ganadería como consecuencia de los estímulos, directos o indirectos, que reciben de otros grupos humanos ya neolíticos. Por lo que sabemos, se trata de la forma generalizada que explica este cambio económico en la Prehistoria pues fueron muy pocos los grupos que desarrollaron autóctonamente la domesticación de plantas y animales.

ORTO SOLAR. Cualquier astro y el sol en particular está en orto cuando atraviesa el plano del horizonte y pasa a nuestro hemisferio. Marca el comienzo del día y es lo contrario del ocaso solar. Dependiendo de las estaciones, el orto solar se produce por lugares distintos del horizonte a lo largo del año.

ORTOSTATOS. Losas verticales que se emplean para realizar construcciones megalíticas. Suelen estar anclados en el interior de la tierra y sobre ellos se disponen las **losas de cubierta.**

PARQUES CULTURALES. Son Instituciones del Patrimonio Histórico que como Espacios Culturales, ejercen la tutela y valorización sobre aquellos bienes que abarcan la totalidad de una o más Zonas Patrimoniales y que por su importancia cultural requieran la constitución de un órgano de gestión en el que participen las Administraciones y sectores implicados.

RED DE ESPACIOS CULTURALES DE ANDALUCÍA (RECA). Se configura como un sistema integrado y unitario formado por aquellos Espacios Culturales ubicados en el territorio de la Comunidad que sean incluidos en la misma, así como aquellos Enclaves abiertos al público que se determinen.

RITO DE TRÁNSITO. Son ceremonias en las que los individuos cambian de estatus o condición dentro del grupo al que pertenecen. Entre ellos destacan los ritos de iniciación, (relacionados con la mayoría de edad social) o, entre otros, las bodas o los ritos funerarios. Curiosamente, la mayoría de ellos (especialmente los de iniciación) suelen tener, en todos los casos conocidos, una estructura o liturgia tripartita en la que se observa estrictamente unos actos preliminares (en los que el individuo o iniciado es secuestrado o arrebatado de su familia o grupo), otros liminares (en los que se produce el tránsito o mutación social, muchas veces acompañado de sacrificios físicos y psíquicos muy exigentes) y, finalmente, los postliminares en los que el individuo vuelve a integrarse en el grupo pero ya con un nuevo estatus (sea el de adulto, marido, espíritu, antepasado, etc.). La celebración de estos ritos de tránsito suele articular la vida social de las poblaciones primitivas (algo parecido a lo que ocurre en las actuales) y son momentos especiales en los que se establecen relaciones de identidad y poder dentro de la sociedad que los lleva a cabo.

THOLOS (Tholoi en plural). **(ver técnica de aproximación de hiladas).**

TRILITO. Se trata de un término en desuso. No obstante, podemos indicar que popularmente hace referencia a una construcción megalítica formada por dos ortostatos y una losa de cubierta que crean un espacio adintelado. Los más populares son los que configuran uno de los anillos interiores de Stonehenge.

dólmenes de antequera

bibliografía

La luna sobre el Cerro Marimacho.

BIBLIOGRAFÍA (ordenada cronológicamente)

Documentos S. XVI:

■ TEJADA PÁEZ, Agustín de: ***Discursos Históricos de Antequera***. Copia manuscrita de Juan y Manuel Quirós de los Ríos, 1886. Tomo I. Fondo Serrano Morales de la Biblioteca Municipal de Valencia, 1587. Transcripción publicada en 2005 por A. Rallo Gruss, Diputación y Universidad de Málaga.

Documentos S. XVII:

■ TEJADA Y NAVA, Francisco de: ***Historia de la Ciudad de Antequera***. Copia manuscrita de Juan Quirós de los Ríos, 1881. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Madrid, ca. primer cuarto del siglo XVII.

■ CABRERA, Francisco: ***Descripción de la fundación, antigüedad ilustre y grandezas de la muy noble Ciudad de Antequera***. Copia manuscrita de Luis de la Cuesta, 1679. Archivo Historico de Antequera (AHMA), 1649.

■ CABRERA, Francisco: ***Descripción de la fundación, antigüedad ilustre y grandezas de la muy noble Ciudad de Antequera***. Copia manuscrita de José de la Fuente Herrera, 1846. AHMA, 1649.

■ MÉNDEZ SILVA, Rodrigo: ***Población general de España: sus trofeos, blasones y conquistas heroicas***: **reales genealogías y catálogos de dignidades eclesiásticas y seglares**. Madrid: Juan Martín, 1675.

Documentos S. XVIII:

■ ***Historia compendiada de Antequera***. Copia manuscrita de José Quirós de los Ríos, 1886. Antequera, ca. finales del siglo XVIII.

■ ESTRADA, Juan Antonio: ***Málaga y su provincia en los siglos XVII y XVIII***. Edición y estudio preliminar de SALAFRANCA J.F. Málaga: Algazara, 1991. Reproducción facsímil de la edición de Madrid: Andrés Ramírez, 1768.

■ GARCÍA DE YEGROS, Alonso: ***Historia de la antigüedad, y nobleza de Antequera. Situación, Privilegios, inscripción de lapidas, y epitafios romanos, y su conquista hecha por El infante Don. Fernando: y otras varias noticias*** / *Sacada por El Doctor Alonso García de Yegros, Canónigo Doctoral, y después Dignidad de la Sta. Iglesia de Baza, Natural de Antequera. Añadida por D. Luis de la Cuesta Canónigo de esta Sta. Iglesia Colegiata*. Copia manuscrita. Antequera, ca. último cuarto del siglo XVIII.

Documentos S. XIX:

■ ***Descripción de la ciudad de Antequera***. Tomo III. Ca. 1814.

■ SOLANA, Francisco: ***Historia de Antequera***. Copia manuscrita. Tomo I, 1814.

■ CARRASCO LUQUE, Diego: ***Memorias de Antequera***. Copia manuscrita, 1840.

■ FERNÁNDEZ, CRISTÓBAL: ***Historia de Antequera desde su fundación hasta el año de 1800***. Málaga: Imprenta del Comercio, 1842.

■ MITJANA Y ARDISON, Rafael: ***Memoria sobre el templo druida hallado en las cercanías de la ciudad de Antequera, provincia de Málaga***. Málaga: Imprenta de José Martínez Aguilar, 1847.

■ CHAO, Eduardo: ***Historia General de España del Padre Mariana***, completada por Eduardo Chao. Madrid: Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1848.

■ MARZO, Ildefonso: ***Historia de Málaga y su provincia***. 2ª ed. corregida, *aumentada y adicionada con la Revista Geográfica concordante de toda su superficie*. Málaga: Imprenta y Librería de Don Francisco Gil Montes, 1850.

■ TENISON, Louisa: ***Castile and Andalucia.*** London: Richard Bentley, 1853.

■ GÓNGORA Y MARTÍNEZ, Manuel de: ***Antigüedades***

Prehistóricas de Andalucía. Estudio preliminar de Pastor Muñoz, M. y Pachón Romero, J. A. Granada: Universidad, 1991. Reproducción facsímil de la edición de Madrid: Imprenta C. Moro, 1868.

■ ROJAS, Trinidad de: **"La Cueva de Menga".** *En El Genil. Semanario de Literatura*. Año II, nº 15, 21 de enero de 1874, págs. 57-58.

■ ROJAS, Trinidad de: **"La Cueva de Menga"**. *En El Genil. Semanario de Literatura*. Año II, nº 16, 28 de enero de 1874, págs. 61-62.

■ ROJAS, Trinidad de: **"La Cueva de Menga**". *En El Genil. Semanario de Literatura*. Año II, nº 17, 7 de febrero de 1874, págs. 65-66.

■ ROJAS, Trinidad de: **"La Cueva de Menga**". *En El Genil. Semanario de Literatura*. Año II, nº 18, 14 de febrero de 1874, págs. 73-74.

■ ROJAS, Trinidad de: ***Historia de Antequera***. Tomo I. Antequera: Imprenta de M. Pérez de la Manga, 1879.

■ CARTAILHAC, Emile de: ***Les Ages préhistoriques de L'Espagne et du Portugal***. París: CH. Reinwald Libraire, 1886.

Documentos S. XX:

■ VELÁZQUEZ BOSCO, Ricardo: "**Cámaras sepulcrales descubiertas en término de Antequera**". *En Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, nº 5. Madrid: junio, 1905, págs. 1-7.

■ GÓMEZ-MORENO GONZÁLEZ, Manuel: "**Arquitectura tartesia: la necrópoli de Antequera**". En *Boletín de la Real Academia de la Historia*, nº 47, julio - septiembre. Madrid: Real Academia de la Historia, 1905, págs. 81-132.

■ AMADOR DE LOS RÍOS, Rodrigo: ***Catálogo de los monumentos históricos y artísticos de la provincia de Málaga***. Copia mecanografiada, 1907.

■ ROJAS, Trinidad de: ***Descripción de la Cueva de Menga***. Málaga: Imprenta Fin de Siglo, 1910.

■ OBERMAIER, Hugo: "**El Dolmen de Matarrubilla**". En *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.* Memoria nº 28. Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales. 1919.

■ OBERMAIER, Hugo: ***Die Dolmens Spaniens. Mitteilungen der Anthropologischen Gesells*.** Viena, 1920.

■ PARÍS, Pierre: ***Promenades Archéologiques en Espagne***. París: Ernest Leroux, 1921.

■ CASCALES MUÑOZ, José: ***Excursiones por Andalucía***. Administración del Noticiero – Guía de Madrid. Madrid, 1921.

■ MERGELINA, Cayetano de: "**La necrópoli tartesia de Antequera**". *En Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. Memorias. Año I. Tomo I. mayo 1921, marzo 1922. Madrid: Museo Antropológico Nacional, 1921 – 1922.

■ OBERMAIER, Hugo: ***El Dolmen de Soto*** **(Trigueros; Huelva)**. Huelva: Diputación, 1991. Reproducción facsímil de la edición de Madrid: Fototipia de Hauser y Menet, 1924.

■ BREUIL, H. y BURKITT, M.C. ***Rock painting of southern Andalusian***, Oxford and the Claredon press, 1929.

■ HEMP, W.J.: "**The Passage Graves of Antequera, and Maes Howe, Orkney**". En *Antiquaries Journal*, 14, 1934, págs. 405-413.

■ LEISNER, Georg. "**Puertas perforadas en sepulcros megalíticos de la Península Hispánica**". En *Corona de Estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria dedica a sus Mártires*. Tomo I, Madrid, 1941, págs.107-124.

■ LEISNER, Georg; LEISNER, Vera: ***Die Megalithgräber der***

Iberischen Halbinsel: Erster Teil, der Süden: Tafelband / Georg und Vera Leisner. Berlín: Verlang Von Walter de Gruyter & Co., 1943.

■ GIMÉNEZ REYNA, Simeón: ***Memoria arqueológica de la provincia de Málaga hasta 1946***. Introducción de PUERTAS TRICAS, Rafael. Málaga: Diputación, 1996. Reproducción facsímil de la edición de Madrid: Ministerio de Educación Nacional, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, 1946.

■ GIMÉNEZ REYNA, Simeón: ***Los Dólmenes de Antequera***. Antequera: Caja de Ahorros y Préstamos de Antequera, 1968.

■ LEIVA ROJANO, Juan Antonio; RUIZ GONZÁLEZ, Bartolomé: "**Materiales arqueológicos del Cerro de Antequera"**. En *Jábega*, nº 19 tercer trimestre. Málaga: Diputación. 1977, págs. 15-18.

■ BARROSO, Cecilio y MEDINA, Francisca. "**Avance al estudio de las pinturas esquemáticas de las Peñas de Cabrera. Casabermeja. Málaga**". En *Zephyrus* XXXIV-XXXV. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1982, págs. 269-284.

■ LUNA FERNÁNDEZ-ARAMBURU, Rocío; SERRANO BARBERAN, Concepción: ***Planos y dibujos del Archivo de la Catedral de Sevilla***. Sevilla: Diputación; Guadalquivir, 1986.

■ FERRER, José Enrique; BALDOMERO, Ana y GARRIDO, Antonio: "**El Cerro de Marimacho (Antequera, Málaga)**". En Baetica, Estudios de Arte, Geografía e Historia, nº 10. Málaga: Universidad. 1987, págs. 179-183.

■ MARQUES, Ignacio. "**El yacimiento de Alcaide (Antequera-Málaga). Campaña de excavaciones de 1987**". Anuario Arqueológico de Andalucía, 1987, vol. II Actividades Sistemáticas. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1990, págs. 269-270.

■ HARO RUIZ, Enrique: "**Ordenación del conjunto dolménico de Antequera**". En AAVV, *Monumentos y proyecto*.

Jornadas sobre criterios de intervención en el patrimonio arquitectónico, Madrid, 19-23 octubre 1987. Madrid: Ministerio de Cultura, 1990, págs. 94-99.

■ FERRER PALMA, José Enrique y MARQUÉS MERELO, Ignacio: "**Informe de las actuaciones realizadas en la necrópolis megalítica de Antequera (Málaga) durante 1991**". En Anuario Arqueológico de Andalucía, III, Actividades de urgencia. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1991, págs. 358-360.

■ FERRER PALMA, José Enrique: "**La necrópolis megalítica de Antequera: proceso de recuperación arqueológica de un paisaje holocénico en los alrededores de Antequera, Málaga**". En *Baetica*, nº 19 (I). Málaga: Universidad, 1997, págs. 351-370.

■ FERRER PALMA, José Enrique: "**Proyecto de reconstrucción arquitectónica y paleoambiental en la necrópolis megalítica de Antequera (1985-1991): aspectos metodológicos**". En Martín Ruiz, J.M.; Martín Ruiz, J.A. y Sánchez Bandera, PJ. (eds.). *Arqueología a la carta: relaciones entre teoría y método en la práctica arqueológica*. Málaga: Diputación, 1997, págs. 119-144.

■ ESPINOSA GAITÁN, Jesús: "**Estudio petrográfico de los materiales de los Dólmenes de Antequera**". En *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, Año VI, nº 25, diciembre, 1998, págs. 80-88.

■ MÁRQUEZ ROMERO, José Enrique; MORENTE DEL MONTE, María: "**Plan Director para la interpretación y puesta en valor de Los Dólmenes de Antequera (Málaga)**". En XXV Congreso Nacional de Arqueología, Valencia, 1999, 24-27 de febrero. Valencia: Diputación de Valencia, 1999, págs. 58-64.

■ MÁRQUEZ ROMERO, José Enrique: ***El megalitismo en la provincia de Málaga: breve guía para su conocimiento e interpretación***. Colección Conocer Málaga, 6. Málaga: Universidad de Málaga, 2000.

■ CÁMARA, J.A.: ***El ritual funerario en la Prehistoria Reciente en el Sur de la Península Ibérica.*** BAR International Series 913. Oxford, 2001.

■ LÓPEZ-BURGOS, María Antonia: "**Por tierras de Antequera. Relatos de viajeros ingleses durante el siglo XIX**". En Revista de Estudios Antequeranos, vol. 12, Antequera: Biblioteca Antequerana de Unicaja, 2001, págs. 331-388.

■ SANCHIDRIÁN, José Luis: ***Manual de Arte prehistórico***. Barcelona: Ariel, 2001.

■ BELMONTE AVILÉS, Juan Antonio; HOSKIN, Michael: **Atlas de Arqueoastronomía del Mediterráneo antiguo**. Madrid: Equipo Sirius, 2002.

■ RODRÍGUEZ VINCEIRO, Francisco José; MÁRQUEZ ROMERO, José Enrique: "**Dataciones absolutas para la Prehistoria reciente de la Provincia de Málaga: una revisión crítica**". En Baetica, nº 25. Málaga: Universidad, 2003, págs. 313-353.

■ BAENA, Luis: "**Semblanza de D. Manuel de Góngora y Martínez (1822-1884) y sus estudios sobre arqueología clásica**" En Baetica, nº 25, Malaga: Universidad, 2003, págs. 355-375.

■ ESCALANTE JIMÉNEZ, José y FERNÁNDEZ PARADAS, Mercedes: "**Las historias de Antequera: una aproximación a los orígenes de la historiografía antequerana (siglos XVI – XVII)"**. En Baetica, nº 25. Málaga: Universidad, 2003, págs. 683-695.

■ BUENO, P.; BALBÍN, R. de y BARROSO, R.: "**Arte megalítico en Andalucía: una propuesta para su valoración global en el ámbito de las grafías de los conjuntos productores del Sur de Europa**". *Los enterramientos en la Prehistoria Ibérica durante la Prehistoria Reciente*. En Mainake nº XXVI. Málaga: Diputación, 2004, págs. 29-62.

■ MARQUÉS, Ignacio; FERRER, José .Enrique; AGUADO, Teresa y BALDOMERO, Ana: "**La necrópolis megalítica de Antequera (Málaga): historiografía y actuaciones recientes**". En Baetica, nº 26. Málaga: Universidad, 2004, págs. 173-189.

■ FERRER, José Enrique; MARQUÉS, Ignacio; BALDOMERO, Ana y AGUADO, Teresa: "**Estructuras tumulares y procesos de construcción en los sepulcros megalíticos de la provincia de Málaga. La necrópolis megalítica de Antequera**". En *Los enterramientos en la Península Ibérica durante la Prehistoria Reciente*, Revista Mainake nº XXVI. Málaga: Diputación de Málaga, 2004, págs.177-210.

■ MARQUÉS, Ignacio; FERRER, José Enrique; AGUADO, Teresa. y BALDOMERO, Ana: "**Proyectos sobre la Edad de Cobre en Antequera (Málaga)**". En Actas del III Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja: *Las primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*. Fundación Cueva de Nerja, 2004, págs. 238-260.

■ FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, L.E.; ROMERO PEREZ, M. y RUIZ DE LA LINDE, R.: "**Resultados preliminares de los trabajos de control arqueológico de los trabajos de consolidación del sepulcro megalítico de Viera, Antequera**". En Anuario Arqueológico de Andalucía 2003, vol. III. Actividades de Urgencia: informes y memorias, vol.2. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2006, págs. 89-99.

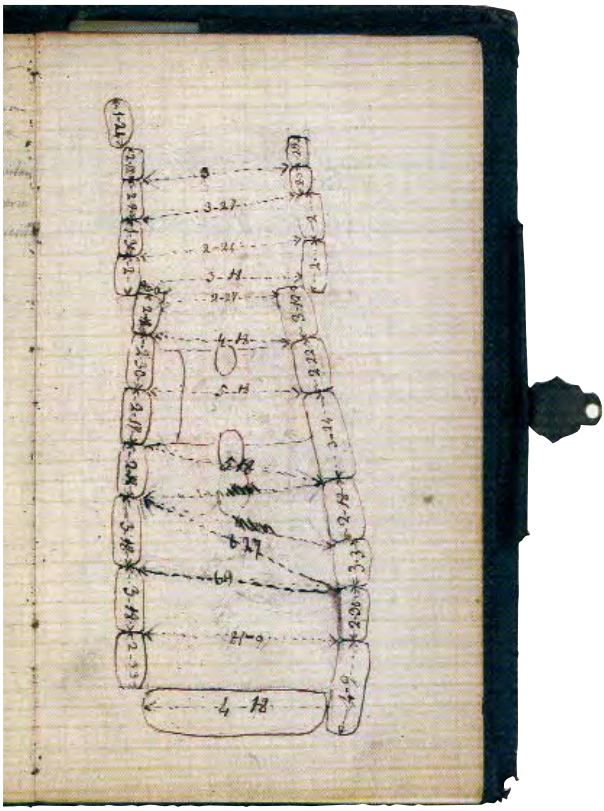
dólmenes de antequera

centro de documentación y biblioteca virtual de la prehistoria de andalucía
antonio arribas

Retrato de Antonio Arribas Palau. Bronce de Mester Artis.
El Centro de Documentación y Biblioteca Virtual de la Prehistoria de Andalucía lleva el nombre del Profesor Antonio Arribas Palau, que fue Catedrático de Prehistoria y Etnología de la Universidad de Granada y Premio Andalucía de Patrimonio Histórico.

En el Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera se encuentra el **Centro de Documentación y Biblioteca Virtual de la Prehistoria de Andalucía *Antonio Arribas***. A través de un Servicio de Información ayudará al conocimiento y difusión de la Prehistoria de Andalucía. Estamos hablando, en definitiva, de la creación de un espacio que sirva de herramienta de trabajo y apueste por las nuevas tecnologías, para poder responder a los retos planteados por la Sociedad de la Información.

Cueva de Menga en Antequera, 1904. Retrato a la entrada de la cueva durante una excursión. Manuel Gómez-Moreno González de pie en lo alto del túmulo. Fotografía de Juan Cabré Aguiló.



Cueva de Menga en Antequera, septiembre de 1868. Dibujo a tinta de Manuel Gómez-Moreno González.

El Centro de Documentación cuenta con el **Sistema de Información de la Prehistoria de Andalucía (SIPA)**, que pondrá a disposición de investigadores y público en general toda la documentación y bibliografía referida a la Prehistoria de Andalucía. El acceso a esta información se realizará a través de la futura Web del Conjunto Arqueológico. La **Compilación Documental y Bibliográfica de los Dólmenes de Antequera** es el primer producto del Sistema, tras una extensa labor de investigación por numerosos archivos y bibliotecas. El fin último del proyecto, su difusión en un entorno web, se cumple a través del Portal del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, proporcionando una

plataforma que contribuirá así a la valorización de los Dólmenes de Antequera.

El servicio que ahora ofrece el Centro de Documentación, es la **Compilación Documental y Bibliográfica de los Dólmenes de Antequera**, que tiene como objetivo la difusión de la documentación histórica y las publicaciones existentes sobre la necrópolis megalítica de Antequera. En total, han sido localizados alrededor de 300 registros, 200 documentos y 100 monografías o artículos que están disponibles en formato digital a través del siguiente enlace: www.juntadeandalucia.es/iaph/portal/Productos/BasesDatos/BDBlibliografica/pagina3.html

La Cueva de Menga. Grabado de F. Ruiz publicado en *El Museo Universal* en 1861.

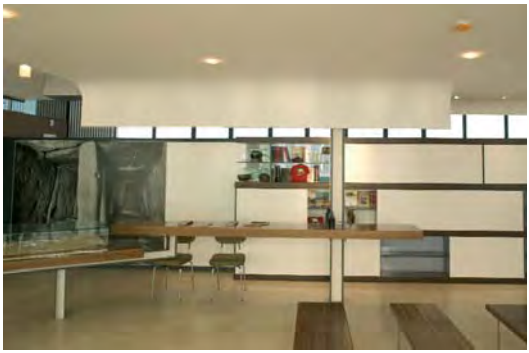
dólmenes de antequera

centro de recepción

Imagen nocturna del **acceso al Centro de Recepción** del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera.

Para el correcto funcionamiento de las visitas, el Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera cuenta con una serie de servicios de atención al público. Entre ellos destaca el **Centro de Recepción**, un edificio de dos plantas que dispone de una sala para la acogida. En ella, se encuentran la tienda y un espacio destinado a la proyección de audiovisuales. En este lugar se entrega un folleto informativo y se comunica el programa de actividades a realizar.

Edificio del **Centro de Recepción** y zona de aparcamientos. En el interior, la sala de acogida cuenta con una zona para proyección de audiovisuales y tienda.



Visitas guiadas

Para el desarrollo de los itinerarios, el Centro de Recepción cuenta con un servicio de visitas guiadas (Pág. 211) que ofrece al público un interesante abanico de posibilidades. Se empieza con la proyección del audiovisual "Menga. Proceso de construcción" y continúa por el siguiente recorrido: Observatorio del Caminante, Centro Solar y Campo de los Túmulos de Viera y Menga. Finalmente se visita el Tholos de El Romeral. El carácter de singularidad del conjunto megalítico de Antequera es su entorno paisajístico, en el que destaca su relación con una formación natural de gran prominencia y significación cultural: la conocida como La Peña que recuerda por su forma la cara de una mujer durmiente.

Los recorridos se realizan cada hora, durante el horario normal de apertura. Aunque no es imprescindible, se aconseja que los grupos hagan reserva previa en los teléfonos o correo-e indicados (pág. 211).

Desarrollo de la visita acompañados de un guía.

Un sábado al mes se realizan visitas guiadas por especialistas de distintas disciplinas: Prehistoria, Arqueología, Urbanismo, Antropología... que permiten una aproximación a los Dólmenes de Antequera desde distintas perspectivas.

Visita de especialistas en el atrio de Menga acompañados del Director del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera. De izquierda a derecha: 1 Karl Goran Sjögren - Profesor de Prehistoria, Universidad de Göteborg, Suecia. 2 **Jean Guilaine** - Catedrático de Prehistoria, Collège de France, París, Francia. 3 **Leonardo García Sanjuán** - Profesor de Prehistoria, Universidad de Sevilla, España. 4 **Bettina Schulz Paulsson** - Investigadora, Universidad de Kiel, Alemania. 5 **Mercedes Murillo Barroso** - Investigadora, CSIC, España. 6 **Francisco Carrión Méndez** - Profesor de Prehistoria, Universidad de Granada, España. 7 **Philine Kalb** - Prehistoriadora, Instituto Arqueológico Alemán, Alemania. 8 **Colin Richards** - Catedrático de Prehistoria, Universidad de Manchester, Reino Unido. 9 **Manuel Calado** - Profesor de Prehistoria, Universidad de Lisboa, Portugal. 10 **Chris Scarre** - Catedrático de Prehistoria, Universidad de Durham, Reino Unido. 11 **Patricia Murrieta Flores** - Investigadora, Universidad de Southampton, Reino Unido. 12 **Michael Parker Pearson** - Catedrático de Prehistoria, Universidad de Sheffield, Reino Unido. 13 **Bartolomé Ruiz González** - Director del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera, España. 14 **Elías López-Romero** - Investigador, Universidad de Rennes, Francia. 15 **Sra. de Jean Guilaine**. 16 **Roger Joussaume** - Profesor de Prehistoria, CNRS, París, Francia. 17 **Marta Díaz-Zorita Bonilla** - Investigadora, Universidad de Durham, Reino Unido.

¿Te gustaría conocer la Prehistoria?

Ante los monumentos, el visitante podrá descubrir el modo de vida de unas sociedades de hace 5000 años: su cultura, conocimientos astronómicos, la importancia de la muerte, sus utensilios y herramientas, el esfuerzo colectivo y su enorme capacidad de

Cartel. **¿Te gustaría conocer la Prehistoria?**, actividad que se desarrolla durante todo el año.

construcción. Nos acercamos así a una comprensión global del fenómeno megalítico a través de los sepulcros más importantes de Europa: Menga, Viera y El Romeral.

En el **Centro Solar** conoceremos las principales orientaciones de los dólmenes de la Península Ibérica.

Viaje a la Prehistoria

Proponemos un viaje a la Prehistoria donde los visitantes podrán descubrir sitios y paisajes prehistóricos de las Tierras de Antequera.

Las visitas guiadas se realizan durante todo el año.

Por la Vega de Antequera

Desde la amplitud y fertilidad de la llanura, a la presencia de hitos paisajísticos tan significativos como la Laguna de Fuente de Piedra, el Cerro Marimacho, La Peña o el fondo lejano de El Torcal. Y, como testigos monumentales de este territorio, los Dólmenes de Antequera. La magnitud del fenómeno megalítico parece explicarse por la presencia, en una posición central, de los grandes poblados de El Perezón, Colchado y El Silillo. Unos asentamientos en los que se produce una amplia explotación de todos los recursos del lugar, desde la agricultura cerealista de la llanura, a la ganadería itinerante y la caza, como manifiestan los materiales almacenados en sus silos.

Desde la cima de La Peña. El paisaje de los Dólmenes de Antequera **entre El Torcal y La Vega.**

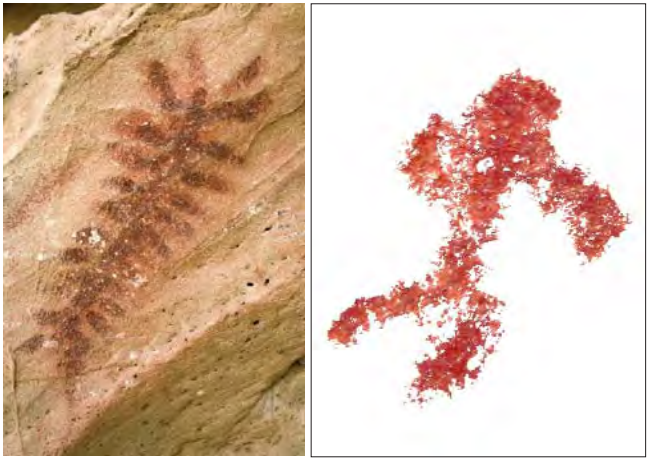
El paisaje de los dólmenes de Antequera. Desde el Cerro Marimacho se divisa (de izquierda a derecha) la villa romana denominada "Carnicería de los moros", El Torcal a lo lejos, la ciudad de Antequera, la sede institucional del Conjunto Arqueológico, los dólmenes de Viera y Menga y el Cerro de Veracruz.

Por el Campo de Cámara

Y en un ámbito relativamente reducido, en el Campo de Cámara, se produce una de las más notables concentraciones de arte rupestre de todo el área, así como una significativa agrupación de necrópolis tumulares de dimensiones reducidas. La posición enfrentada del abrigo de la cueva de los Chivos, en el borde meridional de la cordillera y de las covachas del cerro de las Peñas de Cabrera, en el confín septentrional de los Montes de Málaga, constituye uno de los mejores ejemplos de señalización territorial. El Enclave Arqueológico Peñas de Cabrera en Casabermeja supone, además, el yacimiento más rico de arte rupestre calcolítico en todo el extenso perímetro investigado. Respecto a los conjuntos tumulares, se disponen a lo largo de las rutas en el paso meridional hacia los Montes de Málaga.

Paisaje del Campo de Cámara desde los altos de Peñas de Cabrera.

Paisaje desde un abrigo del **Enclave Arqueológico Peñas de Cabrera (Casabermeja, Málaga)**, con la Sierra de Camarolos al fondo.



A izquierda, pintura rupestre con **motivo ramiforme**, en el **Enclave Arqueológico Peñas de Cabrera** A derecha, calco digital con **figura antropomorfa esquemática.**

Vista panorámica de Peñas de Cabrera donde se encuentran los abrigos principales.

Cartel. **Las Celebraciones del Sol** tienen lugar en los solsticios y equinoccios.

Con esta denominación genérica nos referimos a una actividad que la institución realiza cuatro veces al año, coincidiendo con los equinoccios de primavera y otoño y los solsticios de verano e invierno.

Los ciclos astrales no pasaron desapercibidos para ninguna sociedad en la antigüedad y, menos aún, para las megalíticas. Es más, estos ciclos astronómicos marcaban los ritmos en todos los aspectos de la vida, desde la cosecha a los

rituales de la muerte. De esta manera, el Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera, subraya la importancia del comienzo de cada ciclo estacional con un festejo en el que las pandas de verdiales celebran un nuevo encuentro con el Sol.

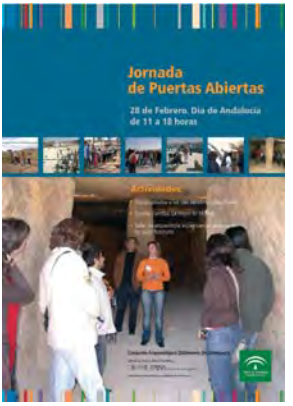
El baile y el sonido envolvente de los verdiales en el interior de la cámara de Menga durante el solsticio de invierno de 2006.

Además de las pandas de verdiales, se realizan otras actividades como Talleres de Astronomía y / o de Arqueología Experimental.

Participantes en un **Taller de Arqueología Experimental** haciendo un ídolo sobre una lámina de pizarra.

Jornadas de Puertas Abiertas

Coincidiendo con el 28 de febrero, **Día de Andalucía**, 18 de abril **Día Internacional de los Monumentos y los Sitios,** 18 de mayo **Día Internacional del Museo**, se celebran Jornadas de Puertas Abiertas. En ellas, los visitantes pueden asistir a diversos Talleres de Arqueología Experimental donde descubren de forma práctica y lúdica cómo un pueblo ya sedentario obtenía determinados recursos alimenticios, elaboraba utensilios y adornos, o cazaba.



Cartel anunciador de la **Jornada de Puertas Abiertas** celebrada el 28 de febrero de 2009 con motivo del **Día de Andalucía.**

A izquierda, visitantes en un Taller de Arqueología Experimental taladrando una lámina de pizarra durante la **Jornada de Puertas Abiertas** celebrada con motivo del **Día de Andalucía.** A derecha, la grada del Observatorio del Caminante durante una de las actividades sobre astronomía realizadas en **Las Celebraciones del Sol** el 21 de septiembre de 2008 con motivo del **Equinoccio de Otoño**.

Prácticas de tiro con arco en el Taller de Arqueología Experimental sobre caza durante **la Jornada de Puertas Abiertas que se celebra el 18 de mayo con motivo Día Internacional del Museo**.

Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera

Centro de Recepción
Carretera de Málaga, 5
29200 Antequera (Málaga)

Atención de visitantes: 952 71 22 06 / 07
Reserva de visitas: 952 71 22 08 / 670 94 54 53
Web: www.juntadeandalucia.es/cultura
Correo-e:
visitasdolmenesdeantequera.ccul@juntadeandalucia.es

Accesos:

Dólmenes de Menga y Viera
Carretera de Málaga, 5
29200 Antequera (Málaga)
El recinto dispone de un servicio de aparcamiento.

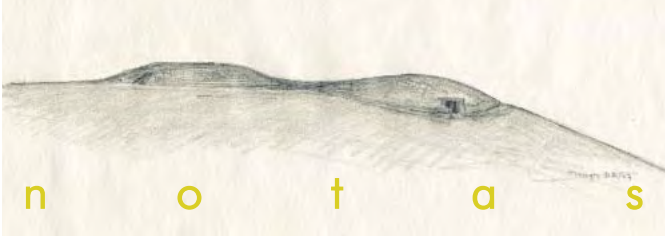
Tholos de El Romeral
Carretera A-7283 (Dirección Córdoba)
El recinto dispone de un servicio de aparcamiento.

Horario:

De **martes** a **sábados**, de 09'00 a 18'00 horas.
Domingos de 09'30 a 14'30 horas.
Cerrado todos los **lunes** del año y los festivos **1 de enero** y **25 de diciembre**.
La entrada es gratuita.

El programa de actividades desarrollado y el horario de apertura continuado durante los últimos años, ha posibilitado el incremento del número de visitas con respecto a años anteriores. Se facilita así a un creciente número de ciudadanos el acceso y el conocimiento de los bienes que constituyen nuestro Patrimonio Histórico. Como ejemplo de esta trayectoria ascendente y referido al período 1999 / 2004, la media anual se situaba en **60.180,** alcanzándose ya en 2005 los **88.339** visitantes y superándose este número en 2006 con **94.857** visitantes. Desde entonces, la media se sitúa en torno a los **cien mil visitantes** por año.

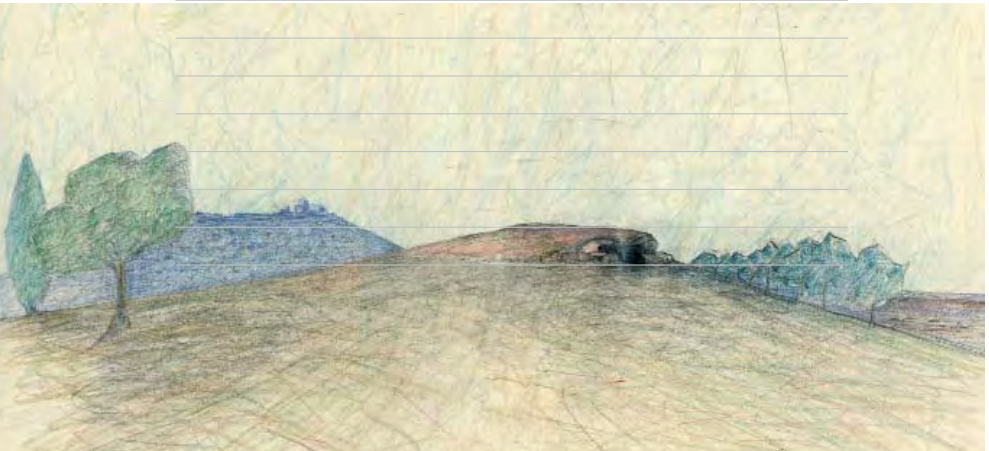
Visitantes en el interior de Menga durante **la Jornada de Puertas Abiertas del 18 mayo, Día Internacional del Museo.**



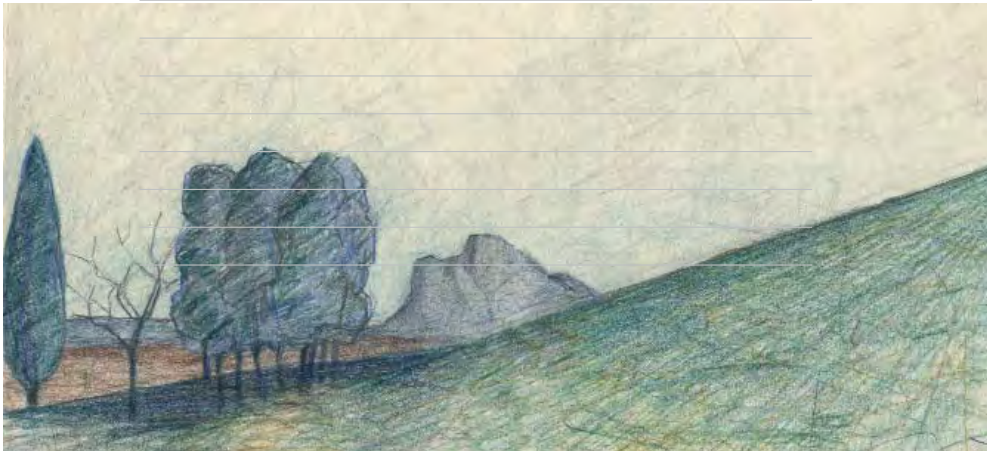
notas

Dibujo de los túmulos de Viera y Menga.

Dibujo del túmulo de Menga.



Dibujo de La Peña asomando tras el túmulo de Menga.



RECA

RED DE ESPACIOS CULTURALES DE ANDALUCÍA

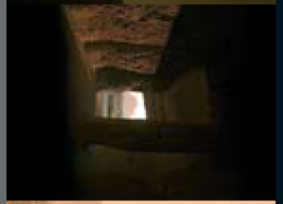
GUÍAS OFICIALES

Conjuntos

- ALCAZABA DE ALMERÍA
- BAELO CLAUDIA
- CARMONA
- LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE
- ITÁLICA
- MADINAT AL-ZAHRA

Enclaves

- LOS MILLARES
- CARTEIA
- CERCADILLA
- PEÑAS DE CABRERA
- MONASTERIO DE SAN ISIDORO DEL CAMPO

Hércules colocando las columnas.
Escultura en bronce de José Seguiri.

RED DE ESPACIOS CULTURALES DE ANDALUCÍA